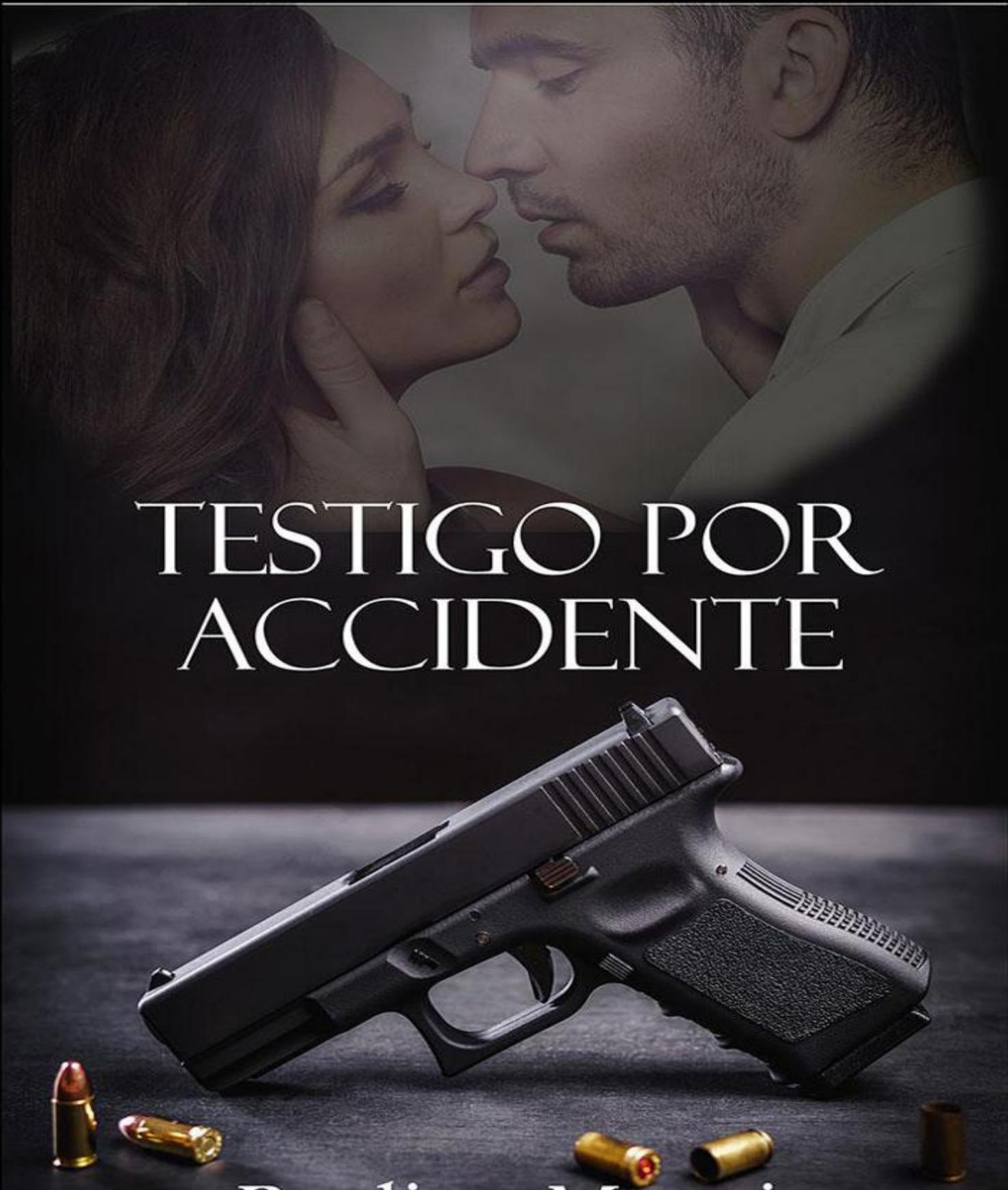


Selecta



TESTIGO POR
ACCIDENTE

Paulina Maggi

Testigo por accidente

Paulina Maggi

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

Para Valeria, que me guía desde el cielo. Te quiero, ma.

En la vida no hay premios ni castigos, sino consecuencias.
Robert Green Ingersoll

Prólogo

San Carlos de Bariloche, invierno 2014

La calle bullía de actividad. Tres agentes de policía rodearon y delimitaron la escena que se desarrollaba ante sus ojos; varios fotógrafos se amontonaban tras las vallas de contención con sus cámaras listas. Había comenzado a nevar con fuerza hacía tan solo unos minutos; la nieve cubría sus gorros de lana y sus hombros con una fina capa blanquecina. De vez en cuando, limpiaban sus lentes quitando las partículas blanquecinas que se adherían, y el silencio era roto por el chasquido de las cámaras que tomaban fotografías, a las espaldas de los oficiales que estaban en medio de la calle, a la entrada principal de un edificio verde musgo de quince pisos y al balcón del piso siete, desde donde había caído el cuerpo.

Detrás de los fotógrafos, se estacionaban diversas camionetas blancas con grandes antenas parabólicas sobre el techo y los periodistas hablaban con micrófono en mano frente a las cámaras, informando los últimos acontecimientos.

La policía aún no había dado declaraciones. Los camarógrafos se dedicaban a grabarlos mientras hablaban entre ellos o hacían planos del balcón del séptimo piso o trataban de buscar un ángulo adecuado para captar el cuerpo oculto debajo de una manta blanca en medio del asfalto congelado.

En el vestíbulo del edificio, se distinguían oficiales forenses entrando y saliendo. Los medios de comunicación llevaban algunas horas dando la noticia. Algunos vecinos de la cuadra se habían acercado al ver tanto revuelo mediático, sin importarles que el frío comenzaba a calar sus huesos; otros se habían detenido y sostenían en alto sus teléfonos celulares intentando captar

alguna imagen que alimentase su morbo, para luego compartirla en las redes sociales.

Pocos minutos después se había acercado un grupo de cuatro chicas con un gran ramo de flores y velas. Se aproximaron lo más posible al cuerpo hasta que un oficial las detuvo; las cámaras captaron el momento justo en que una de ellas, la más alta, encendía las velas.

Los periodistas mantenían un flujo constante de comentarios y especulaciones frente a las cámaras con los pocos datos que conocían.

«Por lo visto se tiró del balcón pasadas la una de la madrugada. El portero del edificio llamó a la policía...».

«El cuerpo continúa tirado en la calle. Los oficiales lo cubrieron con una manta blanca. Se puede apreciar un gran charco de sangre...».

«No se sabe si la víctima estaba sola cuando cayó...».

«Hemos visto entrar al edificio a varios equipos de agentes y a la policía científica para analizar la escena del crimen. Ampliaremos...».

Los agentes se acercaron a los periodistas y les pidieron con autoridad que se hicieran a un lado para dejar pasar a la ambulancia que acababa de llegar. Las cámaras no perdieron el tiempo y captaron toda la secuencia de los paramédicos en el momento en que metían el cuerpo en una gran bolsa negra y lo subían al vehículo.

Durante las siguientes semanas, la prensa dejó de lado las noticias de política, inseguridad y desastres naturales para centrarse en cubrir todas las hipótesis sobre la muerte de Carola Larson. Las pantallas se llenaban de imágenes de su dulce y perfecto rostro. Los pocos datos que se conocían se extendieron como un virus por las redes sociales. La discusión con un hombre, el trayecto que hizo sola a su casa, los gritos que había oído una vecina y, finalmente, su trágica caída.

El hombre con quien se la vinculaba sentimentalmente prestó declaraciones y se internó en un centro de rehabilitación de drogas. La policía se mantenía hermética. Fueron detrás de todos los que habían estado con ella

aquella noche, pero no consiguieron nada importante en sus testimonios.

La vecina que había escuchado gritos previos a su caída se hizo famosa a lo largo de esas semanas saliendo en los medios y otorgando entrevistas a revistas de noticias; pero, entonces, los detectives a cargo de la investigación demostraron que la testigo mentía y que, en la noche de la muerte de Carola Larson, su vecina estaba borracha hasta la médula. Esta desapareció de la prensa en un parpadeo.

Al final, se llegó a la conclusión de que Carola Larson se había suicidado. Algunos que la llegaron a conocer salieron a dar testimonio y dijeron que ella era una chica débil, desequilibrada e inestable, que no lograba llevar de forma adecuada el enorme estrellato que había alcanzado en su carrera como actriz y que se había codeado con personas inadecuadas que la habían corrompido, llevándola por el camino de las drogas, convirtiéndola en una adicta.

Sus fanáticos y seguidores realizaron un tributo a su celebridad en la puerta del edificio y, luego, nada más se dijo de Carola Larson, quien quedó en el olvido.

SIETE MESES DESPUÉS
PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Tres semanas habían pasado del mes de marzo, y el otoño se asentó en la ciudad. Las temperaturas habían descendido de forma notable y habían dejado atrás los meses de verano.

Lorenzo Capria se acomodó detrás del escritorio de su oficina y encendió la computadora. El negocio había remontado al finalizar las vacaciones y tenía a varios clientes que atender.

—¡Buen día! —saludó su amigo Jonathan Kelly, entrando a su despacho, ofreciéndole una taza de humeante café que dejó sobre escritorio—. ¿Cómo has pasado el fin de semana?

—Fatal —reconoció. Estiró el brazo para tomar la taza—. Volví a discutir con Sandra. Gracias por el café, lo necesitaba.

—De nada. Por la cara de culo que tenés, supuse que otra vez peleaste con ella. Ya te lo dije, bro, esa mina no es para vos.

Lorenzo trató de ignorar la expresión de su amigo. Sabía que no le agradaba su novia y Jony no se gastaba en disimularlo. Se habían conocido en la secundaria y habían entablado una bonita amistad. Jony era malcriado, apuesto y poseedor de un encanto un tanto especial que atraía a las mujeres, pero Sandra no lo soportaba.

Sonó su teléfono personal. Lorenzo miró en la pantalla un número desconocido y atendió.

—Hola.

—¿Hablo con el arquitecto Lorenzo Capria?

—Sí, soy yo.

—Señor Capria, mi nombre es Jerónimo Larson, nos conocimos hace

unos meses atrás, cuando remodeló un piso...

Lorenzo se apretó el puente de la nariz haciendo memoria. En los últimos meses había remodelado varios departamentos y casas, pero recordaba haberse cruzado en una oportunidad con un hombre cincuentón en el vestíbulo del edificio frente a la catedral, cuando esperaba el ascensor. Se habían saludado y presentado y el hombre no había dudado en pedirle su tarjeta.

—¿El edificio frente a la catedral? —preguntó cruzando los dedos—. ¿Nos conocimos en el vestíbulo?

—*¡Exactamente! ¡Qué bueno que me recuerda! Lo llamo porque quiero remodelar y vender el departamento de mi hija.*

—Muy bien, señor Larson... ¿Le parece reunirnos mañana? —Arreglaron el horario de su cita y la dirección, colgó y se volvió hacia Jony—. Calle 12 de octubre y Villegas. ¡Es un edificio increíble, frente al lago! Cerca del centro y de la plaza: inmejorable ubicación y vistas de ensueño.

—¿Qué piso? —preguntó Jony.

—El 7B, ¿lo conoces?

—¿Cómo voy a conocerlo? —dijo con brusquedad—. Sobre todo teniendo en cuenta que mi padre me tiene metido con ese proyecto de mierda del casino hace más de tres años. —Lorenzo notó que su amigo estaba haciendo un gran esfuerzo por sonar de forma agradable—. Por lo poco que oí de la conversación, le agradaste a un tipo: le diste tu tarjeta y te llamó.

—Exactamente. Quiere que vaya a ver el departamento, remodelarlo y venderlo.

—Bien por ti, amigo... Yo me voy a poner a trabajar, o mi padre pondrá el grito en el cielo. —Se encogió de hombros y salió hacia su oficina.

Lorenzo se levantó de su silla y caminó hasta la ventana. Miró a la calle Mitre; a esa hora de la mañana, los negocios comenzaban a abrir. A él le gustaba el espectáculo de tránsito constante, el ir y venir de los coches y de los turistas que recorrían las galerías y los negocios, compraban ropa y

visitaban las chocolaterías más conocidas y tradicionales de la ciudad.

Su familia le cuestionó el haber regresado a Bariloche después de haber estudiado Arquitectura en la Universidad de Buenos Aires. En la capital bonaerense tenía un gran futuro, pero Lorenzo sabía que no había mejor lugar en el mundo para vivir que allí, rodeado de lagos, montañas y paisajes que le robaban el aliento. Amaba su ciudad, era su hogar.

Su padre, Fabrizio Capria, también sentía lo mismo por la magia de Bariloche. Cuando era pequeño solían recorrerla juntos metiéndose en todas las bomboneras a degustar sus especialidades o bebiendo una magnífica taza de chocolate caliente en la confitería giratoria en el cerro Otto, mientras disfrutaban de un paisaje de trescientos sesenta grados de la ciudad. O haciendo largas travesías en la montaña hasta parajes inhóspitos o esquiando una pendiente sinuosa en el cerro Catedral. Lorenzo no solo había heredado el amor de Fabrizio por la ciudad, sino también sus genes italianos: ojos café amigables, piel clara, cabello castaño oscuro y una contextura física fuerte. Su hermana Karen, en cambio, tenía la herencia irlandesa de su madre: ojos azules y cabello rubio rojizo.

Su padre había sido profesor de música y tocaba el chelo en una orquesta; a veces hasta daba pequeños conciertos en clubes y él siempre lo acompañaba. En ocasiones, cuando pasaba delante de los bares donde había tocado su padre, se paraba y lo buscaba entre las mesas esperando encontrar, una vez más, su cálida sonrisa; luego recordaba que había muerto y continuaba su camino sumido en la más profunda tristeza.

Después del funeral, su madre no soportó estar en la casa que durante tantos años había compartido con el padre de sus hijos. Le afectaba, así que con mucho dolor decidió vender la casa y comprar un pequeño chalet con un bonito jardín cerca de su hija, en la calle Pasaje Gutiérrez. Había montado, en el garaje de la casa, un salón de belleza y se la veía bien y entusiasmada a pesar de todo, y dedicaba su tiempo libre a cuidar el jardín.

Lorenzo, recién salido de la universidad, regresó a Bariloche, reafirmó su

romance con Sandra y se fueron a vivir juntos. Consiguió un importante empleo bien remunerado en el estudio de arquitectura del padre de Jony y ahora, siete años después, era uno de sus principales arquitectos.

Se apartó de la ventana, caminó hasta un organizador y sacó el legajo del departamento que había remodelado meses atrás en el edificio de la calle 12 de octubre. Estudió los planos con detenimiento. Habitaciones espaciosas, techos altos, buena iluminación, ambientes grandes.

Le gustaba conocer a sus clientes, así que llamó al encargado del edificio y se presentó. Le contó que el señor Larson lo había llamado para remodelar y vender el piso 7B y Teo, el portero, lo puso al corriente sobre la situación y los acontecimientos que se habían dado en ese departamento en particular.

Jerónimo Larson era el padre de Carola Larson, la joven actriz que se había suicidado una noche a finales de junio del año pasado. La chica también era hija de la prestigiosa dueña de la cadena de chocolaterías y confiterías Mari-Mari, la famosa Maribel Rehue. A Lorenzo se le hizo agua la boca al recordar los chocolates de esa mujer; para él, eran los mejores de Bariloche, sin duda.

—El señor Larson no cree que Carola se haya suicidado, cree que la asesinaron —le dijo Teo.

Cuando por fin cortó, fue en busca de un café a la máquina de expreso y, al regresar a su escritorio, se quedó un buen rato en silencio, recordando que una vez había visto a Carola Larson en el teatro, junto a su padre, poco antes de su muerte. Se acordaba de ella, era una mujer hermosa. Lo tenía todo: belleza, inteligencia y algo más, algo que hechizaba, cautivaba, la hacía especial. Terminó su café y retornó al trabajo.

A la mañana siguiente, Jerónimo Larson caminaba por el departamento de su hija analizando todo a su alrededor. Le afectaba estar allí. En cada rincón podía percibir a Carola y se le estrujaba el corazón con su recuerdo. Estaba esperando al arquitecto, se alegraba de no haber tirado su tarjeta. Maribel, su exesposa y madre de Carola, le había rogado que él se encargara del

departamento; a ella le resultaba imposible poner un pie en esa casa.

Recordó que, el día que había conocido a Lorenzo Capria, al verlo, creyó que ese hombre haría una hermosa pareja con su hija. Le había caído bien desde el principio.

Se frotó las manos y apreció la sala. El departamento era muy bonito, estaba en una excelente zona y tenía una vista privilegiada; sin embargo, la cocina debían hacerla nueva, tal vez ampliar el ambiente. Lo hablaría con el arquitecto. Su viejo amigo le había sugerido que antes de vender remodelara: le pagarían mucho más. Y la verdad era que le costaba horrores deshacerse de ese piso; todo lo que su hija había sido estaba en ese lugar.

Los últimos meses se la había pasado entre su departamento y el piso de Carola para revisar los grandes armarios y todos los cajones en busca de alguna pista y para reunirse con todos los amigos de su hija que la habían visto esa última noche. Pero no había encontrado nada. Sabía que todo eso debía terminar de una buena vez; había descuidado el rumbo de su vida y necesitaba retomar las riendas o perdería la cabeza.

No obstante, él seguía sin creer que Carola fuese capaz de saltar del balcón para terminar con su vida. Conocía a su hija: ella nunca se daba por vencida y siempre estaba tan llena de luz y energía, amaba la vida y la vivía de forma intensa. El informe policial, sin embargo, no dejó dudas de que había sido un suicidio y, al parecer, su exesposa, Maribel, estaba de acuerdo con ellos, porque Jerónimo sabía que, de no haberlo estado, ella habría removido hasta el mismo infierno con tal de dar con el responsable.

En una de sus últimas cenas, ella había intentado convencerlo, una vez más, de que dejara ya de darle vueltas al asunto de Carola y siguiera adelante. Maribel se negaba a ver nada sospechoso, pero Jerónimo sabía que había mucho más. Le había hablado a Maribel de una llamada inquietante que Carola había mantenido con él el día antes de morir.

«Maribel, Carola no era la misma de siempre cuando hablamos por última vez. Estaba preocupada, había algo que la tenía mal y se le notaba en

la voz». La cena finalizó cuando Maribel, cansada y con lágrimas en los ojos, estalló: «¡Jerónimo, basta! ¡Basta de revolver mierda, por favor! Todo esto ya es lo suficiente doloroso sin necesidad de que vos recapitules, una y otra vez, todo lo que pasó, poniendo a todos los conocidos y amigos de Carola bajo sospecha. Por favor, te lo ruego, deja que nuestra hija descanse en paz».

Meneó la cabeza al recordar las palabras de su ex. «Maribel Rehue amaba a su hija más que a nada en el mundo y, en segundo lugar, amaba el dinero», pensó con amargura. Era lo que había acabado con su matrimonio: su famosa chocolatería, sus inversiones, las franquicias y, ahora, el nuevo local que inauguraría en pocos meses en El Bolsón. Nunca hubo tiempo para él; siempre quedó en un segundo plano.

Se percató de que caminaba de un lado al otro sin sentido y se detuvo en la ventana. Admirando la costanera, recordó que, en días como ese, solía llevar a Carola a caminar por allí. Ella siempre hacía payasadas y la gente se detenía a observarla. Era tan lista y tan confiada.

«¿Por qué lo tiraste todo por la borda, Carola? ¿Qué pasó esa noche? ¿Qué fue lo que te llevó a tirarte?, ¿o quién te obligó a hacerlo?», pensó con dolor.

El timbre sonó y lo sacó con brusquedad de sus cavilaciones desesperadas. Era Teo; le anunció que Lorenzo Capria había llegado.

—¡Por Dios, es usted más joven y más alto de lo que recordaba! —saludó Jerónimo de forma efusiva estrechando la mano de Lorenzo—. ¿Cuántos años tiene, treinta? El cumpleaños de mi hija fue hace dos semanas; cumpliría veintiséis.

—Un placer, señor Larson. Estuvo cerca: en octubre cumplo veintinueve. Es un gusto volver a verlo.

—Adelante, muchacho. —Se hizo a un lado para permitirle el paso—. Bueno..., este es el departamento, era de mi hija. Se lo compró su madre cuando nuestra pequeña decidió independizarse. Es bonito, amplio y

luminoso. Seguime por acá.

Jerónimo lo guió por las habitaciones mientras que él tomaba notas. El departamento era grande y tenía un entrepiso. La planta baja era amplia, se componía de un discreto vestíbulo, de una sala y comedor grandes; de un cuarto pequeño que Carola usaba como estudio, de cocina y tocador. En el entrepiso, al que se accedía por una escalera caracol, se encontraba el dormitorio principal, con un gran cambiador y un baño completo en *suite*.

—Un departamento grande para una chica tan joven —dijo Jerónimo—, pero Maribel se lo compró igual. Nada era suficiente para su pequeña princesa, aunque nunca la malcrió. Carola quería tener su espacio y tenía pensado alquilar con una amiga actriz; mi exesposa se negó rotundamente y le regaló el departamento. Decía que se sentía más tranquila con que Carola viviera en un edificio seguro que en un departamento con una amiga. Ahora Maribel quiere que me deshaga de él y me quede con el dinero. Que haga un viaje; siempre quise conocer Barcelona. También dice que debo dejar de lamentarme y retomar mi vida, pero me cuesta tanto..., es tan doloroso. —Las lágrimas acudieron a los ojos del hombre, que intentó contenerlas.

—¿Está seguro de que desea deshacerse del piso?

La estoica expresión de Jerónimo Larson se desmoronó, y se echó a llorar.

—Yo solo quiero saber quién es el responsable de la muerte de mi hija. ¿Qué o quién la hizo saltar por el balcón? Sé que estaba preocupada por algo, pero no llegó a decirme. Creí que aquí encontraría las respuestas, o a través de sus amistades, pero Maribel dice que debo dejar de molestar a la gente, y tiene razón: debo continuar adelante. Sí, Lorenzo, quiero vender el departamento.

—Es la mejor decisión, Jerónimo —dijo mientras le apretaba el hombro amistosamente en señal de apoyo.

Al salir de la oficina, Lorenzo recorrió, en su Ford Focus gris, los quince kilómetros desde el centro hasta donde vivía su hermana Karen. Hacía varios

días que no visitaba a su familia y ya los extrañaba horrores, sobre todo a sus sobrinos.

Mientras esperaba a que cambie la luz roja del semáforo, pensó en su cuñado Javier Cardona; estaba seguro de que, al enterarse de su ruptura con Sandra, no dejaría de recordarle que él le había dicho que esa mujer no era buena para alguien como él. «Demasiado controladora, cuñado», le había expresado una vez. Y podía imaginarlo diciendo: «Te lo dije».

Javier era propietario de una empresa que se dedicaba al equipamiento gastronómico. Él nunca había sido la clase de persona favorita de Lorenzo, pero su hermana estaba locamente enamorada de él y entre los dos habían criado a dos increíbles y maravillosos hijos. Sus sobrinos eran las personas favoritas de Lorenzo. Adoraba a los pequeños: a Daniel, de nueve, y a Romina, de cinco.

Al detenerse en una bocacalle, vio cruzar a un hombre parecido a Jerónimo Larson. Se percató de que no había podido sacarse de la cabeza en todo el día al pobre hombre con su triste historia. Su dolor era demasiado palpable. Y Jerónimo había insistido en que se quedara a beber un café y continuó hablándole de su hija.

«Después de que me divorcié, me mudé. Carola era pequeña, tenía seis años. Pasaba días conmigo y días con su madre; el acuerdo funcionaba de maravillas y a Carola se la notaba contenta a pesar de nuestra separación. Me casé de nuevo con una hermosa mujer llamada Bianca. Murió hace dos años, aún la echo de menos. Tenía la esperanza de que Carola encontrara al hombre de su vida y formara una familia, pero ella estaba dedicada cien por ciento a su carrera. Había firmado el contrato para una importante producción italiana, una película. Estaba muy feliz por eso y yo, muy orgulloso de sus logros. Pero, poco antes de su muerte, sentí que había conocido a alguien especial. Tal vez me equivoqué, pero lo noté en su voz: estaba ilusionada». Luego le preguntó con tono paternal: *«Y vos, Lorenzo, ¿tenés a alguien especial?».*

Al recordar la pregunta del hombre, sonrió con ironía. No, no tenía a alguien especial, aunque creyó en un principio que Sandra era la persona adecuada. Sus constantes peleas desgastaron la relación, y la manía de la mujer de quererlo controlar todo terminó por destruir su pareja. *«No, señor Larson, no tengo a nadie especial. Creí que Sandra era esa persona, pero ahora estamos separados y debo mudarme de forma urgente»*, le había expresado. El hombre, con una sonrisa amable, le aseguró: *«Aún no la has encontrado, pero lo harás. Un día llegará esa mujer que te robará el corazón y serás capaz de arriesgar todo por ella. Ten una llave del departamento de Carola; si en algún momento necesitas usarlo, está a tu disposición»*.

Estacionó el coche frente a la casa de su hermana, tomó las bolsas con dulces que había comprado para sus sobrinos, cruzó el sendero y tocó el timbre. Su madre abrió la puerta. Al verlo le dio un abrazo fraternal y depositó un beso en cada mejilla de su hijo.

—Tu hermana está en la cocina y Javier fue a buscar a los niños al club.
—Su madre lo tomó del brazo por un momento y susurró—: Adentro hay una persona a la que deseo que conozcas.

Lorenzo se sorprendió al descubrir a un desconocido de pie, delante del hogar, con una copa de vino en la mano. Su madre se había ruborizado y él la miró perspicaz; ella lo presentó como Antonio García Calderón y le contó que era un viejo compañero de la primaria y que acababan de reencontrarse. Mónica le explicó que había ido a cenar con su grupo de amigas a un nuevo restaurante en el centro de la ciudad con unos cupones de invitación que le había entregado su yerno Javier.

Lorenzo estrechó la mano del hombre y lo examinó; aparentaba unos sesenta y pico de años, tenía una mirada amigable y una sonrisa amable. Miró a su madre, que estaba exultante, y se sorprendió un poco; en cuanto pudo disculparse, se escabulló a la cocina. Al entrar vio a su hermana aderezando con mayonesa la ensalada rusa. Recostó su hombro sobre el marco de la puerta y preguntó:

—¿Hace cuánto ha empezado esto?

Su hermana se giró para verlo y le regaló una sonrisa. Llevaba su cabello rubio recogido en un rodete sobre su cabeza y un delantal de cocina negro a rayas blancas sobre un bonito vestido rojo.

—Tres meses más o menos. Antonio es un hombre agradable. Javier equipó su nuevo restaurante, y le obsequió invitaciones; como no podía asistir a la inauguración, Javi le regaló los cupones a mamá y ella fue con sus amigas. Una noche Javier lo invitó a cenar y también vino mamá. Antonio es viudo y a mamá se la ve muy bien.

Los dos se sobresaltaron al oír el ruido de la puerta principal y de los gritos de niños.

—Llegaron tus sobrinos.

Hacia poco Lorenzo había comenzado a llevar a los niños de excursión las tardes de los sábados, como lo hacía su padre con él, a su edad. Los paseos eran variados: salidas al museo, idas a patinar sobre hielo al puerto, caminatas por la costanera, visitas a la montaña, travesías en bicicleta. Les tenía planeado un itinerario prometedor para ese sábado.

Los niños, al verlo, se le abalanzaron encima.

—¡Tío, te extrañé mucho! —expresó Romina abrazándolo.

—¡Pero qué alta estás! Sos toda una princesita.

—¡No soy una princesa! Quiero ser una guerrera.

—¡Qué guerrera tan fuerte! —La niña sonrió complacida.

—¡Tío! —interrumpió Daniel—. ¿Querés que te muestre el nuevo juego que tengo en la Play? Me lo compró papá.

—¡No! Primero le quiero mostrar el fuerte que construí con los Lego.

Lorenzo tomó sus manitos y dejó que los niños lo guiaran a su habitación. Veinte minutos después le llegó la voz de Karen, que los llamaba a la mesa.

Durante el transcurso de la cena, el pretendiente de su madre se interesó por su trabajo.

—Me contó tu madre que eras un gran arquitecto.

—No sé si gran arquitecto, pero me gusta lo que hago. Hoy, sin ir más lejos, me he hecho cargo de la remodelación de un departamento hermoso. — Les contó de Jerónimo Larson y vio que Antonio prestaba mucha atención a sus palabras—. ¿Lo conoce?

—No personalmente —respondió—, pero sí conozco a Maribel Rehue, y conocí a la hija, Carola Larson. Una chica tan bonita. Fue horrible su muerte. Javier, tú has realizado negocios con la señora Rehue, seguramente también conociste a Carola; iba mucho por la chocolatería.

Lorenzo se percató, con asombro, de cómo la cara de su cuñado enrojecía.

—No, nunca la vi —dijo cortante—. Hace tiempo que no hago negocios con Maribel Rehue.

Se hizo un incómodo silencio y Lorenzo aprovechó para contarles las novedades sobre su relación.

—He terminado con Sandra...

—¡Oh, cariño, qué pena me da! ¿Estás bien?

—Sí. Era lo mejor, la relación no daba para más.

—¿Te quedarás con el departamento? —quiso saber Karen.

—No, se lo va a quedar Sandra. Estoy buscando un lugar; por el momento no tengo nada en concreto.

—¡Esa bruja! —expresó su cuñado—. Es mejor, cuña, yo te dije mil veces que esa mujer no era para vos. —Tomó la bandeja con la ensalada—. ¿Quién quiere más rusa?

Karen le pasó su plato. Lorenzo continuó:

—¿Puedo quedarme esta noche? No deseo volver hoy a casa y ver a Sandra.

—¡Claro que sí, tío! Yo te presto mi cama —dijo Romina con una auténtica sonrisa.

Eran pasadas las siete de la tarde, la confitería estaba repleta de clientes. Maribel Rehue no se decidía si bajaba a saludar a la gente o si se quedaba en la tranquilidad de su despacho. Había tenido uno de esos días malos, deseaba

que terminara e ir a su casa, tomar un baño y meterse en la cama. Su día empeoró cuando una llamada de su exesposo la sumergió nuevamente en una horrible depresión.

El sol ya casi se perdía detrás de la cordillera, con un espectáculo de colores anaranjados y morados; la luz sesgada se filtraba por las ventanas de su oficina, justo arriba de la chocolatería, que había abierto hacía treinta años. Había comprado el local en malísimas condiciones y este tenía un pequeño departamento arriba. Ella y Jerónimo vivían allí al nacer Carola. Y ahora el antiguo departamento era una remodelada y bonita oficina. Actualmente era propietaria de una exitosa cadena de chocolaterías-confiterías Mari-Mari. Sus chocolates calientes eran los más populares en la ciudad. Había aprendido el arte del chocolate gracias a su abuela.

Maribel tomó asiento detrás de su gran escritorio de roble, meditando el por qué le costaba tanto bajar. No solo fue por la llamada de su ex, sino que el local estaba decorado, a lo largo de toda su extensión, con fotos de Carola. Ella sabía que, por su bien mental, debía quitar las fotos de las paredes pero, así como Jerónimo no era capaz de dejar la idea de que la muerte de Carola no fue un suicidio, ella no lograba renunciar a la presencia de su hija en aquellas paredes. Tenía la extraña sensación de que la miraba desplazarse por la confitería y la sentía cerca. No podía hacerse a la idea de ver esos muros sin ella observándola detrás de los rústicos marcos de madera.

Era una mujer elegante y muy hermosa, tenía sesenta y tres años y aún conservaba el color moreno de su pelo natural, salvo por algunas canas perdidas dentro de la abundante cabellera. Poseía ojos escrutadores, de un tono celeste claro, bajo unas cejas perfectamente delineadas. De altura media y complexión pequeña, desprendía en su andar aires de fortaleza y era una mujer muy temperamental.

Con el transcurrir de los meses, había logrado seguir adelante manteniendo la cabeza ocupada en la nueva sucursal que abrirían en El Bolsón. Pero cada vez que Jerónimo la llamaba, volvía a sumirse en una

horrible depresión.

Un golpe en la puerta la devolvió a la realidad.

—Adelante.

Sergio Ferrer, su socio y segundo esposo, entró al despacho. «Gracias a Dios que lo tengo a él», pensó. Hacía veinte años que un joven guapo había llamado a la puerta de la chocolatería solicitando trabajo. Sergio era siete años menor que ella y no comenzaron una relación hasta después de varios años de que él trabajara para ella.

Sergio entró y encendió la luz.

—¿Por qué estás a oscuras? —Maribel elevó los párpados y él notó la tristeza detrás de su mirada—. No quiero molestarte con esto, pero ha llegado el presidente del club de pescadores y quiere verte.

—Nadie me avisó que había realizado una reserva.

—No lo hizo, pero aseguró que deseaba deleitarse con tus manjares y vino con una comitiva de siete personas. —Sergio cruzó la habitación y le puso las manos sobre los hombros femeninos, besó su cabeza y comenzó a darle un exquisito masaje—. Se nota que no has tenido un buen día.

—¡Fatal! Jerónimo volvió a llamarme para contarme que habló con el arquitecto y comenzarán cuanto antes con las remodelaciones para venderlo mejor después. Cada vez que hablamos, empieza de nuevo con lo mismo: que no logra aceptar que nuestra hija saltara por el balcón. No puede olvidarse del asunto, me saca de mis casillas. Cuando lo conocí, era el muchacho más impresionante que había visto; estaba comprometido con la hija de uno de los amigos del padre. Pero cuando nos vimos por primera vez, nos enamoramos y rompió el compromiso; poco después nos casamos. Era tan alegre y ahora...

Sergio conocía la historia de su esposa y su ex, e incluso el hombre le caía bien.

—Puede que su matrimonio no funcionara, pero de su unión nació Carola.

—Perdón, Sergio, siento que soy una vieja que se repite una y otra vez. Debo dejar de pensar en esto.

—Es lo mejor que puedes hacer. —Se acercó a su cuello y depositó un beso—. Vamos, nos están esperando abajo.

Capítulo 2

A lo largo de las siguientes semanas, Lorenzo comenzó con las remodelaciones en el departamento del señor Larson y atendía a otros clientes. Esa tarde Jony entró a su oficina con dos cafés; uno lo dejó sobre el escritorio de su amigo.

—¡Gracias! —Alargó el brazo para tomar la taza—. Realmente lo necesitaba.

—¿Cómo va todo con la bruja? —se interesó Jony.

—Mal. Aparentemente conoció a alguien y me apura para que me vaya cuanto antes.

—¡Qué hija de puta esa mina, loco! Todavía no te fuiste y ya quiere meter a otro.

—Me da igual que salga con otro tipo. Lo que me jode es que no encuentro un lugar que se ajuste a mi presupuesto.

—Sabés que contás con mi casa. Ya te lo había dicho.

—Sí, gracias por eso, pero no quiero joder a nadie. Mi hermana y mi vieja me ofrecieron una habitación transitoria hasta que consiga algo, y no deseo andar invadiendo la privacidad de las personas.

—Antes de que me olvide... —Jony sacó de su saco una tarjeta y se la tendió—. Papá fue a jugar al golf y conoció a este hombre; está interesado en comprar un departamento frente al lago. Papá le contó del que estás remodelando y quiere verlo.

—¿Ahora soy un maldito agente inmobiliario?

—Sé que es un garrón ir a mostrar el departamento, pero papá te va a retribuir muy bien si logras que lo compre. Además, pensá que, si está

interesado, puede aprovechar y hacerle otras modificaciones.

Lorenzo tomó la tarjeta que su amigo le ofrecía.

—Me pondré en contacto con Jerónimo y le explicaré que hay un interesado.

Su amigo asintió y antes de salir le preguntó:

—¿Tomamos unas cervezas después de la ofi?

—Hoy no, amigo, tengo un día largo. ¿Mañana?

—¡Te tomo la palabra, no quiero excusas! —dijo y salió.

Apreció la espalda de su amigo al irse, cerró su portátil y se frotó la frente, donde un dolor de cabeza lo amenazaba con aparecer. Se dio cuenta de que estaba exhausto. Esas últimas semanas habían sido largas, tenía trabajo atrasado y la situación de buscar una nueva casa lo estaba alterando; además de ponerse al día con amigos, ocuparse de sus sobrinos y dedicarle mucho tiempo a Jerónimo Larson.

El hombre se acostumbró a llamarlo a diario y muchas veces insistía en que él fuera a almorzar o a tomar un café por la tarde. No podía negarse a los pedidos del hombre, sentía una irremediable pena por él; era una persona tan triste que deseaba ayudarlo. Jerónimo se autoobligó a ordenar todos los objetos personales y ropa de su hija. Un trabajo arduo: al parecer, Carola lo guardaba todo. Además, el hombre le agradaba, no le molestaba pasar tiempo con él; estaban entablado una bonita amistad, salvo que revivir el dolor del hombre, su pérdida, le hacía evocar todo lo que él había sentido cuando falleció su padre.

Buscó las llaves de su coche y salió de la oficina. Iría al departamento, rogaba que Sandra no estuviera.

Sus plegarias fueron escuchadas y, al entrar al departamento, encontró a Sandra lista para salir. Ni siquiera lo saludó, solo se limitó a decir: «No me esperes» y cerró la puerta.

Se llenó la bañera y tomó un baño relajante de veinte minutos. Se envolvió en una gruesa bata polar roja y llamó a una rotisería para pedir

comida. Su teléfono celular sonó y vio en la pantalla que Jerónimo lo llamaba. Decidió no responder, no tenía ganas de hablar con el hombre. Segundos después le entró un mensaje del viejo, que decía:

Lorenzo, supongo que no podés atenderme. Tengo que contarte algo urgente: encontré el diario íntimo de Carola, estaba detrás de un cajón. Hay cosas escritas que me hacen pensar que ella no se suicidó. Te llamo mañana. Buenas noches.

Lorenzo puso el celular en vibrador y lo dejó sobre la mesita ratona. Deseaba tener esa noche exclusivamente para él, sin problemas ajenos ni interrupciones. Una rica comida, una copa de vino y una buena película era su plan y pensaba cumplirlo.

A la mañana en el trabajo, recibió las llamadas de su madre y su hermana, quienes habían intentado comunicarse la noche anterior y él se había quedado dormido a la mitad de la película. Mientras arreglaba con su hermana la hora para ir a buscar a sus sobrinos, Jony entró en su oficina. Se lo notaba molesto.

—Buen día, bro. Me pasaron la llamada de Jerónimo Larson por equivocación; está en la línea dos.

—Karen, tengo que seguir ganándome la vida. Nos vemos, besos. — Colgó y tomó la línea dos—. Hola, disculpe que no atendí anoche su llamada, me quedé dormido —comenzó.

—*No te preocupes, Lorenzo. Me gustaría que nos veamos, hay algo que quiero mostrarte.*

—Por cierto: olvidé mencionarlo, pero hay un interesado en el departamento. ¿Podría concretar una cita para ir a mostrarlo?

—*¡Claro! Pero que sea por la tarde.*

—¡Bien! Me comunicaré con el cliente y acordaré una cita para hoy en la tarde.

—*De acuerdo.*

Cortó y miró a su amigo.

—¡No te olvides que me prometiste esas cervezas después del trabajo! —

le recordó.

—Lo sé.

—Tengo a un conocido que quiere alquilar su piso, después te doy su número para que lo llames.

—Gracias, amigo.

—No hay nada que agradecer, para eso estamos los amigos, ¿no? —Le regaló una sonrisa y salió de la oficina.

Sacó del cajón la tarjeta que le había dado Jony y llamó al interesado por el departamento de Jerónimo Larson.

—El señor Tejedo lo está esperando, señor Capria —le dijo Teo, el portero, mientras señalaba a un hombre sentado en uno de los sillones del vestíbulo.

Lorenzo lo estudió unos momentos: vio a un hombre alto y delgado, de unos cuarenta años, que tamborileaba los dedos impaciente sobre su rodilla. Por suerte había llegado antes, no le gustaba hacer esperar a los clientes. Se acercó al hombre y estrecharon sus manos en un saludo cordial.

Lorenzo avisó a Jerónimo el horario de la cita, pero lo notó distraído. Le dijo que estaba ocupado y que entrara con la llave que le había dado. Él llevaba la llave en la mano al salir del ascensor, pero igualmente, antes de abrir la puerta, golpeó y entró.

—Jerónimo, soy yo —se anunció y cruzó la sala seguido de Claudio Tejedo.

Encontró al hombre sentado en el escritorio, de espaldas a la puerta. Tenía una carpeta de cuero negro a su lado y algunas hojas sueltas delante. Ni se volvió a mirarlos, solo se limitó a decir: «Olvídense que estoy aquí, por favor».

Lorenzo le mostró la casa a Claudio, le resumió por qué se vendía el departamento. El hombre no pareció interesado en la historia de la hija de Jerónimo.

—¿Cuándo estará listo?

—En tres semanas estará terminada la cocina.

—¡Bien! Porque me interesa mudarme a principios de mes. ¿Hay algún problema con eso?

—No lo creo, pero mejor lo hablamos con Jerónimo.

Cruzó la sala y llamó a la puerta del escritorio; el hombre no respondió. Abrió la puerta y asomó su cabeza; el hombre seguía sentado en la misma posición, aún más ensimismado en la lectura de esas hojas que antes.

—¡Ahora no, muchacho! Estoy muy ocupado.

—Jerónimo... —comenzó Lorenzo con un tono de voz suave—, este hombre está interesado en el departamento y quiere hacerle una oferta.

—¡No, no voy a vender! Necesito pasar más tiempo aquí. —Su voz sonó como un sollozo desgarrado—. Lo lamento, muchacho, pero estoy... Esto me sobrepasa, ¿podemos hablar mañana o más tarde?

—Por supuesto. —Cerró la puerta y se volvió para mirar al hombre, de pie en la sala.

—¿Se arrepintió de vender? —preguntó sorprendido.

—Todo irá bien. Está afectado por la muerte de su hija, pero él me dijo que sí quería venderlo. Hablaré con él y lo mantendré informado. ¿Le parece bien, señor Tejedo?

—Sí, me parece perfecto. —Estrecharon sus manos y Lorenzo lo acompañó hasta la calle.

El hombre miró al arquitecto subirse a su auto y él caminó por la calle hasta la costanera. Del bolsillo interno de su chaqueta sacó un celular.

—Estaba en lo cierto —dijo a la persona que respondió—: el padre encontró el diario. Al parecer cambió de idea y no quiere vender, pero el arquitecto dice que hablará con él, quedó en llamarme. —Tras escuchar, añadió—: Me ocuparé del asunto.

A continuación, Salvador Rojas Godoy, el hombre que se hacía llamar Claudio Tejedo, guardó su celular y caminó hasta el centro cívico, lo cruzó y entró a un bar a tomarse un trago.

Capítulo 3

Después de las seis de la tarde, salió de la oficina junto a Jony. Caminaron dos cuadras hasta el bar que solían frecuentar y le contó las últimas novedades del departamento. Le comentó el extraño comportamiento de Jerónimo Larson y la posibilidad de que la venta se echara para atrás.

—¿Hay manera de que lo hagas cambiar de opinión?

—No lo sé, lo vi muy afectado.

—Tendrás que usar todos tus encantos con el viejo, bro. Mi padre se pondrá furioso si pierde la comisión de la venta.

—Lo sé, prometo hacer todo lo que tenga a mi alcance.

—Al viejo le caes bien. Es tu nuevo mejor amigo —bromeó.

—¡Callate, querés! Estás tirando cualquiera.

Apuró el porrón de cerveza y lo dejó vacío sobre la barra. Se levantó y se puso la chaqueta.

—¿A dónde vas?

—A convencer a mi nuevo mejor amigo —dijo mordaz.

Jony lanzó una sonora carcajada y chocaron sus puños en su saludo habitual.

Estacionó el coche frente al edificio, saludó a Teo detrás del mostrador, mientras él recibía el correo, y cruzó el vestíbulo.

Al salir del ascensor, abrió la puerta del departamento y llamó a Jerónimo. Entonces lo escuchó: un grito masculino seguido de un disparo. Se quedó inmóvil durante una fracción de segundo y por instinto cerró de un portazo y se escondió detrás de una pila de escombros en la cocina, antes de ver a un hombre bajar las escaleras a toda velocidad, abrir la puerta y salir al

pasillo.

Rodeó los escombros y cruzó con rapidez la distancia que lo separaba de la puerta. La cerró y puso el cerrojo mientras Claudio Tejedo intentaba abrirla nuevamente. Apoyó la espalda sobre la puerta mientras escuchaba cómo el hombre intentaba abrir la cerradura para volver a entrar; entonces, escuchó dos disparos más que agujerearon la madera sin darle a él por unos centímetros.

Recordó el brillo de depredador en los ojos azules del delincuente en el instante en que se habían mirado uno al otro, antes de que Lorenzo cerrara la puerta. Pensó en el grito que había escuchado. ¡Jerónimo! Debía llamar cuanto antes a la policía, pedir ayuda. Subió la escalera como un vendaval y entró a la habitación principal, donde Jerónimo yacía en el suelo sobre un gran charco de sangre que era absorbido por la alfombra. El viejo, herido, intentaba sacar un fajo de hojas ensangrentado de abajo de la cama.

Quiso darle ánimos, decirle que todo iría bien, pero el hombre balbuceó:

—Muchacho..., este es el diario de Carola... Dáselo a su madre. — Comenzaba a tener problemas para respirar—. Solo dáselo a ella, a Maribel. Leelo antes... y decíle que estaba en lo cierto: nuestra hija no se suicidó, la mataron. Él la mató. ¡Prométeme que lo harás!

—Lo prometo, Jerónimo.

—Gracias, muchacho... —Su voz se apagó. El cuerpo del hombre convulsionó y la mirada se desenfocó.

Lorenzo, arrodillado a su lado, tomó la mano del hombre. Sus ojos se aglomeraron en lágrimas al sentir que la presión de la mano había cedido, y él supo que Jerónimo Larson había muerto.

—¿Estás bien, bro?

—Creo que sí.

Se encontraba en la sala del departamento, sentado en uno de los cómodos sillones. Temblaba ligeramente y sentía la adrenalina recorrer su torrente sanguíneo. Al ver a Claudio Tejedo, recordó que, además del arma,

en su otra mano llevaba el diario de cuero negro que esa misma tarde Jerónimo leía tan fervientemente en el despacho. Las hojas que el viejo le entregó ahora estaban guardadas en su mochila, y esta la había guardado en el armario del vestíbulo. El hombre le había hecho prometer que se las daría a la madre de Carola, y eso pensaba hacer. Aunque se preguntó por qué no dárselas a la policía.

—Tomá, bro. —Jony le ofreció una taza de té—. Va a ayudarte.

Les había explicado a los detectives que no dudaba del hombre que había visto el departamento aquella tarde. La tarjeta se la había dado su jefe. No había visto nada sospechoso en el sujeto cuando lo conoció.

—¿Y está completamente seguro, señor Capria, de que era Claudio Tejedo el hombre que vio salir con el arma? —preguntó el más alto de los dos detectives, un hombre robusto de unos cincuenta años. Él no respondió, se lo quedó observando—. ¿Señor Capria? —dijo el hombre con cierta impaciencia en su voz.

Lorenzo continuó en silencio mirando al detective Mario Rivera; ese era el nombre del policía. Finalmente recordó la pregunta que le había formulado y respondió:

—Estoy seguro, era él. Llevaba la pistola en la mano derecha y el cuaderno de cuero negro en la izquierda.

Quiso golpearse a sí mismo, había mencionado el diario sin querer. Antes de hablar debía pensar muy bien sus palabras.

—¿Qué cuaderno negro? —preguntó el detective Rivera—. Es la primera vez que menciona un cuaderno.

Lorenzo lanzó un sonoro suspiro.

—Mire, la verdad no lo sé. Hoy, por la tarde, Jerónimo Larson lo leía en el escritorio en el momento que yo le mostraba el departamento a Tejedo.

¿Por qué no les hablaba de las hojas? Porque había jurado al moribundo que se las entregaría a su exesposa. Jerónimo se había mantenido con vida hasta oír su promesa y pensaba cumplir su última voluntad.

De un momento a otro, había comenzado a temblar. Se abrazó a sí mismo.

—Señor Capria, lo mejor será que lo vea un médico —dijo el detective.

—Lo único que deseo es irme a casa.

Miró a Jony, que hablaba con el otro detective, el más joven, pero no lo alcanzó a oír. Se frotó las manos, sentía los dedos pegajosos. Las miró y las descubrió manchadas de sangre.

—Lo acompañará un oficial hasta su casa, señor Capria. Mañana hablaremos mejor en la comisaría. Deberá prestar nuevamente declaración.

Asintió y miró a su amigo.

—Vamos, bro.

Se levantó del sillón y caminó hasta el recibidor. Recordó su mochila dentro del armario; ahí estaban las hojas del diario ensangrentadas, de ahí venía la sangre de sus manos. Uno de los detectives, ahora no recordaba cuál, le había preguntado si había tocado a la víctima y él respondió que le había tomado la mano mientras agonizaba. Seguramente la mochila también tenía sangre. Tuvo un instante de lucidez: abrió rápidamente la puerta del armario y tomó su mochila intentando cubrir con sus manos la manija manchada. Había muchos agentes en el lugar tomando fotografías y buscando huellas dactilares con sus polvos blancos.

Sentía que todos allí lo miraban, que todo el mundo tenía la vista fija en él y en la mochila. Cuando Jony abrió la puerta, se apresuró a salir al pasillo. Al bajar del ascensor, se encontró con otro oficial que hablaba por radio. Al verlo, se acercó a él y le dijo con voz amable:

—El detective Rivera quiere que lo escolte hasta su casa, señor Capria. Desea asegurarse de que llegue bien.

Asintió y se dejó guiar por su amigo.

Al entrar a su departamento, se encontró con Sandra arreglada y lista para salir. Lo miró extrañada al verlo lleno de sangre, pero ni siquiera le preguntó qué había sucedido; solo le dedicó una mueca de desdén y, antes de irse, dijo:

«Procura encontrar pronto un lugar, adiós».

Lo primero que hizo fue meter la mochila al fondo de su placar, camuflándola detrás de los abrigos gruesos de invierno. Se acercó a la ventana y durante un rato se quedó admirando las luces nocturnas. Finalmente, abrió el vidrio y respiró el gélido aire; pese a que no dejaba de temblar, no tenía frío. Tenía una especie de sensación de irrealidad que se había apoderado de él en las últimas horas y la certeza de que nunca en su vida había estado tan cansado como en ese instante.

Escuchó ruidos y voces en el pasillo. Se sobresaltó y fue a chequear si había cerrado la puerta con llave. Sí, lo había hecho. Tenía miedo.

Miró sus manos, aún manchadas de sangre, y decidió que debía darse un baño. Treinta minutos después, se preparó una taza de café envuelto en su bata y se sentó abatido en el sofá. Era incapaz de borrar la aterradora sensación de miedo que sentía. Dejó que el café hiciera efecto y enseguida se sintió un poco mejor. Pocos minutos después se quedó profundamente dormido.

Se despertó asustado al escuchar el sonido de su celular. Inevitablemente había comenzado a temblar de nuevo. Apretó la pantalla del aparato y atendió la llamada. Era su hermana.

—*Recién volvimos a casa y vimos las noticias. Han matado a Jerónimo Larson. Han comentado que hay un testigo masculino que puede identificar al asesino. Lorenzo, ¿eres tú?* —Notó la preocupación en el dulce tono de voz de su hermana.

—Sí, Karen, yo lo vi —respondió en un susurro. Hubo un silencio del otro lado.

—*¡Dios mío, Lorenzo! Jamás es bueno ser testigo de un asesinato.*

—Yo no elegí esto, Karen.

—*Mamá quiere hablar contigo, está preocupada.*

—Ahora no puedo hablar con ella. —Sabía que, si su madre se ponía al teléfono, lo indagaría hasta lograr que contara todo con lujo de detalles—.

Decile a mamá que mañana la llamo.

—*Pero ella necesita saber si estás bien...*

—Lo estoy. Hasta mañana, Karen.

Cortó y se recostó en el sofá, se rascó la frente. Su hermana tenía razón: no era bueno ser testigo de un asesinato, y con este último pensamiento se durmió.

Jonathan Kelly, después de acompañar a su amigo hasta su edificio, partió hacia su casa. Para ese entonces, el asesinato del padre de Carola Larson ya había aparecido en todos los programas de noticias. Cuando salió con su amigo, divisó algunos periodistas tomando fotografías e incluso había una escena donde se lo veía a él y a Lorenzo subir al coche patrulla. Tenía la certeza de que su padre ya estaba al corriente de la situación; él siempre miraba el noticiero de la noche.

Como esperaba, al entrar a su casa, se encontró con su padre, que lo estaba esperando. Bebía un whisky sentado en la sala, en penumbras; se asustó al prender la luz y verlo escrutándolo con seriedad.

—Antes de que empieces con tus preguntas —comenzó Jony—, tienes que saber que no tuve otra alternativa. Me vi obligado a ir porque Lorenzo le explicó a la policía que yo le había dado la tarjeta de Claudio Tejedo, así que ellos me llamaron y tuve que ir.

—¿Has hablado de más, Jonathan? —preguntó con tono de voz grave.

—No, papá... No tienes que preocuparte. Nadie sabe que tuve una aventura con Carola Larson, ni siquiera Lorenzo.

Capítulo 4

Salvador Rojas Godoy, el hombre que Lorenzo conocía como Claudio Tejedo, huyó del departamento de Carola Larson bajando a toda velocidad por las escaleras de servicio. Al salir del edificio, tomó la costanera hasta la plaza Italia, donde estaba la enorme catedral, con el diario de cuero negro bajo su brazo. Cruzó los caminos serpenteantes de piedras e ignoró los grandes canteros de rosas que, en esa época del año, comenzaban a marchitarse, pero aún perfumaban el aire con su dulce aroma dulzón. El olor le provocó náuseas; odiaba las rosas. Al llegar a la esquina de la calle Frey, detuvo un taxi. Le indicó la dirección del hotel donde se alojaba y, al llegar a su habitación, arrojó el diario sobre la cama y sacó una lata de cerveza de la heladera. Solía beber después de trabajos como ese.

Cruzó la pequeña estancia con dos zancadas y se sentó en el colchón. Tomó el cuaderno y lo miró dubitativo por unos instantes. El trabajo había sido fácil. Entró al edificio en el momento en que el portero había salido a ayudar a cargar unas bolsas a una vecina y forzó la cerradura del departamento sin inconvenientes. Entró a la casa, donde reinaba el silencio, buscó al hombre en el piso inferior, pero no lo encontró. Dio con él en la habitación; estaba recostado en la cama y el diario de cuero reposaba a su lado, sobre la mesa de luz. Cuando el hombre se percató de su presencia, se levantó de un salto e intentó escapar, pero él le bloqueó la salida.

No gritó, era un hombre valiente; eso lo motivó. Forcejearon y, cuando sacó su arma de entre su chaqueta, vio, en la expresión de los ojos del hombre, miedo y la certeza de que iba a morir. Salvador paladeó ese instante. Adoraba sacar su arma despacio, como en cámara lenta, mirar a la víctima a

los ojos mientras lo apuntaba; amaba ese segundo antes de apretar el gatillo, lo llenaba de excitación.

La víctima, por lo general, retrocedía, y así lo había hecho Jerónimo Larson, al mismo tiempo que balbuceaba: «¿Tú mataste a mi hija?». No le respondió, solo le regaló una sonrisa macabra y, por último, su grito: «¡No!», antes de jalar el gatillo, que se mezcló con una voz masculina proveniente del piso inferior.

Examinó la cubierta del diario y tamborileó los dedos sobre ella; ese estúpido arquitecto había llegado en ese instante. De no haber sido por él, todo habría salido a la perfección. Había sido descuidado, por no decir un idiota: permitió que ese hombre lo dejara fuera del departamento, en el pasillo, y lo obligara a escapar. En un último momento, gatilló sobre la puerta esperando que alguna de las balas le diera al mal nacido. Pero tenía el diario de Carola y había matado al padre: ese había sido el trabajo encomendado. Si ese arquitecto se convertía en un grano en el culo, también se encargaría de borrarlo del mapa.

Salvador abrió el diario. Las páginas estaban bien dispuestas pero, al comenzar a hojearlas, notó que todas estaban en blanco y que varias habían sido arrancadas. Pasó las hojas de aquí para allá en busca de algo escrito, pero se llevó una gran decepción. Las hojas aún estaban en el departamento. Tenía que pensar muy bien qué hacer; el lugar ahora estaba lleno de polis, no podía entrar a buscarlas. Debía buscar otra forma de conseguirlas y asegurarse de que Lorenzo Capria jamás tuviera la oportunidad de identificarlo.

Sonrió. Le haría una visita al arquitecto.

Se despertó en la madrugada cubierto de sudor frío, temblaba. Había tenido horribles pesadillas de una sombra enorme que lo perseguía por unos tenebrosos pasillos; oía gritos y una voz que lo llamaba. Era Jerónimo. Pero por más que intentaba correr más rápido, nunca conseguía dar con él y la voz lastimera y moribunda del hombre retumbaba en un eco constante en esos

largos corredores. Se levantó, bebió un vaso de agua y regresó a acostarse. Durmió entre cortado y terminó por levantarse a las seis de la mañana. Tomó una ducha rápida para liberar cualquier vestigio de cansancio e intentó ponerle energía positiva a pesar de que sabía lo que el día le reservaba.

Debía ir a la comisaría para prestar declaración y ver a un dibujante para que hiciera un boceto del asesino. Se preparó unos mates y puso dos rodajas de pan lactal en la tostadora. Lo primero que debía hacer era decidir sobre qué hacer con el diario de Carola Larson.

Recordó a Jerónimo, que pensaba haber hallado algo escrito que demostrara que Carola no se había suicidado, sino que la habían matado. Claudio Tejedo, o como se llame ese hombre, había robado el diario. Y se preguntó: ¿mató al viejo porque tenía miedo de lo que él había descubierto en aquellas hojas? Entró a la habitación y miró el armario; abrió sus puertas y sacó la mochila, y de adentro tomó las hojas manchadas de sangre. Debía dárselas a la policía, pero antes iba a realizar dos copias: una para Maribel Rehue y la otra para él; el original se lo entregaría al detective Rivera. De esa forma sentía que no faltaba a la promesa que le había hecho a Jerónimo.

A las tres de la tarde, Lorenzo esperaba en un pequeño cuarto de la comisaría, sentado a una mesa ovalada de grandes dimensiones frente al detective Rivera y su compañero Nicolás Martínez. El primero estaba alterado, respiraba agitado, como si hubiera corrido una maratón, o tal vez fumaba demasiado; del bolsillo de su camisa asomaba un paquete de Malboro. Su compañero estaba de pie, con los brazos cruzados, tenía un semblante más amigable, con cara de niño bonito y agradables ojos azules. Lorenzo tenía muy claro quién interpretaba el papel del bueno y el malo.

Estaba harto, se había pasado más de una hora y media tratando de describirle el rostro de Claudio Tejedo al dibujante. El detective Rivera estaba molesto de que no fuera más detallista.

—El tipo no tenía tatuajes, ni cicatrices, ni lunares, ni manchas de nacimiento —le había explicado por milésima vez—. Yo, a simple vista, no

vi ninguno. Era un tipo normal, común, con pelo castaño y ojos claros, un par centímetros más alto que yo. Eso es todo.

Entonces, el dibujante le mostró el bosquejo y él lo miró dubitativo.

—No se parece mucho que digamos.

—¿Cómo rayos era? —escupió Rivera encolerizado.

—¡Baja un cambio, Mario! —trató de tranquilizarlo su compañero—. No te olvides que este hombre ha pasado por un trauma horrible.

Como no lograron dar con un boceto que conformara a Lorenzo, uno de los oficiales se sentó a su lado con una computadora personal y comenzó a mostrarle fotos de hombres de la base de datos. Sin embargo, no encontró el rostro de Claudio Tejedo en las cientos de caras que apreció; eso también pareció molestarle a detective Rivera. Luego de eso, se prendió un cigarrillo; le ofreció uno a Lorenzo, pero este negó con la cabeza.

—¡Capria! Comencemos de nuevo... A ver, quiero que repasemos algunos puntos sobre este crimen. Cuando se comunicó con el 911, se lo notó bastante alterado.

—Tenía razones para estarlo, ¿no lo cree?

—Claro que las tiene, y tengo que añadir que, cuando nosotros llegamos al lugar, a usted lo encontramos en estado de choque.

—Sí. No fue una noche fácil.

—Ya lo creo, pero tengo entendido que, antes de salir del departamento, tuvo suficiente conciencia como para recordar que había dejado su mochila dentro del armario del vestíbulo.

—Lo recordé cuando pasé por delante.

—¿Se acuerda de que había oficiales tomando fotos? —Asintió con la cabeza.

El detective sacó una foto de adentro de un legajo amarillo y la puso delante de él.

—¿Puede analizar la imagen? —Lorenzo la tomó de arriba de la mesa y la miró—. Es una ampliación de una foto que tomaron del vestíbulo.

En ella, se lo podía ver a él de perfil, sosteniendo el asa de su mochila manchada con sangre con la mano derecha.

—¿Recuerda ese momento, Capria? —Él no respondió—. En esa mochila hay manchas de sangre y también se encontraron rastros en la manija del armario. Usted bajó con las manos ensangrentadas, guardó algo en su mochila, la escondió en el armario y luego llamó a la policía. ¿Me equivoco?

«¡No! —Tenía ganas de gritar—. ¡Está en lo cierto!», pensó. Pero no podía decirle nada de las hojas, no aún. Se miró las manos y entrelazó sus dedos. Tenía que decir algo, pero no sabía qué.

El detective Rivera se inclinó sobre la mesa con actitud agresiva.

—¿No entiendo a qué está jugando, Capria! Y sé qué está ocultando algo. Es evidente que no se trata de un simple crimen; hay algo más gordo detrás. No asesinó a Jerónimo Larson por casualidad; fue premeditado y ejecutado meticulosamente. Usted es el único eslabón que no salió según el plan. —Hizo una pausa, tomó aire y continuó—: Usted dijo que el asesino se había llevado un cuaderno de cuero negro. Quiero que lo describa otra vez, al cuaderno.

—No va a cambiar la descripción. Era un cuaderno con la cubierta de cuero o cuerina negra, era del tamaño de una fotografía grande.

—¿Había visto ese cuaderno antes? —El detective le pasó una hoja suelta escrita. Él la tomó; era una hoja del diario de Carola sin duda. No dijo nada—. ¿No tiene nada para decir?

—Cuando llevé a Claudio Tejedo a conocer el departamento, Jerónimo leía ese cuaderno en el estudio. Estaba abierto y había varias hojas sueltas sobre el escritorio. No estoy seguro de si esta era una de esas hojas, pero es probable que lo sea.

Al menos en eso no mintió. De pronto un sentimiento de arrepentimiento lo invadió. No debió haber fotocopiado las hojas antes de ir a la comisaria.

—Encontramos esa hoja en el suelo de la habitación, debajo de la mesa de luz. Tal vez había otras hojas sueltas, ¿lo cree posible? —No esperó su

respuesta, continuó—: ¿Recuerda las manchas de sangre en su mochila y en el armario? ¿Qué guardó en la mochila antes de que nosotros llegáramos? ¿Acaso había más hojas? ¿Dónde están ahora?, ¿las tiene usted?

A medida que Rivera iba formulando las preguntas, su color iba aumentando hasta llegar a un rojo furioso, y una vena ancha comenzó a palpitarle en la sien. Su compañero intervino.

—Tranquilo, Mario. Dale tiempo a responder.

—Este hombre puede tomarse todo el tiempo que se le antoje, pero la verdad es la verdad, y él se llevó pruebas de esa habitación. No te intriga saber por qué una persona inocente robaría pruebas de una escena de crimen.

Deseaba con desesperación contarles la verdad: que tenía el diario y el motivo por haberlo tomado. Quería decirles de la promesa que había hecho pero, si hablaba, le pedirían que entregase esas hojas de inmediato y, antes de darles las pruebas, quería facilitarle una de las copias que había hecho a Maribel Rehue. El detective Rivera lo trataba como si él tuviera algo que ver con el asesinato de Jerónimo. «Después de hablar con Maribel, le daré el original a la policía», pensó.

—No, no puedo responderle esa pregunta, detective —respondió cortante poniéndose de pie—. ¿Puedo irme?

—Terminamos por hoy, señor Capria, pero quiero que tenga en cuenta que ser encubridor de un asesinato es un delito grave, al igual que ocultar pruebas y robarlas de la escena del crimen.

Lorenzo lo observó fijamente e intentó controlar su respiración. Cruzó la habitación, giró la manija y, cuando comenzaba a abrir la puerta, escuchó:

—Otra cosa, señor Capria: si usted se llevó las hojas, tengo que preguntarme hasta qué punto es usted una víctima. Al fin y al cabo, fue usted quien llevó al asesino a la casa de Jerónimo Larson.

Lorenzo partió sin responder, cruzó la comisaría a toda velocidad y salió a la calle. De un momento a otro percibía que le faltaba el aire. Elevó los brazos estirándose y sintió que tenía olor a transpiración. Antes de ir a la

oficina, pasaría por su casa y tomaría un baño rápido. Caminó dos cuadras hasta el garaje donde había dejado el coche. Experimentó frío. Se ajustó su chaqueta y, al cruzar la calle, tuvo el presentimiento de que lo estaban siguiendo; se volvió con brusquedad y se chocó con la asombrada mirada de una mujer regordeta.

—¡Disculpe! —murmuró y retomó la caminata a toda velocidad.

Entró al auto a toda prisa y respiró tranquilo al hallarse en la seguridad del vehículo. Trabó las puertas y salió hacia su casa. Ansiaba ese baño.

Capítulo 5

Salvador Rojas Godoy no pensaba arriesgarse a que Lorenzo Capria lo reconociera. Por eso, hablaba por celular camuflado detrás del puesto de diarios, en la esquina del edificio del arquitecto. Igualmente iba a ser difícil que el hombre lo reconociera; era un maestro de los disfraces. Llevaba, sobre su cabello castaño, un sombrero tipo boina que ocultaba su cabellera; una barba frondosa le tapaba gran parte del rostro y había cambiado su costosa ropa por un pulóver amplio y unos *jean* desgastados, y unos grandes anteojos de sol cubrían sus ojos claros.

—Por la mañana Capria fue a la oficina, estuvo dos horas aproximadamente, después se fue a la comisaría y ahora regresó a su departamento —explicó mientras no quitaba la vista de la entrada del edificio—. No quiero estar por aquí. Hay una patrulla estacionada en la entrada, están custodiando al arquitecto. —Tras escuchar indicaciones, cortó.

Se quedó allí fumando un cigarrillo. Pocos minutos después vio salir a Lorenzo con otra ropa y el cabello mojado; llevaba un maletín en su mano. Se subió a su coche y salió a toda velocidad. Segundos después el coche patrulla se ponía en marcha detrás del Focus.

En su rostro se dibujó una sonrisa de triunfo. «¡Excelente, un problema menos!», pensó mientras caminaba en dirección a la entrada del edificio.

Maribel Rehue regresó a su oficina después de organizar, con el servicio fúnebre, los detalles de la cremación de Jerónimo. Su esposo Sergio entró al despacho y encontró a su esposa con semblante abatido. Se acercó a la barra de nogal y sirvió dos vasos de whisky. Le tendió uno a la mujer.

—Creo que lo necesitas. —Maribel lo aceptó y tomó el vaso.

—Fue un día de mierda —dijo y soltó un sonoro suspiro.

Los restos de su exesposo serían cremados una vez que la policía les entregara el cuerpo y las cenizas enterradas junto a Carola. «Así lo habría querido», pensó con nostalgia.

—Ahora estará junto a Carola —expresó a Sergio con congoja y voz quebrada.

—Tranquila, Mari. El dolor, poco a poco, irá desapareciendo —intentó calmarla. Se acercó a ella y comenzó a darle un masaje sobre los hombros.

—¡Es que no lo entiendo, no tiene sentido! Un tipo va a ver el departamento porque lo quiere comprar y luego vuelve y mata a Jerónimo, y no precisamente porque fuera un hombre de gran fortuna. Le dije mil veces que se deshiciera de ese departamento, pero él no dejaba de darle vueltas al asunto del suicidio de Carola. Se había obsesionado con eso y estaba logrando convencerme. Por lo menos ahora está con ella, donde sea que estén —finalizó y rompió en un llanto desgarrador.

Sergio hizo un enorme esfuerzo para cambiar el rumbo de la conversación, besó la coronilla de su esposa, se aclaró la garganta y dijo:

—No quiero hablarte de esto ahora, pero es importante. Me llamó Javier Cardona, dijo que se demorarán una semana en entregar el equipamiento para la cocina de la nueva cafetería.

—Tenemos cerca la fecha de inauguración.

—Descuida, cariño, estará todo listo a tiempo.

—Eso espero. No quiero más dolores de cabeza.

—Vas a ver que será un éxito. Cuando inauguremos en El Bolsón, la competencia deberá cerrar sus puertas. —Sergio miró su reloj—. Será mejor que baje a saludar a los clientes, hoy está lleno el local. —Depositó un casto beso sobre los labios de su esposa y salió.

Maribel se quedó sumida en sus reflexiones. El sonar del teléfono la sacó de sus cavilaciones. Atendió y la recepcionista le anunció:

—Maribel, aquí hay un hombre que desea hablar con usted. Su nombre es Lorenzo Capria; dice que es el arquitecto que se encargaba del departamento de Carola.

—Que suba. Gracias, Vanesa.

Maribel vio entrar a su despacho a un hombre joven, alto, buen mozo, con una cabellera castaña prolijamente peinada y penetrantes ojos cafés. Le regaló una sonrisa y lo invitó a sentarse frente a ella. Le llegó el aroma masculino de su perfume mezclado con loción de afeitarse. El hombre, antes de sentarse, le ofreció la mano y ella la estrechó con firmeza.

—Antes de morir le prometí a Jerónimo que le entregaría unas hojas del diario de Carola —dijo abriendo su maletín—. Él también me pidió que lo leyera; no sé por qué deseaba que yo lo hiciera. Él quería que le mostrara algo escrito, suponía que yo lograría encontrar una pista que confirmase sus sospechas sobre el suicidio de Carola. Solo estoy cumpliendo su última voluntad. —Apoyó las hojas sobre el escritorio.

Maribel sintió un estremecimiento al ver la caligrafía, inclinada hacia la izquierda, de su hija; ver su letra resultaba muy doloroso. Con voz entrecortada por la impresión, espetó:

—Es una copia. ¿Dónde está el original?

—Lo tengo en un lugar seguro y mañana se lo entregaré a la policía.

—Eso no fue lo que le pidió Jerónimo —repuso con súbito enojo.

—Mire, señora Rehue —comenzó Lorenzo poniéndose de pie—, no tengo alternativa: la policía cree que me llevé esas hojas, y eso hice, a pedido de Jerónimo. Pero ahora el detective Rivera me acusa de robarme las pruebas, y es un crimen, e incluso insinuó que estoy protegiendo al asesino. Les daré el original a ellos; cuando la investigación termine, tal vez le devuelvan el original, pero por el momento tendrá que conformarse con la copia.

Maribel ni siquiera levantó la mirada cuando Lorenzo salió de su oficina; estaba absorta, con los ojos fijos en el manojito de hojas que reposaba sobre su escritorio.

Cuando estacionó su coche en la vereda de su edificio, vio a varias patrullas con sus luces encendidas; algunos oficiales intentaban calmar a Sandra, que no dejaba de temblar. Se acercó y, al verlo, los agentes lo acompañaron al departamento; él intentó reconfortar a Sandra, pero ella rechazó su contacto. Al entrar en su casa, tardó unos segundos en comprender el caos que tenía delante. Todos los muebles estaban volcados; los armarios, revueltos; los objetos personales, diseminados por el suelo. Anonadado —y sobre todo asustado—, se quedó observando el destrozo.

Escuchó la voz del detective Rivera, quien se acercaba por el pasillo.

—Usted y yo sabemos lo que estaban buscando, ¿no es así?

—Sí, las hojas del diario de Carola Larson, pero no están aquí, las tengo en la oficina. —No pensaba decirles que las había dejado allí después de fotocopiarlas.

Después de calmar a Sandra y de que un oficial la llevara a la casa de su madre, el detective Rivera lo escoltó a la oficina en el coche patrulla y le dio un largo sermón sobre su comportamiento.

—¿Acaso no lo entiende, detective? Solo cumplí la voluntad del hombre. ¡Se estaba muriendo en mis brazos! ¿Qué habría hecho usted?

Mario Rivera se limitó a mirarlo a través del espejo retrovisor, pero no respondió a su pregunta.

Quince minutos después entraban a su oficina. Él se acercó a su escritorio y abrió el tercer cajón, sacó un sobre marrón que contenía las hojas originales.

Rivera abrió el sobre y las estudió con detenimiento.

—¿Es todo?, ¿está seguro?

—Eso es lo que me dio Jerónimo, más la hoja que encontró debajo de la mesa de luz. —Era verdad, salvo que una copia, su copia, descansaba en su maletín.

—Bueno... creo, señor Capria, que tendremos que hacer una visita a la comisaría y hablar de esto un poco más.

Le dolía la cabeza, sentía una insistente puntada en la parte superior de su frente. Eran casi las once de la noche, tenía hambre y estaba exhausto. Asintió y acompañó al detective. Por suerte, al llegar a la comisaría, Rivera le pidió a su compañero que fuera a buscar un bocadillo y un café para ambos.

—Bueno, bueno... A ver, volvamos otra vez al comienzo, señor Capria — dijo frotando sus manos.

De nuevo el detective Rivera le repitió las mismas preguntas, entre ellas: ¿cómo conoció a Jerónimo Larson? Él le explicó que se lo había cruzado por primera vez en el vestíbulo y el hombre le había solicitado su tarjeta. ¿Cuántas veces había visto a Jerónimo Larson en las últimas semanas? Él le relató sobre sus cafés compartidos.

—¿Y no tenía amigos para eso?

—No lo sé. Le inspiré confianza y mencionó varias veces que yo haría una hermosa pareja con su hija, Carola. Yo perdí a mi papá hace unos años, ¿sabe?, y hablar con Jerónimo Larson era como hablar con mi padre. En cierta forma nos ayudamos mutuamente a mitigar el dolor de nuestras pérdidas. Creo que por eso recurría a mí.

El detective Rivera solo soltó una especie de gruñido ante su explicación y reformuló, una vez más, preguntas ya respondidas. Luego de dos horas lo dejaron salir y regresó en un taxi a su departamento.

Al llegar a casa y encontrarse con todo el desorden, recordó que tal vez un asesino lo estaba acechando; él podía reconocer a Claudio Tejedo. Se estremeció, cerró la puerta y puso el cerrojo. Ni se gastó en acomodarse. Se tiró en la cama y se durmió.

Capítulo 6

Por la mañana se despertó con un terrible dolor de cabeza. La cocina era un caos, así que desayunaría en la oficina. Se vistió con un pantalón azul marino y una camisa blanca con finas rayas celestes; arriba se puso una chaqueta marrón. Se miró al espejo y vio un aura de oscuridad en torno a sus ojos. Se lo notaba cansado y sin fuerzas.

Al llegar a la oficina, le extrañó que Jony no apareciera, como todas las mañanas, a beber juntos un café, pero, al cabo de unos minutos, lo mandó a llamar su jefe a su despacho.

Al entrar en la oficina, Jony estaba de espaldas mirando por la ventana; el enojo en su amigo era evidente.

El padre de Jony no se anduvo con rodeos. Lorenzo tomó asiento frente a su jefe.

—Lorenzo, el guardia de seguridad de anoche me dijo que usted había venido con la policía a la oficina. ¿Qué pasó?

Le explicó los hechos de la noche anterior y Benjamín Kelly lo interrumpió claramente enfadado.

—¿Qué hiciste qué? ¡Cómo se te ocurre esconder una prueba sobre un asesinato en esta oficina!

—Se la iba a dar a la policía hoy. Yo trataba de cumplir con la última voluntad de Jerónimo Larson, pero ahora sé que he cometido un delito y no debí haberme llevado las pruebas.

—Eso fue una estupidez.

—Lo sé, señor.

—Me temo que no puedo dejar pasar por alto este tipo de actitud. Has

ocultado pruebas de un asesinato en mi empresa; lamentablemente ya no requeriremos tus servicios como arquitecto.

—¿Me está despidiendo?

—Sí. Mañana le llegará el telegrama de despido, Lorenzo.

Jony quiso intervenir, decir algo a su amigo, pero una severa mirada de su padre lo hizo callar.

—Juntaré mis cosas —susurró poniéndose de pie. Le echó una última mirada a su amigo y salió del despacho.

Mario Rivera estaba completamente seguro de que el trabajo de un buen detective comenzaba con una corazonada; dos décadas de servicio avalaban su teoría. Por lo general, sus pálpitos siempre resultaban ciertos. Por eso, le comentó su hipótesis a su compañero Nicolás Martínez mientras estudiaba minuciosamente las hojas del diario de Carola Larson.

—Aún siento que Lorenzo Capria no dice toda la verdad. Está metido hasta el fondo en el caso y sacó las hojas del departamento e hizo una copia para Maribel Rehue. Es evidente que mi acusación de ayer lo asustó; si no, creo que nunca nos habría dicho que las hojas estaban en su poder.

—Estaba pensando, Mario... ¿Cómo sabemos que no hizo desaparecer hojas comprometedoras? Tal vez pudo destruirlas para que no las viésemos.

—Estoy de acuerdo con vos. Las huellas de Lorenzo Capria están en las hojas y en todo el caso.

Se volvió a concentrar en el diario. Nicolás salió en busca de dos cafés, y cinco minutos después sonó el teléfono de su oficina. Atendió a Germán Balcarce, un oficial de la unidad Huellas Dactilares; habían tenido una coincidencia con una huella encontrada en el picaporte de la puerta del departamento de Lorenzo Capria. La huella encajaba con la de un peligroso criminal, un asesino a sueldo sospechoso de cometer más de una docena de homicidios. Su nombre: Salvador Rojas Godoy.

—¡Eso es imposible, Germán! ¡Salvador Rojas Godoy está muerto! El tipo escapaba a Montevideo en una lancha cuando esta explotó; su cuerpo se

encontró calcinado y lo enterramos.

—Enterraste a alguien, pero no era Salvador Rojas Godoy. Los muertos no suelen forzar puertas.

Cuando colgó se pasó las manos, frenético, por el cabello. Si Germán Balcarce estaba en lo cierto y la huella dactilar pertenecía a Salvador Rojas Godoy, Lorenzo Capria corría un terrible peligro.

Lorenzo terminó de guardar todos sus objetos personales en una caja. Se sentía observado por sus ahora excompañeros de trabajo. Los iba a echar mucho de menos. Una vez que tuvo todas sus cosas preparadas, estaba listo para salir cuando lo interceptó Jony. Lo tomó del hombro y lo apretó de manera afectiva.

—¡Bro, te juro que intenté convencer a mi viejo de que no te despida!, pero viste cómo es: hace lo quiere sin importar la opinión de los demás.

—Lo entiendo, Jony. Sé que nada tenés que ver con esta decisión. Nuestra amistad no se va a ver afectada por esto. La culpa fue mía; jamás debí traer pruebas a la oficina, los expuse a todos de manera estúpida.

—Gracias, bro. —Le dio dos palmaditas en la espalda—. ¿Tomamos unas cervezas más tarde?

—No, hoy no. Tengo que acomodar el departamento antes de que vuelva Sandra y quiero descansar. Te llamo y arreglamos para otro día, ¿sí?

—Dale. Gracias, bro, sin rencores.

Salió de la oficina con una extraña sensación en su pecho; podría decirse que de alguna manera se sentía aliviado de haber perdido el trabajo.

—¡Qué raro que no haya llegado Lorenzo! Por lo general, nunca viene tan tarde. Espero que no tengas mucha hambre, Antonio —expresó Javier mientras miraba la hora en su teléfono celular.

Mónica excusó a su hijo irritada.

—Tal vez salió después del trabajo. A esta hora el tránsito es terrible.

—Después de todo lo que le ha pasado a Lorenzo, no debería molestarnos

que llegue a cenar un poco más tarde. No está atravesando su mejor momento: casi lo matan y anoche entraron a su departamento.

—Tranquilos —intervino Antonio—. Ahora lo mejor que podemos hacer es brindarle nuestro apoyo en esta terrible situación.

Mónica le regaló una sonrisa de agradecimiento. Javier les convidó un aperitivo, había preparado Campari con jugo de naranjas. Aceptó el vaso que su yerno le ofrecía y observó a los niños, que miraban una película en la sala. De vez en cuando Daniel se levantaba y se acercaba a la ventana. Estaba ansioso por ver a su tío, quería mostrarle el nuevo juego de Play Station que le había comprado su papá.

Mónica consultó la hora; eran pasadas las ocho de la noche y había comenzado a caer una leve llovizna. Estaba preocupada, pero no quería admitírselo a los demás. «¿Dónde te metiste, Lorenzo?, pensó. Ansiaba que su hijo llegara de un momento a otro.

Al llegar al departamento, le cayó la ficha de todo lo ocurrido esos últimos días y se dio cuenta de que no solo se había quedado sin trabajo, sino sin casa. Sandra había salido antes de la oficina y al verlo le señaló dos valijas.

—Ahí están todas tus cosas.

Habían discutido de manera fuerte; sin embargo, ella no cambió de parecer y él, con el orgullo herido, no había tenido las fuerzas suficientes para enfrentarla. Estaba harto de aquella situación. Sin despedirse de ella, cargó las maletas a su coche y manejó sin rumbo específico. Mientras recorría las calles de la ciudad, pensó que lo mejor que podía hacer era hablar con un abogado, lo necesitaba. Un nombre se le vino a la cabeza: Jaime Ruiz Villegas, un viejo compañero de su padre.

Decidió llamar al hombre sin perder más tiempo, pero no respondió. Así que se aventuró a ir hasta su casa.

Margarita, la esposa de Jaime, lo recibió con sorpresa al verlo llamar a su puerta. Enseguida lo invitó a entrar y le ofreció un té. Pocos minutos después

apareció Jaime, que lo saludó con un abrazo fraternal.

—Quiero, antes que nada, pedirles disculpas por aparecer sin avisar — comenzó.

—Eres bienvenido, querido —expresó Margarita.

—Vimos en las noticias lo del asesinato de Jerónimo Larson.

—Por eso vine, Jaime. Necesito un abogado.

—Te escucho, muchacho. ¿Qué puedo hacer por ti?

Al cabo de una hora, después de relatar los hechos una vez más, Jaime accedió a representarlo en el caso.

—Pueden acusarte, en el menor de los cargos, como obstrucción a la justicia —le había explicado el hombre—, pero, si el detective se pone en perro, podría acusarte de encubrimiento, y eso sería grave.

—Yo solo quería cumplir la última voluntad de un hombre que se estaba muriendo en mis brazos.

Jaime le regaló una sonrisa conciliadora pero con semblante serio.

—No tienes que convencerme a mí, sino a la policía. No fue muy inteligente de tu parte llevarte las hojas, pero haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarte.

Salió de la casa del abogado un poco más tranquilo, chequeó su teléfono y encontró varias llamadas perdidas de su hermana y mensajes de su madre. Le escribió: «Estoy en camino» y se concentró en la carretera.

No quería enfrentarse a su familia y contarles que se había quedado sin empleo y sin casa, pero no le quedaba otra alternativa; tarde o temprano se enterarían. Además, pensaba pedirle momentáneamente hospedaje a su hermana hasta que encuentre un nuevo departamento y otro trabajo.

Al doblar en la calle Pasaje Gutiérrez, miró el espejo retrovisor y vio un coche negro que también doblaba. Sintió un estremecimiento. «¿Ese auto me está siguiendo?», se preguntó mientras aceleraba. Se dio un cachetazo mental. Se estaba poniendo paranoico y debía, más que nada, mantener la calma.

Nueve menos cuarto estacionó el auto frente a la casa de su hermana, bajó

y comenzó a caminar hacia la entrada. Vio a su sobrino Daniel asomarse por la ventana de la sala con una enorme sonrisa. Su hermana abrió la puerta para recibirlo y su sobrino salió corriendo hacia él.

—¡Tío! ¡Llegaste!

—Ya era hora. —Escuchó la voz de su cuñado.

Lorenzo se agachó con los brazos abiertos para abrazar a su sobrino. Fue entonces cuando se oyeron dos disparos y percibió que las balas lo rozaron. Se tiró hacia delante intentando cubrir el cuerpecito de Daniel. Experimentó un dolor muy fuerte en su brazo y enseguida le llegaron los gritos desesperados de su familia. Sentía una puntada en la parte superior del hombro, pero la gran cantidad de sangre no era suya, sino que emanaba a borbotones del pequeño cuerpo de Daniel.

Capítulo 7

Mientras esperaban en la sala del hospital, en el área de pediatría, una doctora intentó tranquilizar a Lorenzo, que se lo veía muy afectado y con el semblante completamente devastado.

—Tranquilo, señor. El niño está fuera de peligro, se recuperará. Insiste en verlo a usted.

Lorenzo estaba en compañía del novio de su madre, Antonio. Su hermana, su madre y su cuñado habían seguido a la camilla que había trasladado a Daniel desde el quirófano hasta su habitación. Lorenzo no había tenido fuerzas para ir detrás. Sintió la mano de Antonio sobre su hombro.

—No te atormentes, muchacho.

—Es mi culpa —dijo con voz quebrada.

No podía dejarse de repetirse que todo había sido culpa de él. Apenas notaba el dolor sobre su hombro, donde la bala lo había rozado; su cuerpo y su mente estaban en un estado de latencia, sin terminar de entender el horror que estaba viviendo.

El médico que había atendido su herida, al verlo tan abatido, le expresó:

—El niño se repondrá. Por suerte, la bala entró y salió. Tardará en sanarse, pero no tendrá ninguna secuela, y los niños se curan más rápido que los adultos.

Él no había respondido. Solo se limitó a asentir a las palabras del médico.

—Lorenzo, entra a ver a Daniel —lo animó Antonio.

Le agradeció con la mirada. Sentía una enorme gratitud hacia el hombre; él había llamado a la policía mientras su hermana intentaba detener la hemorragia de Daniel con sus manos.

Caminó vacilante por el corredor hasta dar con la habitación de Daniel. Al entrar, vio a Karen y a Javier sentados a ambos lados de la cama; su madre se mantenía de pie, por suerte, más calmada y sin llorar. Observó el cuerpo de su sobrino recostado con un gran vendaje sobre el hombro.

—Tengo hambre, mami —se quejó.

—Es un buen síntoma —dijo Lorenzo y los ojos de Daniel se iluminaron al verlo.

—¡Tío! Me dijo el médico que me quedará una cicatriz. ¿A ti también te dispararon?

Se acercó a la cama y tomó la mano de Daniel. Percibía un enorme alivio de verlo bien. El sentimiento de culpa era demasiado grande.

—Lo mío fue apenas un rasguño, campeón —aseguró acariciando el cabello del niño.

—Cuando me cure vamos a jugar a mi nuevo juego.

—Eso no lo dudes.

—Vas a ponerte bien muy pronto —dijo Karen con una sonrisa.

—Lorenzo..., ¿no viste que te seguían? —preguntó Javier.

—¡Javier! ¿Qué clase de pregunta es esa? Es obvio que no se dio cuenta de que lo estaban siguiendo —soltó Karen con mal humor.

No quería que su hermana y su cuñado iniciaran una discusión por su culpa, ya suficiente cargo de conciencia sentía como para sumarle ahora una pelea entre ellos. Daniel comenzó a cerrar sus ojos; él se acercó y depositó un beso en la frente del niño.

—¿Vas a venir a verme mañana?

—Lo intentaré. Ahora tienes que reponerte, quiero ganarte a la Play Station.

Le echó una última mirada antes de salir de la habitación. Al volver al corredor, Lorenzo vio a Antonio hablando con dos oficiales. Cuando lo vieron llegar uno de ellos espetó:

—Señor Capria, tengo órdenes de escoltarlo a su casa sano y salvo.

—¿Lo ordenó el detective Rivera?

—No, es una orden directa de la oficina de la fiscalía. —Asintió y se dejó guiar por los oficiales.

Toda su vida se había desmoronado desde que se hubo relacionado con Jerónimo Larson. Por un momento se arrepintió de haber conocido a ese hombre y de haber hecho esa condenatoria promesa.

Elvira Colombo, la fiscal asignada al caso, se caracterizaba por tener un semblante tranquilo y amigable que resultaba incoherente cuando participaba en un juicio. Las negras gafas de carey tachonadas de falsa pedrería le proporcionaban un aspecto cómico a su rostro redondo y a su ondulado cabello canoso. Era una mujer regordeta y bajita que hablaba con calma y pausa; sin embargo, cuando interrogaba, podía fulminar a un testigo con el mismo tranquilo tono de voz. Tenía sesenta y siete años y deseaba retirarse, pero antes quería coronar su carrera con un caso importante, que su nombre resaltara en las primeras planas y figurara en todas las noticias; solo entonces se jubilaría.

Y como caído del cielo, ese caso aterrizó sobre su escritorio. Un hombre presenció, por casualidad, un homicidio en el departamento de Carola Larson. La víctima, el padre de la difunta actriz y exesposo de Maribel Rehue, la famosa chocolatera —y lo primordial, el testigo—, podía identificar al atacante. Sin mencionar que, al ver el nombre del asesino, sonrió con satisfacción: Salvador Rojas Godoy era su deuda pendiente. En el pasado casi había logrado atraparlo, pero el muy astuto se había hecho pasar por muerto por más de tres años. Apostaba, y ponía las manos en el fuego, a que, si Salvador Rojas Godoy había salido de su cómodo y seguro escondite, debía estar relacionado con drogas. Sintió un dulce sabor en la boca.

Releyó el expediente. El testigo no lo reconoció en ninguna de las fotos del registro que le había enseñado la policía. Rojas Godoy se caracterizaba por ser un camaleón: siempre cambiaba de apariencia. Por tanto, Lorenzo Capria era el único que podía reconocerlo, y eso convertía al hombre en su

nuevo mejor amigo.

Ansiaba atrapar a Rojas Godoy, tenerlo frente a ella e interrogarlo. Sabía que el hombre sufría de claustrofobia y pensaba amenazarlo con una hermosa y acogedora celda pequeña. Iba a lograr que soltara los nombres de sus jefes, pero le pasaron la llamada del detective Rivera y sus noticias la enfurecieron. De la comisaría había desaparecido la prueba clave del caso: se habían robado las hojas del diario.

—¿Cómo es posible que eso pasara? —preguntó apretando el auricular del teléfono. Tenía ganas de estrangular con sus manos al detective por ser tan descuidado.

—*Las pruebas estaban guardadas bajo llave—se excusó—. Ayer a la noche, sin que se dieran cuenta los del turno nocturno, desapareció. Hice dar vuelta la comisaría, pero no ha aparecido. La buena noticia es que Lorenzo Capria le hizo una copia a Maribel Rehue; si hay alguna pista en esas hojas, nos enteraremos de igual modo.*

—Detective Rivera, asegúrese de conseguir esa copia antes de que también se la roben delante de sus narices —dijo con brusquedad y colgó.

Respiró profundo tratando de calmarse. Pronto llegaría Lorenzo Capria, y estaba ansiosa de hacerle muchas preguntas.

Lorenzo había pasado la noche en vela en la casa de su hermana. Se acostó en la cama de Daniel, abrazó la almohada celeste con pequeños aviones rojos y nubes blancas, y lloró. Se colocó en posición fetal y dejó salir, a través de su llanto, toda su frustración. No había podido pegar un ojo en toda la noche; cada vez que cerraba sus párpados, la imagen de su sobrino lleno de sangre volvía a dibujarse en su mente, y la culpa regresaba. Sentía un nudo en la boca del estómago, no lograba perdonarse haber puesto en riesgo no solo la vida de Daniel, sino de toda su familia.

Tenía que alejarse de ellos; estar cerca de él era peligroso para sus seres queridos, y no quería lidiar con la culpa nuevamente. Ya demasiado difícil era. Quería que todo eso se terminara. Quería identificar a Claudio Tejedo y

retomar las riendas de su vida.

A las ocho de la mañana, dos oficiales aparecieron en la casa de Karen; lo habían ido a buscar para escoltarlo ante la fiscal. Antes de salir llamó a su abogado.

Veinte minutos después se encontró con Jaime Ruiz Villegas en la puerta de la comisaría; al verlo le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Entraron a la fiscalía, se anunciaron y la secretaria regresó a los pocos minutos.

—La fiscal lo está esperando, señor Capria. Puede pasar.

Siguió a la secretaria, que los condujo por un corredor, se detuvo en la última puerta, la abrió y los hizo pasar. Lorenzo respiró profundo al toparse con los intimidantes ojos negros de la fiscal. Estaba sentada detrás de un escritorio y había capetas y legajos por todos lados. Le ofreció la mano a la mujer, que la estrechó con firmeza, y tomó asiento al lado de su abogado.

Elvira Colombo estudió atentamente a Lorenzo Capria. Parecía un hombre agotado y, sobre todo, estresado; lo evidenciaban las marcadas ojeras que surcaban sus ojos. No le extrañaba, dado los acontecimientos de la noche anterior; una bala le había rozado el brazo y esta había herido a un niño de nueve años. Apoyó los codos sobre el escritorio y entrelazó los dedos, se aclaró la garganta y habló sin rodeos.

—Señor Capria, estoy al tanto de los acontecimientos de sus últimos días, y lamento mucho por todos los problemas que tuvo que pasar, sobre todo lo de su sobrino; pero usted ha perjudicado el caso al llevarse pruebas de la escena del crimen. Aparentemente las hojas que le entregó al detective Rivera han desaparecido de la comisaría; por lo tanto, imagina la importancia de esas pruebas.

—¿Como qué...?

—No importa eso ahora, señor Capria. Ya tomaré acciones sobre el descuido del detective Rivera —interrumpió la fiscal—. Quiero decirle que el hombre que usted conoce como Claudio Tejedo es un asesino peligroso. Su verdadero nombre es Salvador Rojas Godoy y necesitamos su testimonio para

condenarlo y, desde mi lugar, quiero asegurarle que no descansaré hasta ver a este criminal tras las rejas. —Hizo una pausa y lo miró a los ojos—. Señor Capria, tengo la autoridad para retenerlo como testigo material. ¿Sabe lo que eso significa? —Lorenzo negó—. Tendré que retenerlo en un lugar seguro y vigilado.

—¿Durante cuánto tiempo tendré que estar oculto?

—Eso no puedo asegurarlo. Todo va a depender del tiempo que nos lleve atrapar a Rojas Godoy y, con su testimonio, condenarlo por el asesinato de Jerónimo Larson.

—Una vez que declare..., ¿estaré a salvo y podré volver a mi vida normal? —preguntó con un hilo de voz.

—No, no estarás a salvo —dijo Jaime con certeza.

—Eso no es cierto —contradijo la fiscal—. Salvador Rojas Godoy hará cualquier cosa con tal de no ir a la cárcel: sufre de claustrofobia. Ahora, que podemos implicarlo como único autor del crimen, colaborará con nosotros. Estoy segura de que aportará pruebas de sus jefes, pero hasta que eso suceda protegerlo es mi prioridad.

—¿Cómo hará eso? —preguntó el abogado.

—Alguna vez, señor Capria, ¿escuchó sobre el Programa de Protección para Testigos?

—Sé cómo funciona, si a eso se refieres. Lo vi en las películas.

—¿Usted está dispuesto a aceptar nuestra protección?

—¿Eso me asegura que luego retomaré el rumbo de mi vida?

—Una vez que atrapemos a Rojas Godoy y que usted presente declaración en el juicio, sí, podrá retomar su vida.

—Acepto.

Capítulo 8

Estudió, una vez más, el diario de Carola en absoluto silencio. Lo había conseguido gracias a sus contactos en la comisaría. No había sido fácil; se tuvo que ocupar del problema él mismo. Finalmente guardó las hojas en una carpeta azul y las metió en un cajón de su escritorio. Se quedó absorto en sus pensamientos por unos minutos, abrió y cerró las manos con agitación.

Había pasado más de un mes y medio y no había noticias de Lorenzo Capria. O lo retenían como testigo material o lo habían puesto bajo protección en el programa de testigos; apostaba más a la segunda opción.

Su informante en la policía le había dicho que el arquitecto había hecho una copia del diario y se la había entregado a Maribel Rehue, pero tenía la sospecha de que Capria, además, se había guardado una copia para él. Estaba seguro de que el viejo Jerónimo le había hablado sobre el diario y la importancia de este.

Rojas Godoy estaba escondido esperando órdenes. En un primer instante creyó que era el hombre indicado para llevar a cabo la tarea de recuperar el diario y ocuparse sigilosamente de Jerónimo Larson, pero se había equivocado. El muy estúpido había sido descuidado: había actuado deprisa y ahora Lorenzo Capria podía identificarlo. Si la policía daba con Salvador, podía asegurar que, con tal de no ir a la cárcel, no dudaría en hablar con los polis de él. Lo único que podía salvar su culo era hacer desaparecer a Lorenzo Capria.

«Si él no habla, Salvador tampoco lo hará», pensó. Sacó el teléfono que utilizaba para ese tipo de llamadas, esperó dos tonos y, al tercero, la voz de Salvador respondió.

—Encontrá a Lorenzo Capria y bórralo del mapa.

—*Como ordene, jefe.*

Cortó y se quedó sumido en sus propias cavilaciones. Contaba con que Salvador diera pronto con Lorenzo Capria; solo entonces estaría tranquilo.

TRES MESES DESPUÉS
SEGUNDA PARTE

Capítulo 1

En un complejo de modernos departamentos PH sobre la calle Sarmiento, a dos cuadras de la Avenida San Martín, en Mina Clavero, Córdoba, se leía, en el buzón del número cuatro, el nombre de «Humberto Guzmán». Para los vecinos, era un hombre joven, soltero, desempleado, hermético y reservado que hacía poco se había mudado. No sabían nada más del misterioso muchacho que hacía unos meses residía allí.

Habían transcurridos tres meses y la sensación de soledad comenzaba a mutar en una de profundo aislamiento. No había tenido otra alternativa; eso se lo repetía una y otra vez para justificar su actual estado de ánimo. Recordaba el momento en que la fiscal les decía que preparara sus cosas, pero que se abstuviera de llevar fotografías familiares y objetos que lo vincularan con su verdadera identidad.

No tuvo mucho que organizar; Sandra había hecho las maletas por él, aunque su hermana Karen, con ayuda de su madre, le habían dispuesto algunas cosas para su viaje. Mónica había asegurado que era lo mejor, que solo sería por un tiempo «Tómalo como unas vacaciones imprevistas, cariño», le había dicho cuando se despidió de ella y, a último momento, Mónica había estallado en llanto, rogándole ir con él.

—Mamá..., tranquila, estaré bien. Además, Karen te necesita más que yo —le dijo mientras la abrazaba.

—¿Seguro estarás bien?

—Sí, mamá... Como dijiste, ¡serán unas vacaciones imprevistas!

Su hermana lo abrazó muy fuerte y sus sobrinos lo llenaron de besos y de dibujos para que decorara su nueva casa. Se despidió de Javier —que le dio

palmaditas en la espalda infundiéndole su apoyo— y, antes de subir al coche patrulla, le rogó que cuidara de los niños, su hermana y su madre. Javier le dio su palabra.

El coche arrancó y él no dejó de mirar a su familia hasta que sus siluetas desaparecieran a medida que se alejaba. Limpió una lágrima de su mejilla y sintió que algo se partía dentro, que desgarraba su corazón.

Lo trasladaron de forma rápida y eficiente. Entraron al garaje subterráneo de un edificio, donde lo esperaban otros dos oficiales. Bajaron sus valijas y las subieron a una camioneta blindada.

—¿A dónde me llevan? —había preguntado a ninguno de los oficiales en particular.

—A un lugar seguro —espetó uno de ellos.

Resultó ser que el lugar seguro era una instalación secreta a cincuenta kilómetros de la ciudad. Le otorgaron una precaria pero limpia habitación y, a medida que los días pasaban, Lorenzo veía cómo su identidad desaparecía.

Trabajó con un oficial llamado Matías Valdez para crearse una nueva vida. Todo lo que él alguna vez había sido debía borrarlo y olvidarlo. Lorenzo Capria ya no existía.

Una vez por semana, a través de líneas telefónicas seguras, lo dejaban comunicarse con su familia, o a través de cartas; no lo dejaban enviar correos electrónicos y lo habían obligado a cerrar todas las cuentas de sus redes sociales. En definitiva: lo habían aislado del mundo, y él solo experimentaba una abrumadora soledad.

Ahora su única realidad era su nueva identidad: Humberto Guzmán.

—¿Ves a ese hombre que se refleja en el espejo? —le había preguntado su instructor Matías.

—Sí, lo veo.

—Quiero que te olvides de todo lo que crees saber de él; ese hombre ya no existe. Te será difícil durante un tiempo, pero, con el correr de los días, se hará más fácil. Créeme.

Matías salió de la habitación, Lorenzo se quedó absorto en su propio reflejo.

—Hola, soy Humberto Guzmán —dijo intentando sonar convincente.

Pero ni el mismo lo creyó, estaba completamente abatido.

Jonathan Kelly entró al departamento de Carola Larson y discutió con los albañiles. Su padre lo había puesto a cargo de la remodelación del piso ahora que Lorenzo no trabajaba más para ellos, y él maldecía su suerte, no quería lidiar con los albañiles. Al parecer Lorenzo les había prometido una cierta cifra por sus servicios que diferenciaba mucho de la que él tenía pensado pagarles. Y los tipos se le rebelaron: dejaron el departamento todo sucio y a medio terminar. Jonathan estaba verde de la indignación.

Llamó al portero, Teo, y le solicitó que contratara al servicio de limpieza para adecentar el departamento. El viejo lo notó enojado y fuera de sus cabales; se lo percibía muy nervioso, sobre todo, cuando comenzaba a dar gritos y quejas sobre su ineptitud. Jamás, en todos sus años como portero, había escuchado semejante sarta de estupideces, pero guardó silencio. Conocía muy bien al padre del hombre; ese muchacho no era más que un niño de papá. Finalmente, cuando logró calmarlo, Teo le aseguró que él se encargaría de poner decente el departamento.

Para colmo, al llegar a la oficina, se encontró con el detective Rivera, que lo esperaba en su despacho. Maldijo internamente; ahora, que su padre le delegaba otros clientes, aparte del casino, quería demostrarle que él estaba capacitado para llevar el negocio adelante, y la visita del detective significaba que su padre se podría furioso.

Le ofreció un café y tomó asiento frente al hombre.

—¿Qué lo traer por aquí, detective?

Mario Rivera había ido otra vez a realizarle las mismas preguntas. Las respondió de forma mecánica hasta el momento en el cual su padre apareció en el despacho. El detective aprovechó y le hizo algunas preguntas a él, como por ejemplo: ¿cómo conoció a Claudio Tejedo? Él se limitó a responderle que

lo había conocido jugando golf y no había visto nada sospechoso en el hombre. Pero el instinto de sabueso de Rivera le indicaba que padre e hijo estaban ocultando algo. Era una intuición y, por lo general, nunca le fallaba.

Capítulo 2

«Seguridad: ese es el lema de este programa», recordó las palabras de su asesor, un subcomisario llamado Jorge Solís, en Mina Clavero, antes de comenzar a escribir una carta para su familia. No sabía qué escribirles. Tenía que ser cauteloso; si por esa casualidad esa carta llegaba a manos de Salvador Rojas Godoy, no debía contener datos que indicaran en dónde se encontraba. Tampoco podía contarles sobre trabajo, porque aún no había conseguido uno; ni podía escribir que ya le habían llegado su falsa partida de nacimiento y su documento de identidad, ni que ahora con eso podía buscar empleo en blanco, ni que su asesor, además, le había conseguido un registro de conducir. Había dejado su Focus en el garaje de Javier, su cuñado; él había prometido hacerse cargo del coche en su ausencia. Pronto iría a comprar un coche usado con el dinero que le otorgaba el programa.

Empezó a escribir: «Mi asesor es un hombre agradable, tiene dos hijos pequeños». Tachó. «Es demasiado específico», pensó. Arrancó la hoja del bloc y comenzó una nueva.

Mi asesor es un hombre agradable, me llevó a comprar cosas para mi nuevo departamento. Encontré unos sillones antiguos que seguramente le gustarían a la abuela; él dijo que eran viejos y anticuados, pero yo los compré igual. En cierta forma verlos me recuerda a ustedes, aunque echo de menos todas mis cosas.

Dile a Javier que le agradezco que se haga cargo de mi auto; cuando regrese prometo pagarle todos los gastos que haya tenido. ¿Cómo están los niños? Los extraño a montones. Me alegro de que el hombro de Dani esté bien y recuperado; dile que a mi vuelta iremos juntos a hacer una

excursión a la montaña.

¿Cómo va tu relación con Antonio? Ojalá todo marche bien; nunca te lo dije, pero es un hombre agradable y me cae muy bien. Siempre le estaré agradecido por todo lo que hizo la noche que le dispararon a Dani.

Mami, quiero que sepas que estoy bien, que desde donde estoy los extraño horrores y, a veces, se me hace difícil, pero sé que pronto todo terminará y volveré con ustedes. Los quiero.

Firmó la carta con su verdadero nombre, dobló la hoja y la metió dentro de un sobre. Al día siguiente se la entregaría al subcomisario Jorge Solís para que la enviase por un canal seguro.

Quería hablar con su familia; por lo general, lo dejaban realizar una llamada una vez por semana. Al conversar con su hermana o con su madre, incluso con su cuñado, por un momento se olvidaba de su aislamiento, pero cuando cortaba volvía a sumirse en una terrible depresión.

Más allá de la reclusión que sentía, se había vuelto paranoico; no hablaba con nadie y caminaba atento a los rostros masculinos a su alrededor, buscando encontrar la cara de Salvador Rojas Godoy en algunos de ellos.

Además de extrañar a su familia, extrañaba su ciudad. Mina Clavero era preciosa y pintoresca, pero el aire a sierras no se comparaba con sus tan amadas montañas.

El 7 de octubre, el día de su cumpleaños, salió a caminar. Tomó la Avenida San Martín hasta llegar a la Avenida Costanera, bajó a la playa y se quedó observando, bajo el abrazo del sol, el río Panaholma.

Perdió la noción del tiempo y, cuando el sol declinó detrás de las sierras, decidió que era momento de retomar la marcha. No regresó a su departamento, no quería volver allí. Continuó caminando, mirando las vidrieras de las tiendas de regalos. Cuando llegó a la intersección con la calle Gral Urquiza, divisó una gran iglesia; sus puertas estaban abiertas. Entró durante la misa. Se sentó en uno de los últimos bancos y las lágrimas no

tardaron en brotar de sus ojos mientras recordaba su último cumpleaños; lo había celebrado en la casa de su hermana y Sandra le había hecho un pastel hermoso. Limpió, con el dorso de su mano, las lágrimas sobre sus mejillas y se quedó absorto allí, admirando el altar, completamente perdido en sus cavilaciones. «¿Por qué estoy viviendo esto, Dios?», pensó.

Al finalizar la misa, decidió ir a comer algo. Se sentó en un bonito restaurante y se pidió una trucha arcoiris al roquefort con papas españolas. El sabor del pescado le hizo rememorar sus tardes de pesca con mosca en el Nahuel Huapi, junto a su padre, mucho antes de irse a Buenos Aires a estudiar. Ese recuerdo le parecía lejano.

Con el estómago lleno y con mejor humor, regresó a su departamento. Al entrar y encender la luz, la realidad nuevamente lo golpeó; estaba solo.

Ese sentimiento de soledad lo desgarraba por dentro. Estar aislado lo estaba volviendo loco; sentía que ya no formaba parte de nada y llegó a la conclusión de que sufría de una profunda depresión.

Sin tener nada más importante que hacer, buscó la copia que se había hecho del diario de Carola Larson. «¿Por qué Jerónimo quería que yo lo leyera?», se volvió a preguntar una vez más. Lo había leído tanta veces que ya se lo sabía de memoria. Había partes en las que Carola escribía de forma regular, una o varias veces por día; mientras que en otras oportunidades, pasaban semanas e incluso un mes sin escribir palabra. En resumen, el diario abarcaba los últimos cinco años, desde que había comenzado su carrera como actriz reconocida.

Había escrito sobre la búsqueda de departamento con una amiga y sobre la insistencia de su madre en regalarle un departamento. Hablaba sobre sus audiciones y sus clases de teatro y sobre su primer trabajo importante en la pantalla chica. Escribía mucho sobre los libros que leía, sobre las películas que miraba y sobre quiénes eran sus grandes referentes cinematográficos. También describía fiestas ostentosas, a las que asistía con celebridades del espectáculo, y anécdotas de todos sus romances fugaces.

Era evidente que era muy cercana a sus padres; siempre los mencionaba de forma cariñosa a pesar de que, en varias ocasiones, se quejaba de tener que complacer los caprichos de su madre.

Hubo una frase en particular que a Lorenzo le llamó la atención: «Estoy entre la espada y la pared, no sé qué hacer, no sé a quién recurrir». No había nada incriminatorio en aquellas hojas, pero claramente habían despertado las sospechas de Jerónimo Larson; tal vez algo relacionado con un novio o con alguna decisión de trabajo, pero a simple vista no había nada extraño en aquellas hojas. Las dejó sobre la mesa ratona. «Quien está entre la espada y la pared ahora soy yo», pensó. «Eso es porque quieren matarte», resonó una vocecita en su cabeza. Le dio una patada con rabia a la mesita.

—¡Basta, Lorenzo! —recriminó en voz alta.

Encendió la televisión y decidió que necesitaba un café. Preparó la cafetera con la ilusión de que el líquido negro disipara la sensación de aislamiento y miedo que amenazaba con dominarlo una vez más.

De pronto se quedó estático. Escuchó una voz femenina en la televisión que llamó su atención: «Hola, soy Tamara Linares, tu acompañante en esta noche. En el programa de hoy...».

Tamara Linares figuraba en el diario de Carola Larson. Él se había tomado el trabajo de hacer una lista de todos los nombres que allí aparecían, y Tamara Linares era uno de ellos. Carola mencionaba, en más de una ocasión, a una periodista independiente que tenía un pequeño programa de cable sobre cultura general. ¿Sería la misma persona? Y si lo era, ¿podría Lorenzo conocer un poco más a Carola Larson a través de esta periodista? Decidió que tenía que averiguarlo.

Capítulo 3

Tamara Linares era una mujer independiente, había nacido allí, en Córdoba, pero no en Mina Clavero, sino en la capital. Se había mudado, luego de graduarse, por trabajo y se enamoró del lugar; estaba a gusto y muy cómoda.

Entró a su pequeña oficina y su productora, Nancy Vargas, apareció debajo del umbral de la puerta. Ella estaba realmente satisfecha por el creciente éxito del programa; lo demostraban las cantidades de mensajes que recibían de sus espectadores.

No se había equivocado al contratar a esa joven periodista; el público la adoraba. Era joven, inteligente y portadora de una exuberante belleza. Su programa, que combinaba noticias, entrevistas culturales, comentarios divertidos y su humor irreverente, había logrado traspasar la pantalla y robarse el corazón de sus televidentes.

Nancy estaba muy conforme con ella y con el programa, pero sabía que este éxito repentino era un arma de doble filo. Otras cadenas televisivas se mostraban interesadas en la joven promesa, pero Tamara rechazaba otras propuestas laborales, decía que se sentía a gusto y muy cómoda con el programa y con la productora y que, por nada del mundo, iba a dejarlo.

—¿Todo marcha bien, Nancy? Te noto preocupada.

—No, no hay problemas. ¿Vas al Bar de Roque?

—Sí. ¿Querés que te traiga algo?

—Lo que sea para comer, ¡estoy famélica!

Ella asintió y sonrió. Tomó su chaqueta de cuero marrón, su cartera, y salió. Por lo general, cada vez que se despedía en su programa, recomendaba

ir a visitar el Bar de Roque, donde se tomaban las más ricas cervezas artesanales del lugar y se comían las mejores tablas de picadas. Ella era habitué de la casa y había entablado una relación de amistad con el viejo dueño y siempre promocionaba el bar. «Soy tu patrocinadora, Roque», le había dicho en una oportunidad, por lo que se ganó la admiración y la gratitud del dueño.

Por la tarde, Lorenzo se acercó al Bar de Roque; estaba a pocas cuerdas de su departamento, frente a la plaza San Martín. Grande fue su sorpresa al ver un cartel, en el vidrio de la puerta, que solicitaba personal. En un acto de completa impulsividad, entró al bar, cruzó el salón hasta la barra, donde había un hombre de unos setenta años acomodando vasos. El viejo, al verlo, le regaló una sonrisa.

—Buenas tardes —dijo mientras tomaba un lugar en la barra.

—Buenas tardes, caballero —respondió cortésmente el hombre y le acercó la carta.

—Señor, entré por el cartel —comenzó—. ¿Aún están en busca de personal?

El hombre lo estudió unos segundos antes de responder.

—Puedes dejarnos tu currículum, te llamaremos a una entrevista.

—¿Por qué no me hace ahora la entrevista? Usted es el dueño, ¿no? ¿Roque?

—¿Nos conocemos?

—No, pero oí hablar de usted en el programa de Tamara Linares. Mi intención era venir a tomar esa magnífica cerveza que ella recomendó. —El hombre sonrió abiertamente ante la mención de la periodista—. Discúlpeme por no haberme presentado. Soy Humberto Guzmán, vi el cartel que dice necesita personal y, como me mudé hace poco, estoy buscando empleo.

El hombre tomó un chop y le sirvió una cerveza.

—Gracias.

—¿Así que te mudaste hace poco?

—Sí, hace tres meses, alquilé un departamento a pocas cuadras de acá. —
El semblante de Lorenzo se apagó y al viejo no se le pasó inadvertido.

—¡Oye, muchacho! ¿Tienes experiencia en este trabajo?

—La verdad, si le soy sincero, no. Siempre trabajé detrás de un escritorio, pero necesito un cambio, por eso me trasladé aquí.

—Mmm..., ya veo.

—¡Tengo una idea! Pruébeme. Trabajaré para usted gratis; si en una semana soy bueno para este trabajo, me contratará y, si no está conforme con mi desempeño, me lo dice y me iré.

—Quince días de prueba —negoció el hombre.

—Acepto —dijo Lorenzo y elevó el chop en el aire, a modo de brindis, y bebió—. ¡Exquisita!

—Y eso que no probaste la cerveza negra; es nuestra especialidad.

Roque dejó una lapicera y una planilla sobre la barra. Lorenzo la agarró y la leyó. Por un momento se quedó en blanco. Debía rellenar un formulario con sus datos personales; era el momento de practicar su nueva identidad. Antes de comenzar a escribir, repasó las respuestas mentalmente.

Su nombre era Humberto Guzmán, había nacido en San Martín de los Andes y había estudiado allí. Había trabajado como asistente en la consultora de un viejo abogado que se había jubilado; había terminado con su novia (eso era lo único cierto) y creyó que era el momento de alejarse y tomar un nuevo rumbo. Había elegido Mina Clavero porque de niño había vacacionado en sus ríos cristalinos y se había enamorado del lugar.

Sacó de su billetera su nuevo documento. Casi que escribió su auténtico número de forma automática, debía proceder con mucho cuidado.

Anotó su dirección actual y el teléfono. El subcomisario le había proporcionado un número seguro; cualquier llamada que se hiciera a esa línea, él la atendería.

—¿Alguna duda con alguna pregunta? —preguntó Roque de forma amable.

—No, todo en orden —resolvió tratando de relajar su semblante; estaba paranoico. Creyó detectar cierta incredulidad en la pregunta del hombre.

Terminó de rellenar los campos solicitados, firmó la planilla y la dejó sobre la barra.

—¡Perfecto! —Tomó la solicitud y la leyó en silencio; luego la metió dentro de una carpeta azul que estaba rotulada con la palabra «Personal»—. ¿Puedes comenzar mañana?

—Por supuesto.

—A las ocho. Por lo general, a la mañana, antes de que la gente entre a trabajar, esto se convierte en una locura; servimos desayunos y hacemos entregas a domicilio a las oficinas. Por la tarde, luego del mediodía, cerramos y volvemos a abrir a las cinco. A la seis esto vuelve a descontrolarse hasta entrada la noche. Por lo general, los fines de semana, muchas veces, trasnochamos y, si estamos en temporada de vacaciones, la gente hace cola en la vereda esperando entrar —explicó. Luego sonó la campanilla de la entrada y en el rostro de Roque se dibujó una sincera sonrisa—. ¡Pero si es mi periodista estrella y la mejor patrocinadora!

Lorenzo se giró y de pronto sintió la boca seca. Tamara Linares era mucho más hermosa en persona que en la pantalla. Lo primero que llamó su atención fueron sus brillantes ojos claros, entre un gris y un celeste claro; su ondulado cabello castaño se movía a cada paso que daba; tenía una sonrisa cálida, facciones suaves y curvas atractivas. Ella rodeó el bar para saludar a Roque y luego se acomodó a su lado en la barra. Una oleada de perfume fresco y floral invadió sus fosas nasales, y se deleitó con su femenino aroma.

—Tamara, quiero presentarte a mi nuevo camarero, Humberto Guzmán. Vino a probar una cerveza porque anoche recomendaste el bar y al llegar vio el cartel de que buscamos personal.

—Me alegro de ser tan persuasiva —dijo dedicándole una sonrisa y ofreciéndole la mano.

Lorenzo la estrechó y, al tocarla, sintió una descarga eléctrica recorrer sus

dedos.

—Un gusto conocerla, señorita Linares.

Ella le regaló una sonrisa, solicitó unos sándwiches y dos cafés grandes para llevar. Intercambió algunas palabras más con el dueño y, cuando estuvo su pedido, se marchó y dejó una estela de perfume.

—Es una mujer hermosa —expresó Roque—. Si tuviese cuarenta y cinco años menos, la invitaría a salir. —Lorenzo rio ante ese comentario—. Tú eres un hombre joven y buen mozo; harían una bonita pareja, ¿no te parece?

Capítulo 4

Mónica Capria estaba sentada en una mesa apartada del pintoresco restaurante de Antonio, La casa de Tonio; era pequeño pero acogedor y comenzaba a tener éxito. Su menú de comida mediterránea era una delicia y los clientes siempre regresaban; eran las diez de la noche y el salón estaba lleno de comensales. De fondo, sonaba una suave música instrumental y ella reconoció la melodía de «Love of my life», de Queen, y sintió un profundo dolor; su hijo tocaba esa canción en el piano. Se dio cuenta de que, en ese último tiempo, vivía al borde del llanto. La incertidumbre de no saber dónde estaba Lorenzo la había sumido en una horrible nostalgia.

—¿Qué le gustaría beber, bella dama? —preguntó Antonio sentándose a la mesa, frente a ella.

Mónica elevó los párpados y regresó abruptamente a la realidad y vio cómo la sonrisa de él desaparecía.

—¿Estás llorando? —preguntó. Cruzó la mesa y tomó sus manos.

—No, querido, estoy bien.

—No, no lo estás. ¿Qué sucede, Moni?

—Hoy a la mañana, vi en las noticias que habían encontrado el cuerpo de un hombre; era delgado y de cabello oscuro, como Lorenzo. —Su voz se quebró—. Creí que era él, sentí tanto miedo. Cuando dieron el nombre del hombre fallecido y vi que no era él, respiré aliviada.

—No era Lorenzo, Moni.

—Lo sé, pero me encuentro en una situación en la que, cada vez que escucho una noticia de un atentado, un robo, una muerte, me preocupa que mi hijo esté allí. En su última carta lo noté tan triste, tan vacío, sin ganas de

vivir. ¿Sabes?, a veces, siento miedo de que toda esta situación por la que está pasando lo abruma y... y quiera quitarse la vida.

—¡No digas eso! ¡Lorenzo no va a suicidarse!

—Karen también está extraña, ya no quiere escucharme, está harta. El otro día vi que un auto se había desbarrancado en la ruta y lo manejaba un hombre; hasta que no dijeron su nombre, no pude dejar de preocuparme. ¡Quiero a mi hijo conmigo!

—Tranquila, Moni. Todo va a solucionarse.

—No debería abrumarte con todo esto.

—Está bien, soy tu pareja, para eso estoy. Eso sí: cuando hables con Lorenzo, no le digas lo que te pasa, se sentirá muy mal. Tal vez, si tuvieras una idea de dónde está, estarías más tranquila.

—Sí, tienes razón. No voy a decirle nada de lo preocupada que estoy; al menos yo estoy con Karen, Javier y los niños, y sobre todo te tengo a ti. Él está solo. Gracias, Antonio, realmente me ha ayudado hablar de esto con vos.

—Lorenzo, cuando respondas sobre alguien inventado, como ese supuesto abogado para el que trabajó, siempre piense en una persona real, que usted haya conocido —le aconsejó su asesor, Jorge Solís—. Así, si debe responder preguntas sobre él, le será más fácil ser creíble. Y un consejo: aprenda la estrategia de responder con una pregunta.

Al comenzar como camarero, el viejo Roque le hizo preguntas sobre su antiguo jefe; él decidió que Benjamín Kelly, su antiguo jefe y padre de Jony, fuera ese supuesto abogado. El hecho de pensar en él al responder el interrogatorio lo ayudaba a ser coherente.

El primer día de trabajo lo mantuvo activo. Jamás en su vida se imaginó trabajando de mesero y mucho menos pensó que era tan agotador. Atendió a los clientes, tomó los pedidos, limpió mesas, lavó tazas, acomodó el bar, recibió el camión de la bebida, ayudó a descargar los cajones, los acomodó en la despensa y rellenó las heladeras exhibidoras.

Lorenzo, con el correr de los días, había estudiado la rutina de Tamara

Linares y había tenido mucho cuidado de mostrarse interesado en ella. Por lo general, pasaba todas las mañanas a comprar el desayuno para ella y sus compañeros de trabajo; Roque, casi siempre, tenía su paquete listo. A veces, cerca del mediodía, aparecía por el bar a almorzar el menú del día o, en ocasiones, llamaba y solicitaba el almuerzo en su oficina. Los viernes, después del trabajo, alrededor de las siete de la tarde, se sentaba en una mesa con sus compañeros de trabajo a disfrutar una ronda de cerveza artesanal. En varias oportunidades aparecía ella sola, se sentaba en la mesa más apartada, encendía su computadora, se pedía un café y trabajaba concentrada en su portátil.

Observó cómo varios hombres la invitaban a tomar algo y ella, siempre con una sonrisa cortés, los rechazaba. Por miedo a correr con la misma suerte, él mantenía un trato distante e indiferente con la joven.

El tiempo que pasaba solo le parecía que transcurría muy despacio, y sentía que la depresión comenzaba a abatirse sobre sus hombros una vez más. Incluso empezó a tener pánico de las llamadas semanales con su familia; su madre siempre se despedía de él llorando a lágrima viva y él se sentía invadido por una enorme frustración al causarle tanto dolor a su progenitora.

Mientras se mantenía ocupado trabajando en el bar, se las arregló para establecer una relación de amistad con el dueño, Roque. El hombre se mostró muy conforme con su desempeño y le había asegurado que el empleo ya era suyo.

Una tarde, una vez que el salón se vació después del mediodía, mientras Lorenzo subía las sillas a la mesa, Roque se le acercó, le palmeó la espalda de forma fraternal y le dijo:

—Muchacho, tengo algo que contarte. Tamara Linares me estuvo preguntando por vos, creo que le gustas.

Él no dijo nada, solo se limitó a sonreírle al hombre, pero que ella haya preguntado por él, en cierta forma, inflaba su ego masculino. Desde que vio a esa mujer en la televisión, se había sentido atraído hacia ella.

En viernes por la tarde, una vez que los compañeros de Tamara terminaron sus cervezas, partieron; ella se quedó sola sentada a la mesa. Lorenzo estaba atendiendo la barra cuando Roque se le acercó, le dio un codazo y le susurró:

—Andá a hablar con ella. —Lorenzo levantó la mirada hacia la mujer y sus ojos se cruzaron por un momento. Roque se percató de ese intercambio entre ellos y lo animó—. Ve, tomáte un descanso, yo puedo encargarme.

Antes de acercarse sirvió dos cervezas, se encaminó con paso decidido hacia la mesa y al llegar dejó uno de los chop frente a Tamara.

—La casa invita —dijo con su mejor sonrisa.

Ella sonrió y le indicó que tomara asiento frente a ella. Lorenzo se sentó. Estaba un poco nervioso, debía admitirlo; sus ojos entre celestes y gris lograban alterarlo.

Durante esos días, Lorenzo había leído con detenimiento el diario de Carola y había tomado nota de todas las veces que aparecía el nombre de Tamara. La mencionaba la primera vez hacía casi dos años atrás, el día que Carola la había conocido después de una función en el teatro.

Conocí a la prima de Ezequiel Marino, vino esta noche a ver la obra; su nombre es Tamara, me agradó enseguida. Ella es periodista y está comenzando a trabajar en una productora, es muy simpática y amigable. Se mostró muy contenta cuando Eze me presentó como su chica. ¡Estaba súper nerviosa! Pero Tami es un encanto de persona, ojalá que pronto volvamos a vernos.

Otra entrada del diario, fechada hacía unos nueve meses, decía:

Ezequiel viajó desde Córdoba con su prima a pasar unas semanas en Bariloche; el fin de semana fuimos a esquiar al cerro Catedral en grupo. Para ser la primera vez de Tami sobre un par de esquíes, debo admitir que me sorprendió, lo hizo muy bien. Fue una lástima que lo mío con Ezequiel fracasara; era un buen tipo, de esos con que a papá le gustaría verme casada. Ahora ya nada tiene sentido...

Dos semanas después Carola se suicidaba tirándose por el balcón del séptimo piso de su departamento. «Si es que se suicidó», pensó.

—Humberto Guzmán, ¿no? —expresó y lo sacó precipitadamente de sus pensamientos.

—Sí, ese soy yo, es mi nombre.

—Roque me contó que hace poco te trasladaste a Mina Clavero.

—Así es. —Intentaba que su sonrisa no pareciera forzada.

Estaba seguro de que ella comenzaría a hacerle preguntas. Nervioso se frotó las manos por debajo de la mesa.

—¿Sos de acá, Tamara? —Él sabía que ella no había nacido en Mina Clavero, pero le parecía un pregunta normal para romper el hielo.

—No, nací en Córdoba capital, estudié periodismo y una vez graduada me mudé aquí por trabajo. ¿Conoces la capital?

—No. Cuando era pequeño vine con mis padres de vacaciones y me gustaron mucho las sierras.

—Sí, una vez que te enamoras de ellas, no puedes dejarlas. Yo creo que este es mi lugar en el mundo. ¿Tú tienes algún lugar así?

«Lo tenía», pensó con amargura. Solo se limitó a negar y acotó:

—Aunque espero encontrarlo algún día.

—Seguro que lo harás. —Ella bebió un sorbo de cerveza y la espuma blanca se quedó sobre su labio superior; ella lo retiró con su lengua y ese simple gesto lo alteró, sintió un tirón en la zona de la entre pierna.

—Siempre veo tu programa —dijo para cambiar de tema. No quería que ella continuara haciéndole preguntas—. Me gustó mucho la entrevista de anoche al director de teatro. Vi una de sus obras en Buenos Aires hace muchos años atrás, un hombre con gran talento.

—Mi primo Ezequiel Marino es parte del elenco. Mañana, sábado, es el estreno en el teatro que está aquí, frente a la plaza. ¿Te gustaría ir? Eze me obsequió dos entradas.

—¡Me encantaría! —dijo con más efusividad de la deseada. A través de

Ezequiel, podía conocer aún más a Carola Larson.

Ella se terminó su cerveza y se puso de pie, se acomodó la chaqueta y tomó la cartera. Antes de irse le regaló una increíble sonrisa y susurró:

—Hasta mañana, Humberto.

Cuando ella salió del bar, Roque se acercó a él.

—¿Cómo te fue, muchacho?

—Mañana iremos al teatro.

—¡Así se hace! —Le dio unas palmaditas sobre la espalda y regresó al trabajo.

Experimentaba una extraña ansiedad. Quería volver a verla, de eso no tenía duda.

Capítulo 5

Después de la muerte de su exesposo, Maribel durante los meses siguientes, experimentó un profundo desinterés. Como si una parte de su cerebro, la que se encargaba de controlar las emociones, estuviera adormecida. Ponía toda su energía e ideas en el proyecto de la nueva sucursal en El Bolsón.

Mientras observaba detrás del mostrador del nuevo local, les daba a los albañiles las últimas indicaciones; inaugurarían en una semana y todo tenía que estar perfecto. Pintaban paredes, colocaban alfombras, colgaban cortinas y, por suerte, Javier Cardona había cumplido con su palabra y entregado todo el equipo gastronómico que necesitaban para montar la cocina.

Para Maribel era imperioso eclipsar a sus futuros clientes; cada vez que alguien se sentaba a tomar un chocolate caliente o a degustar su especialidades en bombones finos, tenía como lema hacerlos sentir especiales. Le había costado mucho trabajo hacerse un nombre en el negocio. Gracias a su abuela Julia, ella había aprendido el arte de hacer chocolate y era lo que más le gustaba hacer. Le habían puesto muchos obstáculos en su camino, pero ella, tenaz y perseverante, había logrado triunfar y ahora era dueña de una de las cadenas de confiterías y chocolaterías más rentables de la ciudad, y su crecimiento y su fama continuaban en ascenso.

A su primer local, ubicado en el corazón de Bariloche, siempre asistían figuras importantes, famosos y políticos. Aprendió a tratar con ellos, a halagarlos sin perder su dignidad, a recibirlos siempre con una sonrisa, saludarlos de manera respetuosa y hacerlos sentir satisfechos y gustosos de sentarse a degustar sus exquisiteces.

Además, ella había aprendido a tratar con sus empleados; lo hacía con dureza, pero siempre de manera justa y respetuosa. Era una mujer que no estaba dispuesta a dar segundas oportunidades, como la vez que se había enterado de que su encargada robaba de la caja chica. La echó, le pagó como correspondía por todos los años de servicio, y la mujer le rogó que la perdonase, pero ella se negó rotundamente. «Si me robaste una vez, ¿quién me asegura que no lo volverás a hacer? Has pedido toda mi confianza», le había dicho.

Observó cómo uno de los albañiles renegaba con la araña de cristal que estaba instalando en el medio del salón. Sonrió; aquella había sido una hermosa adquisición. Debía agradecerle a Sergio de conseguir tan bella pieza.

A través de los enormes ventanales, vio cómo un camión estacionaba en la entrada y comenzaba a bajar decenas de mesas y un centenar de sillas.

Sintió la mano de su esposo sobre su hombro.

—Cariño, de a poco va tomando forma, ¿no lo crees?

—Hemos hecho un excelente trabajo, Sergio. Abriremos a tiempo y todo te lo debo a ti. —Sergio sonrió y depositó un beso sobre su mejilla.

—He realizado un trabajo estupendo, pero las ideas son tuyas, cariño. Sin ti, yo no sería nada. —Ella le regaló una sonrisa de sincera felicidad—. ¿Estás lista para regresar al hotel? Yo debo ir a lidiar con los proveedores.

—No, pienso quedarme un rato más. Vos, andá, querido. Luego te alcanzo en el hotel.

Sergio besó sus labios y salió del local. Maribel se acercó a uno de los grandes ventanales y admiró el paisaje; a lo lejos, las montañas se perdían en el horizonte, el sol se había escondido y una media luna brillaba sobre las calmas aguas del lago Puelo. De pronto, experimentó cierta nostalgia.

Maribel, por alguna razón, cada vez pensaba más en Jerónimo. Le llamó mucho la atención que su exesposo le hubiera hecho prometer a ese arquitecto que le entregaría el diario de Carola. Poco después de que Lorenzo le facilitara las hojas en su oficina, la policía se lo había pedido para cotejarlo

con el original; ella, de mala gana, se los había dado. A pesar de que lo había leído la misma tarde en que el arquitecto lo había dejado sobre su escritorio, estaba desconcertada. Releyó las páginas una y otra vez, pero no lograba sonsacar algo sospechoso. Antes de leerlo la primera vez, se había emborrachado; necesitó de todo su valor y coraje para leer la caligrafía de su hija. En una ocasión, Carola, mencionaba lo preocupada que estaba por ella, pero no decía por qué. Y eso le extrañó.

Jerónimo creía que, detrás de la muerte de su hija, había más, e irónicamente terminó siendo víctima de un asesino que, después de visitar el departamento con la excusa de comprarlo, regresó para robar, y Jerónimo había terminado muerto. Llegó a la conclusión de que él estaba en el sitio equivocado en el momento erróneo.

Antes de leer el diario de su hija, creyó en las hipótesis de su ex: ¿y si a Carola la habían matado? Un estremecimiento la recorrió de tan solo pensarlo. Tal vez habían matado a Jerónimo para callarlo; eso quería decir que se estaba acercando demasiado. Pero luego de releer una y otra vez en las hojas del diario, no encontró nada extraño. Llegó a la conclusión de que su ex veía indicios donde no los había.

Para colmo, ahora ella se tuvo que hacer cargo del departamento. Había llamado a la oficina de Benjamín Kelly y le había pedido que terminaran con la remodelación y que vendieran el departamento de inmediato.

Decidió que, antes de hacer borrón y cuenta nueva, contrataría a un detective privado para que eliminara todas sus dudas; tal vez a la policía se le había pasado por alto algún detalle. Además, necesitaba hablar otra vez con Lorenzo Capria, pero no tenía la remota idea de dónde encontrarlo.

Había llegado el momento de volver a llamar a su casa; estaba ansioso y temeroso. Esta vez, la llamada la hacía desde una habitación de una posada llamada Nido de Cóndores. Nunca la hacía dos veces desde el mismo lugar. Jorge, su asesor le informó que la línea estaba lista.

—Marcaré y le pasaré el teléfono. Recuerde, Lorenzo, todo lo que hemos

practicado. No debe dar información.

—Lo sé. Debo pensar palabra por palabra y no decir más de lo debido — repitió de forma automática. Se frotó las manos inquieto y miró al subcomisario. —Lo siento, pero me suelo poner nervioso antes de hablar con mi familia.

Jorge le regaló una expresión de comprensión.

—Marcaré el número y saldré a dar una vuelta. Tiene media hora —dijo mientras marcaba.

Lorenzo sintió que comenzaban a sudarle las manos. Al cabo de unos segundos, le pasó el auricular y él sintió que la puerta de la habitación se cerraba a su espalda.

—Hola, mamá...

Esa llamada le resultó más difícil que cualquier otra; su hermana, los niños y su cuñado no estaban.

—*Se fueron a un cumpleaños* —explicó Mónica—. Karen te manda saludos. Los niños están muy bien gracias a Dios. A Dani se le cayó un diente y pronto es el cumpleaños de Romi; está tan emocionada, pregunta si vas a estar para su cumpleaños. Karen le dijo que no, y la niña está bastante decaída, te extraña horrores.

—Decile que le enviaré un bonito regalo. Y a Dani, que el ratón Pérez me dejó un sobre con dinero por su diente.

—*Dani ayer me dijo que vos te habías ido lejos porque un hombre malo quiere matarte.*

—¿De dónde sacó esa idea?

—*Creo que escuchó, por casualidad, a Javier hablar con tu hermana. Javier comentó una noche que había realizado un negocio muy bueno con Maribel Rehue y le preocupaba que, al saber ella que él es tu cuñado, cancelara la compra. Creía que ella te culpaba por la muerte de Jerónimo Larson, como tú lo llevaste al departamento...*

Puso su mayor esfuerzo en parecer contento y le contó a su madre que

había comenzado a trabajar y que le gustaba mucho. Lo ayudaba a matar las largas horas diurnas, y el contacto con otras personas lo distraía de sus propios problemas.

—Mamá, de verdad, estoy bien —repitió por décima vez—. Vas a ver que esto no va a durar mucho. Por lo que me dijo mi asesor, una vez que atrapen al asesino, intentarán convencerlo de que colabore con ellos. En cuanto eso pase, yo ya no tendré nada más que ver con el caso y regresaré a casa.

Lorenzo se estremeció al oír el llanto desgarrador de su madre al otro lado de la línea. Se le estrujó el corazón.

—*Lorenzo, yo ya no puedo seguir viviendo en esta incertidumbre —sollozó Mónica—. Cada vez que escucho en las noticias que ha habido una muerte o un accidente y la víctima es un hombre, pienso que eres tú. Debes decirme dónde estás. Por favor, hijo.*

—¡Mamá, no puedo!

—*Lorenzo..., te lo ruego, por el bien de mi salud mental.*

—Si te digo, ¿prometes guardar el secreto? No puedes decírselo a Karen ni a Javier, tampoco a Antonio.

—*Lo prometo, hijo.*

—Mamá, si se enteran de que te lo he dicho, me sacarán del programa.

—*Necesito saberlo, por favor.*

Lorenzo se asomó por la ventana y observó la ancha silueta de Jorge acercándose a la habitación.

—Mamá... —susurró—. Estoy en Mina Clavero, Córdoba. —En ese instante se abrió la puerta—. Mamá, tengo que cortar. Hablaremos la semana que viene. Un beso grande para todos, los quiero.

Colgó y miró a Jorge con una sonrisa.

—¿Todo bien?

—Sí, gracias a Dios todos están bien —respondió Lorenzo. Tuvo un horrible presentimiento, sintió que acababa de cometer un terrible error.

Capítulo 6

—Cariño, ¿has logrado ubicar a Lorenzo Capria? —preguntó Maribel a su esposo, que negó con la cabeza.

—No tuve suerte, no pude encontrarlo, Mari. Dejó su empleo y, en el teléfono de su departamento, me atendió su exnovia. Me dijo que ya no tiene contacto con él; su número de celular lo cambió. Tal vez se fue de viaje. —El semblante de su esposa se ensombreció.

—No pudo irse muy lejos. Es testigo de un asesinato y puede identificar al hombre que mató a Jerónimo cuando la policía dé con él. Seguramente el detective que vino a buscar la copia del diario sabe dónde está.

—¿Querés que lo llame y le pregunte?

—No, yo hablaré con él —dijo ella y le tomó la mano en señal de agradecimiento por su apoyo incondicional.

De pronto, sonó la campanilla de la puerta y Jonathan Kelly, junto a su padre y a una mujer elegante, entraron en la chocolatería.

Maribel se acercó a recibirlos; por lo general, Benjamín Kelly siempre iba a Mari-Mari, acompañado de sus clientes, a cerrar tratos de negocios. No le agradaba mucho el gamberro de su hijo. Lo conocía y por eso no era una persona de su agrado; en varias ocasiones, se había aparecido por allí borracho y colocado de drogas.

Benjamín Kelly le devolvió el saludo estrechando amablemente sus manos en un apretón.

—Mi esposa quería celebrar su cumpleaños con una taza de su magnífico chocolate caliente —le había explicado. La mujer le dedicó una sonrisa antes de sentarse a una mesa.

Su hijo, en cambio, la miró con indiferencia. Ella no hizo ningún tipo de comentario. Sabía que, si no fuese por las influencias del padre, ese muchacho no sería nada.

—¿Cómo está yendo la venta del departamento? —le preguntó a Benjamín; sin embargo, fue su hijo quien respondió de forma cortante.

—La semana pasada terminamos la obra. Está listo para vender.

Maribel asintió con una sonrisa fingida, les deseó las buenas tardes y se alejó, por lo que no vio la mueca de enfado que Benjamín le había dedicado a su hijo.

Lorenzo, por la mañana, había ido a trabajar, pero se había pedido la tarde libre y Roque, sabiendo de la cita con la periodista, le había dado permiso para ausentarse. Hacía meses que no se arreglaba para salir, tampoco tenía motivos para hacerlo. Después de dormir una siesta de dos horas, encendió la cafetera y se metió a bañar. Se afeitó y perfumó más que de costumbre. Con la toalla amarrada firmemente a la cintura, fue a la cocina y se tomó ese ansiado café, que lo hizo sentir mucho mejor.

Buscó la ropa que iba a ponerse y la dejó sobre la cama. Optó por un pantalón de *jean* negro que se ajustaba a sus muslos y pantorrillas, una camisa blanca, una chaqueta negra de cuero y unos llamativos zapatos de color rojo. Se vistió y admiró su reflejo en el espejo.

—Te vez increíble, Humberto —se dijo a sí mismo.

Peinó con esmero su cabello con un poco de gel. Su imagen sobria y elegante lo animó un poco. «Necesito no pensar en los problemas y divertirme», pensó mientras abrochaba el reloj que había pertenecido a su padre en su muñeca izquierda.

A las ocho en punto, llamó al timbre de un pintoresco chalet a dos aguas de Tamara Linares. La periodista vivía cerca, yendo para Villa Cura Brochero, a unas ocho cuadras de la plaza San Martín, sobre la calle Tierra del Fuego. Lorenzo encontraba realmente revitalizante caminar por la ciudad; tenía cierto encanto. Le agradaba mucho la tranquilidad con la que los

lugareños se manejaban; siempre dormían la siesta y los negocios cerraban por la tarde, salvo en temporada. Pronto se acercaría Navidad y la actividad turística había aumentado notablemente desde su llegada. Pero más allá de eso, era un lugar que le transmitía paz, y eso le agradaba.

Tamara abrió la puerta y la sonrisa de admiración que le dedicó, mientras descendía los tres escalones del porche, para Lorenzo fue de lo más halagadora. Ella se mostraba feliz de verlo.

Él la estudió. Llevaba unos pantalones de color blanco, ajustados a sus torneadas piernas, que resaltaban sus insinuantes caderas, y una camisola roja con un escote bote, que caía hacia los lados y dejaba sus hombros descubiertos. En la mano llevaba una campera de *jean* negra y un pequeño morral negro cruzado sobre su hombro derecho. Al mirarse sonrieron; ambos llevaban zapatos rojos.

—¡Estás hermosa!

—Gracias... Lindos zapatos, por cierto —bromeó—. Estamos en *composé* —dijo ella y se acercó a darle un beso en la mejilla.

El pulso de Lorenzo se aceleró y su corazón golpeó muy fuerte su pecho; su fresco aroma lo envolvió y hechizó.

Tamara emprendió la marcha hacia el teatro frente a la plaza. Lorenzo caminó a su lado en silencio, esperaba que ella comenzara la conversación. Hicieron unos metros en el más absoluto mutismo y, cuando estaba por hablar, sintió la presencia de alguien detrás. Divisó una gran figura cernirse sobre ellos; la adrenalina recorrió su cuerpo en menos de una fracción de segundo. Se giró, tomó a Tamara de la cintura y se apartó de un brusco salto, con ella entre sus brazos, hacia atrás.

El hombre que caminaba detrás de ellos se asustó y Lorenzo, al verle las facciones, supo que había sido un error. Su paranoia le había jugado, una vez más, una mala pasada. Soltó a Tamara y se alejó unos pasos hacia atrás.

—Lo siento..., pensé que... Olvídalo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con tono de preocupación.

—Sí, he estado un poco susceptible estos últimos meses. Creí que ese pobre hombre quería asaltarnos. Perdóname, fui un idiota.

—No te preocupes, está todo bien, aunque debo admitir que yo también me asusté. —Soltó una risa suave que los relajó a ambos.

Retomaron la caminata.

—Me dijo mi primo Ezequiel que después de la obra se van a celebrar a la casa de unos de los muchachos del elenco que vive cerca de aquí. ¿Te gustaría ir?

—Claro, será divertido.

Notaba diferente a Tamara esa noche. Habían tomado una mesa en una pizzería y habían pedido un vino tinto. Ella estaba relajada. Por lo general, cuando se cruzaban en el bar, ella siempre era cordial y reservada, pero esa noche su mirada —y sobre todo, su sonrisa— tenía un brillo distinto. Su compañía le resultaba agradable y su conversación era amena e interesante. Por primera vez en mucho tiempo, Lorenzo se sintió diferente, estaba disfrutando la cita.

Ella respondía con soltura y naturalidad a sus preguntas.

—¿Cuándo comenzaste a trabajar en la productora?

—Hace seis años. Al terminar la carrera, unos de mis profesores me contactó con Nancy, mi jefa; él le dio referencias mías y me llamaron a las pocas semanas. Me mudé aquí y alquilé la casa en la que vivo a una mujer mayor. Quería hacer un programa personal, tener la oportunidad de experimentar y ver qué funcionaba y qué no. Nancy estuvo de acuerdo conmigo y siempre me apoyó en todas mis ideas. Aprendí mucho de ella.

—¿Nunca pensaste en trabajar para un canal más reconocido?, ¿en algún noticiero?

—La verdad es que últimamente recibí varias ofertas tentadoras, pero de canales de la capital. Estoy tan bien aquí que no quiero regresar, amo este lugar. Y a vos, ¿cómo te trata el trabajo? Me contó un pajarito que está muy conforme con tu rendimiento en el bar.

—Roque es una gran tipo y un magnífico jefe.

—Lo sé. Cada vez que voy al bar, no deja de hablar de ti.

Ambos rieron. Lorenzo tomó un poco de vino y centró su atención en los labios de Tamara. Sintió un leve cosquilleo en los suyos, deseaba besarla.

El teatro estaba lleno. Todas las butacas estaban ocupadas; por suerte, ellos tenían asientos reservados en la tercera fila. Cuando se sentó en su lugar, Lorenzo sintió nostalgia. La última vez que había estado en un teatro había sido antes de la muerte de su padre.

Cuando se abrió el telón, experimentó un repentino nudo en la garganta; había un hombre tocando un chelo en el centro del escenario. Reprimió las lágrimas que amenazaban con escaparse de sus ojos copiosamente. Le llegó la suave voz de Tamara.

—¿Estás bien, Humberto?

—Sí, perfectamente —respondió de forma automática.

La música lo había afectado. No podía quitar sus ojos de aquel hombre ni de su instrumento. Experimentó una puntada en el centro del pecho y sintió la boca seca. Se abstenía de parpadear; sabía que, si lo hacía, las lágrimas se escaparían de sus ojos por más que intentara reprimirlas. Cuando su visión se nubló y sus ojos comenzaron a picarle, sin poder evitarlo, parpadeó.

Tamara admiraba su perfil y, sobre todo, su semblante. Los ojos de aquel hombre transmitían una profunda tristeza; de ellos se escaparon varias gotas cristalinas que rodaron por su mejilla y se perdieron en su barbilla. Sin dudar, tomó su mano y la apretó infundiéndole ánimos. Él enseguida limpió sus lágrimas con el dorso de su mano y se volvió hacia ella con una melancólica sonrisa.

—Perdón... —se disculpó intentando controlar sus emociones—. La música y el chelo me recordaron a mi padre.

Ella no dijo nada. En un impulso besó su mejilla y volvió a apretar su mano, esta vez entrelazando sus dedos con los de él. Y no lo soltó durante toda la función.

Lorenzo sonrió al darse cuenta de que los protagonistas de la obra no eran solo las únicas celebridades de la fiesta. Tamara estaba constantemente rodeada de gente, hablaba y sonreía con naturalidad. Su risa era contagiosa y la encontró irresistible.

Se apartó de su lado para ir por otra cerveza y no volvió a acercarse cuando vio que mantenía una conversación con un atractivo actor del elenco. Ella lo miraba con interés y respondía a sus preguntas amablemente. Por la postura del hombre y la forma con la que se la devoraba con la mirada, era obvio que él intentaba seducirla. «Debería salir con él. Yo solo soy un enorme saco de problemas», pensó.

Con la lata de cerveza en la mano, se acercó a la ventana y bebió poco a poco. La fiesta se celebraba en una hermosa casa a veinte kilómetros del centro. Lorenzo observó el jardín y el increíble paisaje nocturno. Había una gran luna llena que se alzaba sobre las sierras e iluminaba todo. Admiró la casa, la construcción y comenzó a imaginar en su cabeza reformas que le haría a la propiedad. Sonrió. El arquitecto que tenía dentro volvía a emerger. Se volvió para estudiar el salón principal y contempló que la construcción tenía detalles sofisticados en el diseño; sin duda era una residencia magnífica.

Un hombre de unos cincuenta años, el dueño de casa, se acercó a él.

—Humberto Guzmán, ¿no? —Él asintió—. Soy Walter Arriaga, pero todos me llaman Wally. Me dijo Tamara que eras su acompañante de esta noche y quise conocer al hombre que se animó a salir con ella —dijo a modo de broma—. Detrás de esa belleza, se esconde un carácter bravo y fuerte. Te deseo suerte, muchacho —dijo mientras le palmeaba el hombro.

—Wally, tenés una casa magnífica. —El hombre sonrió complacido.

—Sí, es una bonita propiedad. Estaba pensando en remodelarla.

—¿Pensaste algo en particular que te gustaría?

—Agrandar el baño de la habitación de arriba, quiero un poner un *jacuzzi*; mi esposa desea un cambiador más grande. ¿Puedes creer que el que tiene no le alcanza?, ¡es enorme! Y a mí me gustaría instalar un jardín de invierno. —

Se acercó a la venta y señaló al exterior—. Justo allí. ¿Qué opinas?

—Creo que es una gran idea, aunque yo lo ubicaría de este lado. Si lo situás donde decís vos, la construcción va a darle sombra a la pileta; en cambio, allá, hasta lo podrías unir al quincho.

—Es una excelente idea. ¿Eres constructor?

—No, pero me interesa la arquitectura.

—Tendré en cuenta tus recomendaciones, gracias.

Wally se volvió cuando un invitado se le acercó. Miró a Lorenzo a modo de disculpa y se fue con el hombre. Echó un vistazo por el salón; al ver que Ezequiel Marino estaba solo, se acercó a él, pero antes buscó dos latas de cerveza.

—Tu actuación fue excelente —le dijo ofreciéndole una lata. Ezequiel lo observó por un segundo y luego aceptó la cerveza—. Una obra muy buena.

—Gracias.

—¡Por lo visto ya se presentaron! —dijo Tamara acercándose a ellos—. Humberto, mil disculpas, me entretuvieron. No fue mi intención dejarte solo tanto tiempo.

—Está todo bien, Tamara. Me las arreglé bastante bien solo, estuve charlando con Wally.

—Tami, necesito hablar con vos —le dijo el primo—. Estoy harto de la fiesta, ¿por qué no vamos los tres a tomar un café a algún lado? —Ezequiel miró a Lorenzo—. Tu amigo me estaba diciendo lo increíble de mi actuación de esta noche y quiero que siga inflando mi ego.

Lorenzo también prefería irse de la fiesta. Se estaba divirtiendo, pero su intención era sacar de manera sutil el nombre de Carola Larson, y en un ambiente más relajado iba a resultarle más fácil. Tamara los invitó a tomar un café a su casa.

Regresaron en el auto de Ezequiel. Tamara insistió en que él se sentara en el asiento del acompañante, al lado de su primo. Tardaron tan solo quince minutos en llegar; la ruta estaba vacía.

La sala era acogedora; las paredes estaban pintadas de blanco, salvo una, con una textura color salmón. Tenía un piso flotante de madera clara, un sofá de terciopelo color crudo decorado con una gran cantidad de almohadones, había dos pufs azul oscuro y una ovalada mesita de mármol con las patas curvas en el centro; sobre ella había libros, el control remoto y un centro de mesa de madera con velas circulares y piedritas rústicas. La estantería estaba llena de libros, adornos y portarretratos. Esa sala le producía una sensación hogareña.

Tamara los invitó a ponerse cómodos y ella fue a preparar el café. Lorenzo tomó asiento en uno de los pufs. Ezequiel encendió el equipo de música y buscó una emisora donde pasaran música, luego se sentó en el centro del sofá.

—Hoy a la tarde preparé coquitos, espero que sean de su agrado —dijo Tamara al regresar a la sala mientras dejaba una bandeja sobre la mesa ovalada—. No me hago responsable por los coquitos; si se intoxican, no quiero recriminaciones —bromeó y le robó una sonrisa a Lorenzo—. Hacía mucho tiempo que no los preparaba.

Después de que ella sirvió el café, pensó cómo desviar la conversación de forma inteligente para que sea Ezequiel quien dijese el nombre de Carola y no él. Lorenzo recordó que la actriz había mencionado en su diario que había conocido a Tamara después de una función.

—Si mi memoria no me falla, hará más de dos años, vos estabas de gira por todo el país presentando la obra *El amante de la novia* —comenzó Lorenzo—. Yo la vi con mi viejo antes de que muriera. Eras unos de los protagonistas y tu compañera era una excelente actriz, pero no logro acordarme de su nombre...

—Carola Larson —dijo enseguida Ezequiel y se volvió hacia su prima—. ¿La recuerdas, Tami?

—¿Cómo olvidarme de ella?, era una mujer encantadora.

—¿Por qué hablan de ella en pasado? —preguntó hábilmente Lorenzo.

—Murió. Se suicidó el año pasado, saltó del balcón de su departamento. Fue terrible —le explicó Ezequiel—. Lo que me partió el alma fue el padre, un hombre amable y completamente devastado. Él no lograba aceptar su muerte. Cuando estábamos de gira por el sur del país, a veces se aparecía por el teatro y hablaba con todos los amigos de Carola. Nos explicaba que, la última vez que habló con ella, la notó preocupada y quería saber si alguno de nosotros sabía algo sobre eso; él estaba convencido de que la muerte de su hija no había sido un suicidio.

—¿Vos qué le contaste? —preguntó Lorenzo rogando que no notara su repentina ansiedad.

—La verdad que las últimas semanas la noté callada y un poco distraída, pero sobre el escenario era impecable y al subir dejaba de lado todos sus problemas para compenetrarse con el personaje que interpretaba. Era una gran actriz. Fue un duro golpe su muerte.

—Perdón, Ezequiel..., mi intención no era que te pusieras mal, solo quería comentarte que te había visto actuar en aquella ocasión. Una representación inolvidable. —El actor le regaló una sincera sonrisa poniéndose de pie.

—Ha sido un placer, Humberto —dijo ofreciéndole la mano—. Tengo que irme porque ya es muy tarde. Es curioso que mencionaras a Carola; justamente, ayer por la tarde su madre, una reconocida chocolatera me escribió un correo electrónico en el que me preguntaba si había notado extraña a Carola ese último tiempo. Sonará raro, pero me acordé de algo que nunca le había dicho al padre. —Miró a su prima—. Tami, ¿recuerdas ese fin de semana en Bariloche cuando fuimos a esquiar?

—Sí, ¿por qué?

—Porque, cuando estábamos en el bar que está en la base del cerro, entró un grupo de hombres y un tipo se acercó a saludar a Carola, intercambiaron unas palabras y él la trató mal, elevando la voz.

—Sí, sí..., me acuerdo. Era el hijo de un importante arquitecto de la ciudad, ¿cómo se llamaba?

—Jonathan Kelly. Pobre Carola. Después de la intensa discusión con ese hombre, salió huyendo del bar. La encontré llorando y no quiso contarme qué sucedía. Maldito imbécil. Tal vez no sea de mucha ayuda, pero debería contárselo a la madre de Carola. Mañana voy a responderle el correo.

La taza de café, haciéndose añicos contra el piso, interrumpió el estado de estupefacción en el que había entrado Lorenzo luego de oír a Ezequiel mencionar el nombre de Jony. Para ocultar su repentina confusión y sin aceptar ayuda, comenzó a levantar los trozos de porcelana rota.

—Perdón —dijo dejando los pedazos de taza sobre la bandeja.

Miró a los primos, se despidió y se fue temblando como una hoja. Al llegar a la seguridad de su departamento, apoyó la espalda contra la puerta intentando calmarse. Su mejor amigo le había mentido y sintió ganas de gritar con todas sus fuerzas. Jony lo había engañado.

Capítulo 7

Estaba ansiosa de ver a Antonio. Ese sábado por la tarde, Mónica Capria había ido a la peluquería, había arreglado sus manos y había pagado por una sesión de maquillaje; había salido sintiéndose toda una reina. Esa noche cenaría con Antonio en su restaurante; se había vuelto costumbre, aunque él tuviera que levantarse de la mesa a cada rato para saludar a los clientes que llegaban hambrientos a su local.

Su relación con el hombre se había formalizado y pasaban gran parte de la semana juntos. Descubrió que le gustaba y era buena jugando al golf; Antonio era socio de un bonito club y la había llevado una vez. Se había sentido tan bien, había pasado una tarde maravillosa. Inolvidable.

Sonrió al recordar las flores que le había enviado esa mañana. La tarjeta decía: «Que comiences tu día con una sonrisa. Tuyo, Tony».

Él estaba al tanto de su frágil estado emocional. La preocupación por su hijo era constante y, cada vez que la llamaba, escuchar la voz quebrada de Lorenzo le rompía el corazón. Entendía que esa situación era muy dolorosa para ella y regalarle flores era la manera de demostrarle su apoyo.

Mónica creyó que, después de la muerte del padre de Lorenzo, ya no había espacio para el amor, pero se había equivocado. Le había confesado que sabía dónde estaba Lorenzo, y eso la dejaba un poco más tranquila. Por lo menos, ya no se obsesionaba con las noticias.

Cruzó la calle y vio a un muchacho parecido a su hijo; estaba mirando una vidriera tomado de la mano de una chica preciosa, morena. Los contempló por uno segundos, no pudo evitar pensar en su querido Lorenzo. Deseaba que él conociera a la mujer adecuada, se enamorara y formara una

familia. Ya había cumplido los treinta y quería más nietos.

Continuó caminando mirando vidrieras. Entró a una librería y buscó, en los libros de Turismo, alguno de Mina Clavero. Quería conocer un poco más de la ciudad donde vivía su hijo; de alguna manera la hacía sentirse más cerca de él.

Mónica llegó al restaurante, saludó al mozo que la recibió y le entregó su abrigo. Divisó a Antonio detrás del bar.

—Hola... Disculpa la tardanza, me entretuve haciendo algunas compras.
—El hombre rodeó la barra, se acercó a ella y la besó en la mejilla.

—No llegaste tarde —dijo. La tomó de la mano y la guio hacia una mesa cerca del bar.

Ella tomó asiento y dejó la bolsa sobre la mesa.

—¿Qué compraste?

—Un libro —respondió ella tomó la bolsa y la apotó en la silla vacía a su lado.

La noche fue agradable. Hasta se encontró con Jonathan Kelly, el amigo de su hijo, que había ido a cenar con una chica muy bonita. Incluso esa noche Maribel Rehue y su esposo habían decidido conocer el restaurante del que todo el mundo hablaba. Se presentó como la cuñada de Javier y la mujer se mostró encantada. Se abstuvo de nombrar a su hijo.

Durante el postre, Antonio la tomaba de la mano sobre la mesa.

—Has tenido una noche tranquila. ¿Cuántas veces te levantaste?, ¿diez?
—bromeó Mónica.

—Creí que por eso te habías comprado el libro.

—¡No!, aunque pude echarle un vistazo. —Mónica tomó su cartera—.
Discúlpame un segundo, voy a *toilette*.

A las doce y media de la noche, el restaurante cerró. Antonio acompañó a Mónica hasta su casa. A las doce menos cuarto, alguien envió un mensaje que decía: «Salvador, comienza a buscar en Mina Clavero, Córdoba».

Capítulo 8

La noche después de regresar de la casa de Tamara, era incapaz de conciliar el sueño. ¿Qué había pasado entre Jony y Carola? Se había quedado desconcertado al escuchar el nombre de su amigo. Se levantó de la cama y preparó un café. Pasó horas intentando descifrar todo aquel embrollo. Durante el domingo repasó el día de la muerte de Jerónimo. Jony había estado esa noche allí, en el departamento, cuando lo interrogaban y le preguntaban si había conocido a Carola. ¿Por qué no dijo nada? Él la conocía.

Según Ezequiel, Carola estaba muy disgustada con Jony. Y recordó que ella hacía referencia, en su diario, sobre el estúpido que le había armado una terrible escena cuando fue a esquiar. ¿Qué había sucedido entre ellos?

Descargó su puño con frustración sobre la mesada de la cocina, estaba enojado. ¿Cabía la posibilidad de que Jony tuviese algo que ver en todo ese asunto y que él estuviera aislado allí por su culpa?

«Al fin y al cabo, fue él quien me entregó la tarjeta de Claudio Tejedo como posible interesado en comprar el departamento de Carola», recordó. Si Jony conocía a Claudio Tejedo, tal vez la policía podría dar con él. «Y yo podré irme a casa», pensó.

Lorenzo comenzó a pasearse motivado por la sala. Tal vez era parte de lo que Jerónimo había descubierto en el diario de su hija. Debía hacerle llegar la nueva información a Elvira Colombo.

Por otro lado no dejaba de pensar en Tamara. Esa mujer lo tenía fascinado. Aunque no quería hacerse falsas expectativas, tenía que ser realista; él estaba tapado de problemas, no podía involucrarse sentimentalmente con ella por más que lo deseara con todo su corazón. No

quería ponerla en peligro y, estando cerca de él, corría riesgo constante. Debía olvidarse de ella. Era lo mejor.

A las siete de la tarde, recibió la llamada de Ezequiel. Lo había visto salir tan alterado de la casa de su prima que decidió pedirle el número a Tamara para hablar con él, quería saber si se encontraba bien. Arreglaron para verse.

El programa de Tamara era una mezcla de entrevistas culturales y humor. Se emitía de lunes a viernes a las ocho de la noche, y sus entrevistados abarcaban un amplio catálogo de figuras políticas, famosos locales, músicos y escritores. Tamara pasaba gran parte de su mañana metida en su oficina navegando por internet, leyendo blogs, diarios y revistas de interés general. Armaba un esquema de los temas por hablar en el programa junto a Nancy, y grababan por la tarde.

El lunes por la mañana, se sentía intranquila porque se había pasado todo el fin de semana pensando en Humberto. Estuvo tentada de llamarlo el domingo por la tarde para salir a caminar un rato, pero cortó antes de que se estableciera la comunicación.

Era seguro que lo vería en el bar, entonces podría invitarlo otra vez sin darle demasiada trascendencia. Llamarlo para verse le parecía inapropiado; quedaba como una mujer desesperada y no quería que él pensara eso de ella.

La preocupación que sentía por él era motivo de las constantes bromas de parte de su jefa, Nancy, que le pidió que le contara, con lujo de detalles, su cita con Humberto.

—Tami, sos una chica hermosa, inteligente y soltera. Él sería un idiota si dejara pasar la oportunidad de salir con vos —le había dicho Nancy.

Humberto no era como los demás hombres, era silencioso y reservado. No hablaba sobre él y mucho menos le gustaba que le hicieran preguntas. Durante el inicio de la obra, al escuchar el chelo, se había quebrado y se había permitido llorar delante de ella. La tristeza que vio en sus ojos le dio la certeza de que ese hombre estaba completamente solo. Había evadido con maestría las preguntas que ella le había hecho regalándole sonrisas o

respondiéndole con otra pregunta.

Mientras estuvieron en la fiesta, lo notó más relajado y Humberto no se mostró molesto con ella cuando se entretuvo hablando con sus conocidos.

La ropa que vestía era de marca y costosa, al igual que su perfume, que era importado. Sus modales y su forma de hablar tan elocuente notaban que era un hombre instruido. «¿Qué hace trabajando de camarero en el bar?», se preguntó Tamara.

Se encogió de hombros. Era inútil; sus preguntas y su preocupación no eran más que un signo de su interés por él. Hacía mucho tiempo que no conocía a un hombre que le atrajera tanto, no solo por su físico y su rostro bonito, sino toda esa aura de misterio que lo envolvía. Le gustaba, quería verlo. «Hoy pasaré por el bar al terminar el programa», pensó decidida.

Nunca había tenido suerte en el amor. Todos los hombres con los que se había relacionado eran unos imbéciles: solo se acercaban a ella para meterse en su cama y, una vez que lo conseguían, perdían el interés y se alejaban para no volver a verla.

Miró el teléfono y en un impulso lo llamó, pero saltó el contestador. Se sintió desilusionada por no haberlo encontrado.

Capítulo 9

Sergio Ferrer, el lunes por la mañana, insistió en acompañar a su esposa a una reunión con los detectives Mario Rivera y Nicolás Martínez en la comisaría.

—¡Necesito saber qué mierda está pasando, Sergio! —le había dicho Maribel mientras almorzaban. Estaba enojada, se notaba en su expresión—. La policía tiene que saber dónde está Lorenzo Capria. ¡Es el testigo! No se lo pudo haber tragado la tierra.

—¿Volviste a llamarlo?

—Claro que lo llamé, pero cambió el número de su celular. Llamé a la casa, hablé con la hermana, y sus palabras textuales fueron las siguientes: «Perdone, señora, no puedo darle información sobre mi hermano», y luego cortó. Llamé a su trabajo y hablé con Jonathan Kelly; desde hace seis meses que Lorenzo Capria no trabaja más ahí. Encima el estúpido comenzó a hablarme del departamento de Carola, que ya estaba listo y que él, en persona, se iba a encargar de venderlo. ¿Qué creyó?: ¿que es solo una cuestión de dinero? ¡Es un boludo!

Sergio sabía que el mal humor de su esposa se debía a todo el estrés que esa situación le causaba.

—Voy a ir con vos a la comisaría, cariño. Estás muy alterada. —Le tomó la mano y besó sus nudillos.

—Gracias, siempre estás conmigo cuando te necesito, Sergio.

Llegaron a las dos de la tarde, el detective Martínez los escoltó hasta la sala de interrogatorios; el detective Rivera se encontraba dentro, se levantó de su silla al verlos entrar. Después de media hora de insistencia por parte de

Maribel, admitieron que Lorenzo Capria estaba dentro del programa de protección porque habían intentado asesinarlo.

—Detective Rivera, ¿por qué mi esposa no fue informada de esta situación?

Antes de responder, Mario sacó un cigarrillo.

—Señor Ferrer, como le aseguré a su esposa, nosotros continuamos con la investigación y no vamos a parar de buscar hasta dar con el asesino de Jerónimo Larson.

—¡Usted a mí me contó un cuento chino! —dijo Maribel de forma acusatoria—. Me dijo que era un crimen muy común que un tipo se hiciera pasar por comprador para ir, ver y luego volver a robar, y que no se esperó que Jerónimo estuviera en el departamento; por eso lo mató. Que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. ¡Para colmo, le roban el diario original de su oficina, señor! A Lorenzo Capria lo protegen para que no vuelvan a atentar contra su vida. Detective Rivera, no me tome por estúpida; este caso no fue al azar, fue premeditado, y usted lo sabía desde el primer día.

Mario vio el enojo de esa mujer y no la culpaba. Su hija se había suicidado, a su ex lo habían asesinado, habían robado el diario —que quizá era una prueba crítica en el caso—, y el hombre que había presenciado todo estaba bajo protección. Claro que comprendía su enojo y frustración. Él también lo experimentaba y quería atrapar a Salvador Rojas Godoy.

Esos últimos seis meses habían sido espantosos para Mario Rivera. A medida que el caso avanzaba, la relación con la fiscal Elvira Colombo se había vuelto tirante.

—*Le diré una cosa detective* —había expresado la fiscal por teléfono—: *voy a seguir hasta el final con este caso, incluso compartiré información con usted siempre y cuando usted la comparta conmigo. Cuando atrape a Rojas Godoy, estará usted a mi lado interrogándolo, pero solo si no me deja de lado. Tengo una deuda pendiente con ese hombre. Se me escapó una vez y lo di por muerto, ahora quiero atraparlo y verlo tras las rejas.*

—No fue un cuento chino, señora —intervino Nicolás Martínez—. Nosotros queremos atrapar al asesino. Si Lorenzo Capria no se hubiera llevado el diario para dárselo a usted, habríamos avanzado mucho más en el caso.

—¿Ah, sí? Dígame, detective Martínez, ¿de dónde robaron el diario? —replicó Sergio mirándolo con intensidad.

—Detective Rivera, sea sincero. No tiene ni la más pálida idea de nada. Este caso es cualquier cosa, una vergüenza —dijo Maribel con visible enfado.

—Vamos, cariño. Lo mejor va a ser que contratemos a un investigador privado si queremos respuestas.

—Eso debí hacer ni bien me enteré que Jerónimo estaba muerto —expresó Maribel poniéndose de pie—. Detective, quiero la copia del diario que les di antes de que se la roben en su propia cara otra vez.

—Muy bien. Hicimos otras copias. Nicolás, tráele el diario a la señora.

—Enseguida.

—Señora Rehue —comenzó Mario mientras esperaban—, me dijo que había leído el diario antes de entregárnoslo.

—Sí.

—También dijo que lo había leído con detenimiento. Piénselo de nuevo: ¿cree que así fue?

—¿Qué quiere decir con detenimiento? —preguntó irritada—. Lo leí y punto.

—Sé lo difícil que esto es para usted, señora Rehue, pero necesito que vuelva a leer el diario cuidadosamente. Nosotros lo hicimos, pero no encontramos nada que nos llamara la atención; sin embargo, Jerónimo Larson le dijo a Lorenzo Capria que había encontrado algo en esas hojas que podía demostrar que su hija no se había suicidado...

—Jerónimo estaba obsesionado con eso. Habría encontrado algo sospechoso hasta en el menú de un restaurante.

Mario Rivera apagó su cigarrillo. Nicolás volvió con un sobre que le

entregó a Maribel. Ella lo abrió y sacó las hojas, lo revisó y se detuvo en la última hoja.

—¿Qué significa esto? —preguntó con evidente enojo—. ¡Faltan hojas! Las últimas, las recuerdo porque eran las que estaban manchadas de sangre. ¿Dónde están?, ¿también se las han robado, detective?

Al llegar a la terminal de micros de Mina Clavero, Salvador buscó su bolso y se metió en el baño de hombres. Entró en un cubículo, bajó la tapa del inodoro y apoyó el bolso y lo abrió. Sacó una peluca canosa, una larga barba gris y unas gafas de montura ancha. Se puso la peluca con facilidad y se pegó las cejas y la barba con la ayuda de un pequeño espejo de mano. Se puso los anteojos y se cambió su ropa moderna por una más vieja y anticuada. Al salir del cubículo, se miró en el espejo, sonrió complacido: la imagen que le devolvía era la de un hombre de unos quince años mayor que el que había entrado minutos atrás.

Tomó un taxi y le pidió que lo llevara al centro, mientras tanto estudió el mapa que había tomado en la terminal y memorizó las rutas de acceso a la ciudad. Le gustaba conocer la zona y planificar todo de forma meticulosa —no quería sorpresas—, razón por la cual la repentina llegada de Capria al departamento aquella tarde lo había sorprendido, y él había cometido el error de dejarlo escapar.

Tenía claro que planear todos los detalles con minuciosidad era la razón de que aún fuera un hombre libre. Y quería seguir siéndolo. La sola idea de estar encerrado en la cárcel le erizaba los pelos. Cuando era pequeño y estaba en el reformatorio, unos niños lo habían dejado encerrado en un baúl, y había estado muchas horas hasta que las rectoras lo encontraron, vomitado, con el pulso débil y en estado de choque. De solo pensar en estar preso, atrapado en una celda pequeña, podía imaginar que las paredes se cerraban ahogándolo. Sacudió la cabeza y se limpió el sudor de la frente. Antes de estar encerrado, prefería morir.

Por eso iba a matar a Lorenzo Capria, esta vez no pensaba dejarlo

escapar. No iba a quedar ningún cabo suelto.

Capítulo 10

El lunes por la mañana, Roque le hizo un interrogatorio sobre la cita del sábado con Tamara. El viejo estaba indignado de que Humberto no se hubiera atrevido a robarle un beso a la joven.

—Sos lerdo, pibe —le había dicho.

—No se dio la oportunidad —le explicó Lorenzo.

—No necesitas oportunidad para robarle un beso.

Lorenzo continuó con su trabajo. Cada vez que sonaba la campanilla de la entrada, él se giraba esperando encontrarse con Tamara, pero ella no apareció en busca de su desayuno; en cambio, había llamado por teléfono y él se había acercado a la oficina a llevar el pedido, con la esperanza de verla, pero el tipo de seguridad le pagó y él se encargó de entregarle el paquete. Así que regresó al bar desilusionado.

Había llegado a la conclusión de que esa mujer le gustaba demasiado, y su cerebro no se cansaba de repetir que era muy peligroso que ella estuviera cerca de él, que lo mejor era olvidarla. Pero solo evocar su recuerdo despertaba en Lorenzo una extraña sensación en el estómago, como si miles de hormigas corrieran desenfrenadas en su interior y le provocaran cosquillas. Nunca había sentido antes así, y eso lo asustaba.

Después del mediodía, regresó a su departamento, sentía unas ganas irremediables de dibujar. Mientras terminaba de acomodar las mesas, recordó la casa de la fiesta, y a la cabeza le llegó la imagen de un plano. Al salir, pasó por una librería y compró hojas, lápices, fibras y reglas.

Se entretuvo, durante el resto de la tarde, con eso hasta que a las cinco regresó al bar. A eso de las siete y medio, apareció Tamara. Roque la vio

entrar y le dio un codazo en su flanco izquierdo. Ella rodeó la barra, primero saludó al dueño y luego a él con un beso en la mejilla.

—Hola. ¿Cómo estás? —preguntó ella mientras se acomodaba en una de las banquetas apoyando los codos sobre la barra.

—Bien, ¿vos? ¿Cómo estuvo tu domingo?

—Tranquilo. ¿Me das una cerveza?

Lorenzo tomó un chop de la repisa y le sirvió la bebida. Roque escuchaba con atención su intercambio de palabras. Tamara no dejaba de mirarlo, estaba esperando que el muchacho reaccionara y le dijera algo más, pero su camarero era demasiado lento.

—¿La pasaste bien el sábado? —preguntó Tamara.

—Muy bien, fue una noche muy agradable.

«Idiota, invítala a salir de nuevo», le llegó por lo bajo la voz de Roque. Se aclaró la garganta y ella se le adelantó.

—Humberto, ¿te gustan las aventuras extremas? —Esa pregunta le causó gracia.

—¿A qué te referís con aventuras extremas?

—No voy a decirte, es sorpresa. El viernes a la tarde, si te parece, vos y yo podemos disfrutar de una aventura extrema, ¿qué decís?

—Admito que me da muchísima curiosidad.

—¡Aceptá, pibe, y dejate de dar vueltas! —Le llegó la voz de Roque de la cocina.

Tamara lanzó una carcajada.

—¿Y qué me decís?

—Me gusta la idea.

—Excelente.

Ella terminó su cerveza, le pagó y se levantó de la banqueta. Su perfume se alzó hasta él, a quien le provocó ganas de aspirar con fuerza su fresco aroma. Tamara se despidió de ambos y salió del bar. Lorenzo se quedó embobado admirando su trasero. Esa mujer era su perdición.

Sintió la mano de Roque sobre su hombro.

—No hay duda de que a Tamara le gustas. No seas lelo y el viernes besala de una buena vez.

No respondió. A Tamara le gustaba Humberto Guzmán, un hombre que no existía. Percibió un gusto amargo en la boca. Saldría con ella el viernes y se convenció de que esa sería la última vez.

Salvador Rojas Godoy se registró en un hotel de dos estrellas a pocas cuadras del centro. Por la tarde se pasó encerrado en su habitación estudiando minuciosamente el plano de la ciudad.

Hizo una lista de las cosas que a Lorenzo Capria le gustaban; por lo general, por más que cambiase su identidad, seguiría sintiendo los mismos intereses. Seguramente trabajaba; dudaba de que trabajase como arquitecto, así que no lo anotó. Su estrategia era la siguiente: preguntaría por su hijo por los negocios del centro, restaurantes, bares, librerías. Había conseguido una foto de Lorenzo después de graduarse; era más joven, pero aun así se lo reconocía. Preguntaría por él y se haría pasar por un padre preocupado por su hijo, que se marchó luego de una discusión familiar; que ahora que su madre enfermó, quería ver de nuevo a su hijo antes de morir. No era una excusa brillante, pero serviría.

Ir a los negocios le demandaría tiempo, pero por suerte no era un lugar demasiado grande. Si Lorenzo Capria estaba allí escondido, daría con él.

Se preparó para dar un paseo y hacer un reconocimiento del área. Salió a la calle, ya era tarde y estaba oscuro; mucho de los negocios estaban cerrados y sus carteles luminosos, apagados. Anduvo hasta el río Panaholma, giró a la derecha por la Avenida Costanera, en dirección al Casino. Era una sombra solitaria y, para cualquier peatón con el que se cruzaba, parecía un viejo de más de setenta años que no debía caminar solo a esas horas de la noche.

Pero la verdad era que Salvador comenzaba a experimentar una morbosa emoción, una experiencia que aparecía dentro de él cada vez que acechaba a una víctima, y estaba ansioso de cazar a Lorenzo Capria.

Capítulo 11

El martes al mediodía, Ezequiel entró al Bar de Roque y tomó una mesa. Lorenzo cruzó unas palabras con su jefe, que elevó su vista en dirección al primo de Tamara y afirmó con la cabeza. Lorenzo caminó hacia él y estrechó su mano.

—Perdón por la demora —se excusó Ezequiel—. Me desperté tarde.

—No hay problema. ¿Qué quieres almorzar?

—Mmm. ¿Vos qué vas a comer?

—¿Una *pizza*? —sugirió.

—Excelente.

Se alejó unos segundos y le entregó la comanda con el pedido al cocinero. Regresó con dos cervezas y se sentó en la silla de enfrente.

—¿Cómo va la obra?

—Muy bien, ha tenido excelentes críticas.

—Eso es bueno —acordó Lorenzo.

—Hoy a la mañana hablé con Tami; se sorprendió cuando le dije que iba a almorzar con vos. La invité, pero dijo que estaba tapada de trabajo. Te envía saludos.

—Tu prima es una mujer encantadora.

—Lo es y vos le agradas mucho por lo visto. La verdad es que debo reconocer que siento curiosidad sobre vos. Conozco a Tamara de toda la vida y nunca, créeme cuando te digo que ¡nunca!, habló de un hombre como habla de vos. Me contó que decidiste mudarte porque habías venido de chico. Pero ¿qué hizo que te mudaras?

Recordó el consejo de su asesor: contestar con otra pregunta.

—Una novia celosa y muy controladora, tenía que alejarme. ¿Qué habrías hecho vos?

—Seguramente lo mismo que vos, pero me hubiera mudado a una ciudad más grande. Una vez, salía con una mina que me hizo la vida imposible. Te voy a contar...

Lorenzo relajó su espalda en la silla mientras Ezequiel le contaba una anécdota muy divertida. Ese hombre tenía una gran energía y relataba los hechos de forma graciosa; era inevitable no sonreír. Le recordó a su padre; él era así, tenía ese talento de eclipsar a las personas con sus historias.

Cuando llegó la *pizza* Lorenzo se las arregló para desviar la conversación. Necesitaba sacar el nombre de Carola Larson otra vez, pero tenía que ser sutil.

—¿Le enviaste el correo electrónico a la madre de esa actriz que falleció?

—Sí, lo hice. Pero aún no me respondió.

—¿Extrañas a Carola?

—Nuestra relación amorosa fue fogosa y fugaz: así la describiría. Pero después que terminamos mantuvimos una bonita amistad. La verdad sí, la extraño. Espero que la mamá de Carola pueda dar con ese hombre que la increpó cuando fuimos a esquiar.

—¿Vos hablaste con él?

—No. Aunque ganas de cantarle las cuarenta no me faltaron. No lo hice porque ella insistió en que no le diera importancia. —Se encogió de hombros—. Vos, ¿qué me contás?, ¿qué onda con mi prima? —Lorenzo sonrió, pero no respondió—. Humberto, me caes bien. Tamara no tiene hermanos y yo tampoco, así que ella es como la hermana que nunca tuve. Ella jamás me falló cuando la necesité, es la clase de persona que se da cuenta de cuando alguien está sufriendo y siempre le brinda su ayuda. Es inteligente, bonita y tiene una muy mala suerte con los hombres. Intenta no romperle el corazón, ¿sí?

Lorenzo asintió en silencio. Terminaron la *pizza* y Ezequiel se despidió con un abrazo. Después de cerrar el bar, caminó hacia su casa, pero antes

entró a un locutorio e hizo una llamada.

—Jorge, tengo nueva información sobre el caso de Jerónimo. Necesito hablar directamente con la fiscal Elvira Colombo.

Elvira Colombo descargó con furia el puño sobre su escritorio. El detective Mario Rivera la había llamado la tarde anterior para comunicarle que habían desaparecido varias hojas del diario de Carola Larson. No soportaba la ineptitud y a ese detective le habían robado dos veces pruebas contundentes frente a su nariz y él no se había dado cuenta. Estaba furiosa.

Cuando volvió a llamarla horas después, decidió escucharlo sin alterarse.

—*Mi compañero y yo estamos estudiando la copia del diario de manera meticulosa, y supongo que las hojas que faltan son de importancia; si no, no se hubieran arriesgado a robarlas de la comisaría.* —Lo notaba afectado e indignado por su descuido.

Mario Rivera estaba consternado. Él, por costumbre, llevaba las llaves del armario de su oficina en el manajo de llaves que guardaba en la chaqueta, y siempre se sacaba la chaqueta y la colgaba en el perchero; por lo tanto, cualquiera podía haberlas tomado, hacer un duplicado y dejarlas en el bolsillo nuevamente. Después del robo del original, se habían mandado a cambiar los cerrojos, pero él no modificó la costumbre de dejar las llaves en la chaqueta.

—*Señora Colombo, ayer le dije lo sucedido porque llegué a la conclusión de que Maribel Rehue no es una testigo fiable. Ayer admitió haber leído el diario cuando se lo entregó Lorenzo Capria, pero no recuerda nada importante. Solo lo tuvo unos pocos días, luego nos lo entregó. Además, el esposo actual de la señora Rehue amenazó con contratar a un investigador privado; la mujer se mostró de acuerdo con ello.*

—Quizá no es una mala idea poner a otro investigador en el caso, usted no ha sido de mucha ayuda.

—*¡Eso no es así! Lo único que haría otro será entrometerse. Además, antes de llamarla, me habló otra vez Sergio Ferrer, se disculpó y me explicó que tal vez su esposa se había equivocado sobre las últimas hojas que faltan;*

que antes de leerlo se emborrachó. Al día siguiente fuimos nosotros a pedirle la copia.

—Es posible que esté confundida y no recuerde la cantidad de páginas que faltan, pero jamás lo sabremos, ¿no le parece? —expresó Elvira con tono frío—. Y aunque esté equivocada, lo único evidente es que el original se lo llevaron mientras usted lo tenía en su poder. Lo que significa que alguien trabaja para ambos bandos. Debería hacer limpieza en la comisaría, detective Rivera.

—*Le aseguro que estamos en eso, señora Colombo.* —Mario se abstuvo de decirle a la fiscal que le había tendido una trampa al culpable; en la comisaría había hecho correr el rumor de que tenía nuevas evidencias en el caso Larson y que las guardaba en su oficina.

—Bueno, detective, cualquier novedad me la hace saber de inmediato.

—*Sí, claro. Y recuerde, señora, que nosotros descubrimos la huella dactilar de Rojas Godoy en el picaporte del departamento de Lorenzo Capria* —soltó Mario—. *Fueron sus investigadores quienes lo dieron por muerto.*

Ese último comentario del detective Rivera había tocado su orgullo personal. Colgó el teléfono con brusquedad. Quería atrapar a ese hombre a como diera lugar.

Después de la llamada de Jorge Solís, el subcomisario a cargo de la seguridad de Lorenzo Capria, el humor de la fiscal Colombo mejoró notablemente cuando le comunicó que el testigo protegido tenía información nueva para ella.

—Subcomisario Solís, asegúrese de que hoy mismo hable con Lorenzo Capria. Estaré en mi oficina hasta tarde.

Después de cortar la comunicación con la fiscal, se dirigió al departamento de Lorenzo y esperó en el coche. Al verlo llegar, después de las dos de la tarde, del trabajo, ni siquiera lo dejó entrar en su casa. Bajó la ventanilla del coche y dijo:

—La fiscal está ansiosa de hablar con usted. Vamos a hacer la llamada

ahora mismo.

Lorenzo rodeó el coche hasta la puerta del acompañante y entró. Saludó al oficial con un gesto de la cabeza y salieron a toda velocidad.

El subcomisario Jorge Solís era un hombre parco y reservado, hablaba poco y solo lo hacía por cortesía. Había oído, antes de que lo trasladaran allí, que, por lo general, los agentes odiaban el programa de protección, detestaban hacer de niñeras de todas aquellas personas perdidas. Desde que había conocido al subcomisario, se había prometido no ser una carga para él. Ya llevaba casi siete meses allí y nunca le había pedido nada, salvo comunicarle que había conseguido empleo en el bar. El hombre solo había afirmado con la cabeza sin decir palabra.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó Jorge.

—Bien. Es agotador, pero me mantiene entretenido y por algunas horas olvido mi patética vida.

Jorge le dedicó un gruñido en señal de aprobación sin quitar los ojos del camino. Lorenzo se concentró en el paisaje; el cielo estaba despejado y el aire estaba cálido, el sol brillaba sobre las sierras y los diferentes tonos de verdes se extendían más allá del horizonte. Definitivamente era un sitio precioso. Hasta se había acostumbrado a su tranquilidad, incluso comenzó a encariñarse con el lugar. Pero deseaba volver a su hogar.

La llamada la realizaron desde una línea segura en la habitación de una posada en El Nono. Estaba un poco nervioso, le sudaban las manos. Jorge hizo la llamada, cruzó unas palabras con la fiscal y, antes pasarle el auricular, le susurró: «Buena suerte».

—Buenas tardes, señora Colombo. Creo que tengo información que puede serle útil en el caso.

—*Tiene toda mi atención, señor Capria. Lo escucho.*

Lorenzo se irritó; la mujer ni siquiera le había preguntado si estaba bien. Intentando controlar su molestar, respiró profundo y comenzó:

—Me enteré, por casualidad, que mi amigo Jonathan Kelly... ¿Se acuerda

de él? El arquitecto, yo trabajaba en el estudio de su padre.

—*Sé a quién se refiere. ¿Qué hay con él?*

—Unas semanas antes de la muerte de Carola Larson, ella fue a esquiar al Catedral con un grupo de amigos, él la increpó en el bar y tuvieron una fuerte discusión. Cuando me interrogaron en el departamento de Carola la noche que mataron a Jerónimo Larson, el detective Rivera le hizo algunas preguntas a Jonathan; una de ellas era si él conocía a Carola Larson, y su respuesta fue «¡No!». Mintió, él la conocía. Y fue él quien me entregó la tarjeta para que yo me comunicara con Claudio Tejedo. Él dijo que se la había dado su padre cuando lo conoció en el club de golf, pero ¿si está mintiendo y su padre nunca le entregó la tarjeta?

Se escuchó una respiración larga y una pausa. Al cabo, Elvira preguntó:

—*¿Cómo demonios hizo para obtener esa información?*

Se dio cuenta de que se había precipitado al realizar la llamada y no pensar con anticipación la información que iba a revelar. La fiscal no sabía que él se había hecho una copia del diario, y no debía saberlo.

—*¡Señor Capria, estoy esperando su respuesta! ¿Cómo obtuvo la información?*

—Comencé a trabajar en el Bar de Roque. —Comenzó pensando muy bien las palabras—. Hice amigos, conocí gente; es un bar muy concurrido. Me invitaron a ver un estreno en el teatro y luego a una fiesta con el elenco; uno de los actores trabajó con Carola antes de morir y había estado en el bar el día que Jonathan Kelly había discutido con ella.

—*¿Se puede saber a qué está jugando, Capria?*

—No estoy jugando a nada. Recordé, al verlo en el elenco, que él había trabajado con Carola y desvié el rumbo de la charla hacia ella; luego dejé que él solo soltara la lengua. Fui cuidadoso.

—*¿Le dijo algo más?*

—Sí. Después de la muerte de Carola, Jerónimo Larson se reunió con todo el elenco para preguntarle de su hija, si la habían notado diferente o

extraña en ese último tiempo y, si era así, si conocían el motivo.

—*Y ese actor que conoció ¿le aseguró que era Jonathan Kelly?*

—Sí. Dijo que, luego de su discusión, Carola estaba muy alterada y se fue.

—*A ver, Capria, comencemos de nuevo. ¿Jonathan Kelly era su amigo?*

—Sí.

—*¿Nunca le dijo que conocía a Carola Larson?*

—Jamás lo hizo y tuvo cientos de oportunidades para decírmelo. Durante semanas trabajé en las reformas del departamento y hasta le mencioné la obsesión de Jerónimo con la muerte de Carola. Lo más lógico era que me dijera que la conocía, ¿no le parece?

—*¿Y toda esta información la consiguió manipulando a un actor que conocía a Carola?*

—¡Oiga, señora! —comenzó molesto—. Para conseguir esta información, le menté a un hombre que me gustaría tener como amigo. No solo lo he engañado a él, sino a todas las increíbles personas que he conocido, exceptuando al subcomisario Solís. Solo quiero volver a mi vida y estar cerca de mi familia. Esto que hago lo hago por mí, no por usted. ¡Pero de usted depende mi libertad, señora! Investigue el vínculo entre Jonathan Kelly y Carola Larson en vez de tratarme como un demente que se inventa todo.

—*En ningún momento insinué eso, señor Capria. Investigaremos la información que nos ha brindado, aunque debe reconocer que no hay muchos testigos en el programa que se las ingenie para encontrarse con el amigo de la actriz muerta, ni que el motivo de que usted esté bajo protección sea el crimen de su padre.*

—Tampoco hay asesinos que maten al azar al padre de una chica que se suicidó.

—*Señor Capria, le doy mi palabra de que llegaremos al fondo de esto. Le recuerdo, aunque el subcomisario se lo ha dicho miles de veces: cuídese, Lorenzo. Esté atento, no baje nunca la guardia. Está perfecto que tenga un*

nuevo empleo y nuevos amigos, pero deber ser muy cuidadoso con lo que dice; si una sola persona descubre su paradero, tendremos que trasladarlo.

—Tendré cuidado, señora Colombo —dijo Lorenzo mientras un mal presentimiento se anidaba en su pecho al recordar que su madre sabía dónde estaba.

Al finalizar la comunicación, la fiscal le dijo a uno de sus colaboradores:

—Tenemos una pista, Jonathan Kelly —dijo con una sonrisa y añadió—: he intuyo que Lorenzo Capria sabe mucho más de lo que dice.

Capítulo 12

Ezequiel había llamado antes de comenzar a grabar el programa y le había contado que había almorzado con Humberto. Ella sonrió.

—¿Te preguntó por mí? Quiero decir... ¿intentó sacarte información mía?

—No. —La respuesta de su primo la desilusionó—. *Lo lamento, Tami, pero hablamos de otras cosas.*

—¿No te contó que lo invité a una aventura extrema el viernes?

—*Jajaja, Tami..., querida prima. El tipo me cae bien, ¿estás segura de que querés hacerlo partícipe de tus locuras?*

—Absolutamente. Si quiere seguir viéndome después del viernes, es el indicado —había bromeado.

Cortó la llamada cuando Nancy la solicitó. Debía comenzar con la grabación.

A las seis de la tarde, pasó por el bar y habló con Roque. Humberto no había llegado y le parecía extraño. Se despidió del hombre y comenzó a caminar de regreso a su casa, pero, al cruzar la calle, vio a Humberto dentro de un coche azul oscuro que doblaba en la esquina; en un impulso se desvió y siguió el camino del auto. Trotó un poco para alcanzarlo hasta que se detuvo en un complejo de departamentos. Lo vio a Humberto bajar y entrar a toda prisa. El coche se quedó unos minutos en marcha y el hombre de adentro tiró una colilla de cigarrillo a la calle, luego arrancó.

Se acercó a la entrada, buscó el nombre en el portero y tocó dos veces.

—¿Olvidó algo, subcomisario Solís? —preguntó la voz de Humberto.

—Hola, Humberto, soy Tamara. Perdón que vine sin avisar, ¿puedo pasar?

Lorenzo abrió la puerta y Tamara percibió su semblante demacrado; parecía agotado. Su piel estaba pálida, tenía profundas ojeras debajo de sus ojos, sus pupilas estaban dilatadas y ella no se molestó en esconder su preocupación por él. Se acercó y con su mano acarició su mejilla.

—No tienes buen aspecto. Es evidente que algo te pasa, ¿qué es, Humberto?

Lorenzo casi se derrumbó al sentir los dedos femeninos vagar por su mejilla; experimentó un estremecimiento al verla frente a su puerta. Odiaba que de su boca saliera su nombre falso, quería gritarle que esa no era su verdadera identidad. Luego recordó la advertencia de la fiscal Colombo y a su madre; si ella hablaba, lo trasladaban. Y sabía que no iba a lograr comenzar de nuevo una vez más.

—¿Vas a invitarme a entrar o estás esperando a que eche raíces aquí? Porque no pienso irme, a menos que vos quieras que me vaya.

—Por favor, señorita, adelante —dijo haciéndose a un lado—. Me alegra que hayas venido. Hoy almorcé con tu primo.

—Algo mencionó...

—Estaba por tomar un café, realmente lo necesito. ¿Querés?

—Me encantaría.

Lorenzo fue a la cocina y preparó una bandeja. Al regresar a la sala, ella estaba sentada en el sofá. Él se sentó en una silla frente a ella.

Tamara le puso un poco de azúcar al café y bebió un par de sorbos.

—Mmm... Delicioso. —Ese gesto que había hecho con su boca trastornó a Lorenzo. Sintió unas incontenibles ganas de besarla, y se contuvo.

—Gracias por venir, Tamara, me gusta estar con vos.

Ella lo miró con seriedad por unos segundos, después relajó su semblante.

—Humberto, no suelo ser así: tan directa. Tengo que preguntarte algo y me gustaría que seas sincero conmigo.

—Claro, ¿qué querés preguntar?

—¿Hay otra mujer en tu vida?

Se hizo una pausa larga. Lorenzo clavó sus ojos en ella. Tranquilamente podía enamorarse de esa chica, tal vez ya lo había hecho. Quería decirle tantas cosas y el no poder hacerlo lo frustraba. ¡Diablos, le gustaba esa mujer!

«No podés arriesgarla», pensó con tristeza. Ella lo miraba expectante esperando su respuesta. Interpretó el silencio como una afirmación. Tamara se puso de pie.

—Perdón, Humberto, no debí venir sin avisar y hacerte estos planteos infantiles. —Él la imitó y se levantó.

Ella tomó su cartera, que estaba sobre la mesa, y se la colgó.

—Gracias por el café —dijo caminando hacia la puerta. Cuando tomó el picaporte, escuchó la voz masculina.

—No hay otra mujer. —Ella se giró lentamente y lo miró—, pero no quiero mentirte. Hay algo. Tengo problemas, grandes y jodidos problemas, que me cubren de mierda hasta el cuello y no quiero que tú te salpiques de ellos.

Tamara recordó que él la había llamado «subcomisario» cuando tocó el portero.

—¿Tenés problemas con la policía?

—Algo así. Pero no soy ningún criminal ni nada de eso.

—Humberto, podés confiar en mí.

Frenético se pasó las manos por el pelo y comenzó a caminar de un lado para el otro. Tamara se acercó frente a él y tomó sus manos entre las suyas.

—Déjame ayudarte, Humberto.

—Nadie puede ayudarme... —susurró.

Parados uno frente al otro, Lorenzo se sorprendió al ver de cerca los ojos de Tamara. Los había percibido celestes, pero no: a esa distancia pudo distinguir que los bordes del iris eran de un gris oscuro y que se aclaraban a medida que se acercaba a la pupila, y tenía pequeñas y diminutas líneas en tono turquesa. Su brillo lo atrapó. No lograba apartarse de ella. El silencio comenzó a pesar sobre ellos. Los nervios de Lorenzo se incrementaron, por lo

que se sentía cada vez más expuesto, como si esa mujer lograra ver a través de él. Y entonces, Tamara tomó la iniciativa y acortó la distancia que los separaba uniendo sus labios.

Lorenzo se sintió estremecer ante el suave roce de su boca. Se acercó a ella y rodeó con sus manos la estrecha cintura femenina. Sus labios le supieron a gloria, disfrutando de la calidez de su lengua. Cuando ella se apartó, sonrió al verlo aún con los ojos cerrados.

—Me gustas mucho, Humberto. —Él la miró con intensidad, apoyó su frente a la de ella, respirando agitado.

—Sos lo único bueno que me pasó en mucho tiempo, Tamara..., pero no soy la mejor compañía en estos momentos. No quiero engañarte, tampoco mentirte. No lo mereces.

Ella en respuesta volvió a unir sus labios. Ese hombre había calado muy profundo en su interior y se había anidado en el centro de su corazón. Y por primera vez, experimentó esas mariposas en el estómago cuando él cambió el ritmo del beso. Su boca la buscaba hambriento, intentando absorberla; sus labios se abrían y cerraban sobre los de ella cada vez con más frenesí. Ella se dejó seducir por su lengua, llevó las manos detrás de la nuca masculina y enredó los dedos en su cabello.

Sus cuerpos encajaban a la perfección. Lorenzo la apretó aún más y experimentó una puntada en su entrepierna. Tamara sintió la erección empujar contra su pelvis y percibió cómo su torrente sanguíneo se aceleraba. Retiró las manos de su nuca para desabrochar con lentitud los botones de su camisa.

Lorenzo tembló al sentir cómo ella rozaba la piel de su pecho. Deslizó la camisa por sus hombros y esta cayó al suelo. Tamara se alejó unos centímetros para admirar su fornido torso y sonrió al ver tatuado un chelo sobre el lado izquierdo de su pectoral, justo arriba de su corazón. Apoyó la mano allí y sintió el corazón golpear con fuerza la palma de su mano.

—¿El tatuaje es por tu papá? —preguntó al recordar la tristeza de él en el

teatro.

—Sí. Me lo hice cuando falleció. Era profesor de música y tocaba el chelo de forma sublime. Era un gran artista —dijo lleno de orgullo.

—Debes extrañarlo mucho...

—No te das una idea de cuánto lo necesito en este momento.

Tamara lo miró con extremada dulzura.

—Pero me tienes a mí ahora.

Y no esperó esa reacción de él, pero se quebró. El hombre, delante de ella, rompió en un llanto desgarrador y se dejó caer de rodillas al suelo completamente destruido. Se agachó para quedar a su altura y lo agarró por los hombros. No sabía qué hacer, solo quería reconfortarlo, y lo abrazó.

Él se aferró a ella con desesperación y Tamara no lo soltó hasta que logró calmarse.

—Perdón. Te conocí en el peor momento de mi vida —confesó derrotado.

Tamara, en respuesta, se acercó a él y comenzó a trazar un camino de besos sobre su rostro, limpiando con sus labios los restos de lágrimas sobre sus mejillas, para terminar sobre su boca. Lo agarró de la mano y lo invitó a levantarse. Se abrazó a él acariciando su espalda, sintió la dureza de su miembro contra ella y, en respuesta, de un salto envolvió con sus piernas su cintura. Lorenzo la sujetó del trasero y ella aprovechó para sacarse la remera sobre la cabeza para después posar sus manos sobre los hombros fuertes de ese hombre que lograba enloquecerla.

La imagen de sus senos cubiertos por un delicado sujetador de encaje blanco aceleró su respiración. Caminó a tropezones hasta la cama y se dejó caer de espaldas.

Tamara aprovechó y se acomodó sobre él con una sonrisa ladeada. Se acercó a su oreja y mordió, jugó y chupó el lóbulo de esta y lo hizo estremecer de placer. Trazó un camino húmedo de besos descendiendo por su cuello; al llegar a la clavícula, lo mordió, y él respiró agitado.

La agarró por la cintura e invirtió la posición. Desabrochó el sujetador y

sus senos se hicieron visibles; los tomó con ganas y los besó. Primero uno, luego el otro... Eran del tamaño perfecto de su mano. Volvió a besarlos.

Tamara disfrutaba del juego de su lengua sobre sus pezones erguidos. Se sentía mojada y un calor comenzaba a anidarse en su entrepierna. Él continuó bajando besando cada centímetro de sus pies hasta llegar al comienzo de sus pantalones. Los desabrochó y los sacó de un tirón, por lo que se llevó también la ropa interior. Recorrió su vientre con suaves caricias que le provocaron cosquillas placenteras.

Lorenzo deslizó una mano en medio de su entrepierna, acarició con suavidad su punto más sensible y metió un dedo en su cavidad; la sintió estrecha y mojada. Se levantó con rapidez de su lado y se quitó los pantalones. Rodeó la cama y buscó en el cajón un condón; lo abrió con habilidad y se lo puso.

Se acomodó sobre ella repartiendo su peso entre las manos y sus rodillas, cuidando de no aplastarla. Volvió a besarla y su respuesta ardiente lo excitó.

Tamara abrió las piernas para recibirlo; su miembro se deslizó en su interior y le arrancó a ambos un ronco gemido. Sentía que los músculos de Tamara lo apretaban y absorbían su grueso pene.

Continuó moviéndose sobre ella, besando sus senos y deleitándose con el sabor de su piel. Lorenzo se retiró y volvió a penetrarla con fuerza. Una, dos, tres veces. Cada vez que entraba, ella enloquecía de placer y, del fondo de su garganta, se escapaban jadeos incontrolables. Él continuó embistiéndola hasta que la sintió vibrar y su espalda se arqueó elevando la cumbre de sus pechos y dejando caer la cabeza. Se enterró dos veces más en ella y se estremeció en un orgasmo avasallante. Se dejó caer a su lado y la besó.

Ella se acurrucó contra su pecho y se quedó dormida al cabo de unos minutos. Lorenzo, en cambio, sentía una felicidad inexplicable y una preocupación abrumante. Tamara Linares había entrado en su vida para poner de revés a su corazón, porque de algo estaba seguro: esa mujer no solo había marcado su piel, sino también su alma.

Capítulo 13

Jonathan Kelly cortó la llamada y se pasó las manos por el cabello de forma frenética. Su cuerpo se contrajo en varios espasmos; no podía dejar de temblar. El detective Rivera había sido contundente.

—Kelly, lo espero en la comisaría para el mediodía. Quiero saber si su memoria se refrescó y recordó algo nuevo.

—No tengo nada nuevo que decirle —dijo con brusquedad.

—Yo creo que sí. Lo espero.

Se quedó mirando un punto indefinido de su oficina. Sintió la frente cubierta por gotas de sudor y su corazón latía salvaje en su pecho.

Percibió la dura mirada de su padre sobre él, de pie, debajo del marco de la puerta.

—¿Qué novedades tienes del departamento, Larson? —Él no respondió. Su padre continuó—: Ayer me llamó Maribel Rehue, quiere sacarse de encima la propiedad. ¿Algún posible comprador?

Negó con la cabeza. Había llevado a algunos interesados, pero ninguno había hecho una oferta. Estaba comenzando a perder los estribos, le afectaba regresar a ese piso en particular.

—Jonathan..., no creo que sea necesario recordarte que, cuanto antes nos quitemos ese departamento de encima, menos probabilidades hay de que Maribel Rehue descubra que...

—¡Ya lo sé, papá!, no es necesario que me comas la cabeza con este asunto. —Jony se levantó y miró a su padre—. Me tengo que ir.

El detective Rivera, al ver que Jonathan Kelly no aparecía por la comisaría, llamó a su oficina. Su secretaria le dijo que no había regresado. A

la mañana siguiente, no le quedó duda alguna de que el hombre había desaparecido.

Esa mañana Lorenzo llegó al bar con una sonrisa dibujada en su rostro. Roque le había preguntado, en más de una oportunidad, por su buen estado de ánimo, pero él solo le respondió: «¿Acaso levantarse de buen humor tiene algo de malo?».

Tamara se había ido a primera hora. Después de su partida, se quedó absorto en sus cavilaciones. Ella le gustaba mucho, demasiado, pero no podía tolerar la telaraña de mentiras que lo envolvía y sencillamente no quería ocultarle cosas a ella.

Antes de irse, ella le había recordado que el viernes por la tarde tenían una cita, y él se mostró ansioso. Deseaba pasar más tiempo con ella. Sabía que había encontrado a esa persona especial, como Jerónimo Larson lo había predicho: «Aún no la has encontrado, pero lo harás. Un día llegará esa mujer que te robará el corazón y serás capaz de arriesgar todo por ella».

Luego le había entregado la llave del departamento para que lo usara en caso de necesitar un lugar donde dormir si Sandra lo echaba a la calle.

Tamara era la mujer indicada. Se imaginaba sentado frente a ella compartiendo una agradable cena y a él contándole de su hermana, su madre y sus sobrinos. Lo que no lograba imaginar era inventarse historias sobre una supuesta madre que se había vuelto a casar y se había mudado a otro país con su nuevo esposo, o inventar anécdotas sobre la secundaria a la que nunca fue, en San Martín de los Andes.

No quería mentirle a Tamara. Quería que ella supiera todo de él y que no hubiera secretos entre ambos. Pero iba a ser imposible. Por eso, llegó a la conclusión de que, aunque su corazón se desgarrara de dolor, lo mejor y lo más seguro para Tamara era estar lejos de él.

Para el viernes, juntaría coraje y terminaría con ella. Así lo había decidido.

Los días siguientes a su encuentro amoroso en su departamento, no volvió

a verla, salvo unos minutos en el bar, y ella se había mostrado igual de reservada que siempre, incluso con él.

Por la noche, Lorenzo sufría confusos sueños con ella. Tamara se aparecía en la puerta de su casa y, cuando él la abría, veía aparecer, detrás de ella, a Claudio Tejedo apuntando a la espalda femenina. Lorenzo intentaba gritar, avisarle a Tamara que tuviera cuidado, pero se escuchaba un sonoro disparo y ella caía sin vida sobre sus brazos. Esa noche se despertó cubierto de sudor frío y sin poder controlar los espasmos de su cuerpo.

La tarde del viernes llegó y Tamara pasó a buscarlo por el departamento después de grabar su programa. Ella manejaba un Renault Clio rojo de dos puertas. Cuando subió al coche y se puso el cinturón de seguridad, le preguntó:

—¿A dónde vamos?

—Lo sabrás cuando llegemos —había dicho ella con una sonrisa enigmática.

Tomó la ruta tras las sierras y comenzaron el ascenso en dirección al río Los Sauces. Después de unos kilómetros, ella estacionó el coche frente a un cartel que decía: «Escuela de parapente “Entre las nubes”».

—Espero que no sufras de vértigo —le dijo ella con una sonrisa radiante.

Lorenzo bajó del auto. Era una tarde perfecta: el sol brillaba en el cielo, apenas se apreciaban algunas nubes y hacía una temperatura agradable.

Tamara se acercó a un hombre, que él supuso que era el instructor, y lo abrazó, como dos viejos y buenos amigos. Sintió una puntada de celos. Ella regresó con él y los presentó.

—Humberto, él es mi profesor de vuelo, Pablo Giménez. —Estrechó la mano que el hombre le ofrecía.

—¿Primera vez? —preguntó. Él asintió con la cabeza—. No te preocupes, Tamara es una excelente piloto. Ven conmigo, Humberto, te daré un traje y te explicaré las medidas de seguridad mientras Tamara prepara la vela.

Escuchó atento todas las indicaciones del instructor, debía admitir que

estaba nervioso. Vio a Tamara acercarse a él con su traje listo y un arnés. Pablo lo enganchó a Tamara y la risa fresca de ella lo tranquilizó un poco.

Un chasquido seco llegó a sus oídos y un ala de colores turquesa y amarillo flúor quedó desplegada a casi tres metros sobre su cabeza. Tamara estabilizó la vela y la dejó flotar unos segundos.

Se acercó al borde del precipicio.

—¿Estás segura de que sabés manejar esta cosa? —preguntó con temor.

Ella lanzó una sonora carcajada y, entonces, corrió unos tres pasos... La tracción fue inmediata. Lorenzo miró hacia abajo y vio que estaba a unos treinta metros del punto de despegue. Gritó al sentir cómo el viento envolvía la vela y lo elevaba varios metros más.

Respiró hondo e intentó relajarse. Miró hacia abajo, estaba a más de cien metros sobre la tierra y los colores y las texturas del paisaje le quitaron el aliento. Cerró los ojos y disfrutó del vuelo. Era la sensación más excitante que había experimentado. Estando allá arriba todos sus miedos y preocupaciones quedaron atrás.

Después de dos horas de vuelo, Tamara aterrizó en un campo. Una vez en tierra firme, y libre del arnés, se volvió hacia la periodista con una flamante sonrisa en los labios; ella recogía la vela y él se acercó a brindarle su ayuda.

—¿Te gustó, Humberto?

—Fue una experiencia increíble. Desde arriba todo se ve diferente, los problemas parecen tan pequeños e insignificantes... Me sentí lleno de paz. Gracias, Tamara.

En un impulso de su corazón, acortó la distancia entre ellos, la atrajo hacia él asentando las manos en su cintura y la besó. Al principio con suavidad y prudencia, quería sentir su sabor una vez más. Había decidido, mientras estaba en el aire, que terminaría con ella ese mismo día; era lo mejor y lo más seguro para la mujer que amaba. Porque sí, la amaba. Se había enamorado como un quinceañero y, por nada en el mundo, la expondría al peligro que corría estando él a su lado.

Jamás había besado a una mujer como la besaba a ella. Él se sentía diferente, no era el mismo Lorenzo de siempre; ella lo hacía experimentar un torrente de emociones inexplicables. La sujetó por la nuca con su mano izquierda y profundizó el beso, memorizando con su lengua cada recoveco de su boca. Ella soltó un leve gemido y se aferró a su pecho.

—Humberto... —susurró sobre su labios y él sintió el peso de la realidad sobre sus hombros al escucharla pronunciar ese nombre. La soltó con brusquedad, por lo que se ganó una mirada aturdida por parte de Tamara.

—¿Qué pasa?

Él le dio la espalda y respiró profundo, inflando su caja torácica; contuvo la respiración unos segundos y luego exhaló lentamente. Se volvió hacia ella decidido.

—Tamara, esto entre nosotros se tiene que terminar acá. Yo no puedo comenzar una relación ahora. Me encantás, sos una de las mejores cosas que me pasó en la vida y... tengo sentimientos muy fuertes por vos. No quiero ser un hipócrita y no quiero mentirte.

—Humberto, me estoy enamorando de vos —comenzó Tamara— y sé que no estás pasando por un buen momento. También sé que no me decís la verdad, pero quiero ayudarte.

—No podés ayudarme, Tamara.

—Humberto, yo...

—¡Basta! —explotó colérico—. ¡Basta de llamarme Humberto! ¡Ese no es mi nombre!

Quiso cortarse la lengua luego de esa impulsiva confesión. La miró completamente abatido, rogándole perdón con la mirada. Negó con la cabeza, dio media vuelta y comenzó a caminar.

Tamara quiso llamarlo, pero se había quedado pasmada. Ese hombre era un completo misterio para ella.

TERCERA PARTE

Capítulo 1

Cada mañana Lucrecia Herrera tomaba su desayuno sola mientras miraba las noticias de primera hora. Durante casi cuarenta y ocho años, hasta hacía un poco más de un año, ella y su esposo Vicente desayunaban juntos. Aún recordaba aquel fatídico día a principios de julio. Vicente había salido a dar su paseo habitual y nunca más regresó. Lo último que le había dicho fue lo siguiente: «No te olvides de comprar el pan». Todo le parecía tan irreal.

Una noticia le llamó la atención y se concentró en la pantalla, donde aparecía el siguiente titular:

Las autoridades están buscando a Jonathan Kelly para ser interrogado sobre el asesinato de Jerónimo Larson.

Lucrecia vivía en una pintoresca casita ubicada detrás del edificio en el cual vivía Carola Larson, la famosa actriz.

Tomó la taza de café, pero la mano le temblaba tanto que tuvo que ayudarse con la otra. Desde aquella fatídica mañana en que había atendido la puerta para encontrarse con un oficial, le pesaban cada uno de sus ochenta y tres años.

Volvió a recordar la noche de la muerte de Carola Larson. Vicente había regresado a su casa entrada la madrugada; llegando a su casa, había visto a un hombre salir a toda velocidad de la puerta de servicio del edificio de la actriz. El hombre había chocado de frente con Vicente y se habían mirado por unos segundos. Se habían reconocido. El hombre lo había empujado y había continuado su camino.

Recordó a Vicente explicarle al día siguiente, cuando la muerte de la joven era el titular de todo los canales de noticias, que él se había topado con

un hombre que salía del edificio como alma que se lo lleva el diablo. «Estoy seguro de que ese hombre mató a la chica; no se suicidó. Es más, lo reconocí», le había dicho Vicente. Él sabía quién era, y eso lo había alterado. Había comentado que lo que conocía de ese hombre le pondría los pelos de punta a cualquier persona, que era cuidadoso y nadie sospechaba de él, pero se trataba de un mafioso y un traficante de drogas.

Vicente, a continuación, se había levantado de la mesa y había buscado en el estante donde su mujer guardaba las revistas. Él había visto a ese hombre en una nota. Cuando hubo encontrado la foto, se la había mostrado a su esposa. Lucrecia había creído que eran desvaríos de su marido y no le había dado importancia.

Tres días después su esposo había sido asesinado a sangre fría con tres disparos en el pecho. Lucrecia estaba segura de que Vicente había muerto porque había visto la cara del asesino de Carola Larson.

Y ella podía identificar al hombre gracias a que Vicente le había mostrado su rostro en la revista que aún guardaba en su estante habitual.

«Es mejor mantener la boca cerrada», pensó mientras cambiaba de canal.

Capítulo 2

Salvador se dio cuenta de que la búsqueda de Lorenzo Capria le llevaría más tiempo del que esperaba. Por la mañana caminaba por el centro de Mina Clavero prestando atención a los negocios. Entraba en algunos y, poniéndose en el papel de padre preocupado, les mostraba la foto, pero nadie lograba reconocerlo. Por la tarde su rutina no variaba. Si ese hombre estaba allí, tarde o temprano lo encontraría.

Había localizado a sus presas anteriores con menos información que esa. Estaba seguro de que iba a dar con él. Solo era cuestión de tiempo.

Le gustaba imaginar la expresión de su víctima; sabía cómo iba a matarlo, lo tenía todo planeado. Se acercaría por detrás y lo sorprendería. La primera bala, en su estómago; la segunda, en su corazón, y la tercera, en la cabeza. Se le aceleró el pulso de solo pensarlo.

—Romina, por favor, no insistas. Papi, la abuela y yo tenemos que ir a cenar. No vamos a volver tarde, lo prometo. Pero ahora mami tiene que terminar de maquillarse. —A la niña se le llenaron los ojos de lágrimas—. Oh, cariño..., no me lo hagas tan difícil; tu tío Lorenzo está bien. La próxima vez que el tío llame a la abuela, podrás hablar con él. Yo te llevaré a su casa, ¿qué te parece?

Los ojos de Javier se encontraron con los de su esposa, a través del espejo, mientras él terminaba de arreglarse la corbata. Le imploró con la mirada que dijera algo que tranquilizara a Romina.

—Cuando el tío Lorenzo regrese a casa, le voy a decir que nos lleve a todos de excursión. ¿Qué te parece esa idea, Romi?

La niña no levantó vista del suelo.

—¿Cuándo va a venir el tío? —murmuró.

—Falta poco. Casi nada —dijo Karen.

—¿Va a estar para mi cumpleaños? —preguntó esperanzada. Cumpliría seis el 8 de enero.

—¡Sí, cariño, tu tío va a estar para tu cumpleaños! —aseguró Javier.

—¡Sí! —Aplaudió con entusiasmo Romina mientras se alejaba corriendo para contarle a su hermano.

Karen se volvió molesta hacia su esposo.

—Javier, ¿no podés asegurarle que Lorenzo va a estar para su cumpleaños! ¿Te imaginás su desilusión cuando sea el momento y su tío no esté?

—Sé que fue un error, pero ella es la más afectada con esta situación. Lo hice para levantar su ánimo; estará un tiempo más animada. Ya veremos qué le diremos llegado el día de su cumpleaños. Ahora nos tenemos que apurar, no podemos llegar tarde a la cena.

—¿Por qué tuviste que aceptar la invitación? —preguntó por tercera vez.

—Maribel Rehue, además del local que abrió en El Bolsón, quiere ampliar el imperio extendiéndose a todo el país. Además, se acaba de enterar, a través de un detective privado, de que Lorenzo es mi cuñado. En realidad Antonio me dijo que por ese motivo Maribel lo había llamado para organizar la cena.

—¿Por qué lo llamó a Antonio?

—Porque Antonio sale con tu mamá y la cena es en su restaurante. —Se puso la chaqueta y se volvió hacia su esposa—. ¿Me veo bien?

—Perfecto. ¿Qué más le contó ese detective privado de nosotros? —preguntó enfadada—. ¿Le contó por todo lo que mi hermano tuvo que pasar?, ¿que atentaron contra su vida? ¿Le dijo que nuestro hijo recibió una herida de bala?

Javier agarró a su mujer por los hombros intentando calmarla.

—Karen, tranquila. Todo estará bien, ¿sí? Pero nos tenemos que apurar, todavía hay que ir a buscar a tu mamá.

Cuando el coche de Javier estacionó en la casa de Mónica, esperó unos diez minutos hasta que su suegra se dignó a salir de la casa. Cuando cerró la puerta del auto, Karen le preguntó.

—¿Por qué tardaste tanto, mamá? Estamos llegando tarde.

—Lo sé, pero estaba hablando con Lorenzo.

Lorenzo estuvo más de media hora hablando con su madre. Sabía que Jorge Solís comenzaría a impacientarse, pero no quería cortar la comunicación. Había sido una semana larga, y tenía un fin de semana que se le anunciaba interminable. El viernes anterior, a esa hora, estaba con Tamara surcando los cielos en un parapente. Ahora no tenía ningún tipo de plan más que estar solo encerrado en su departamento.

Cuando le preguntó por sus sobrinos, la fingida respuesta de su mamá le había indicado que ellos no estaban bien. Se preocupó aún más cuando le dio la noticia de que esa misma noche cenarían con Maribel Rehue.

Antes de despedirse, Lorenzo le advirtió:

—Mamá, te ruego que tengas mucho cuidado y que no se te escape dónde estoy.

—*¡Lorenzo! Jamás te pondría en peligro. No se lo dije a nadie y no pienso hacerlo ahora.*

—Solo te pido que tengas cuidado.

—*Lo tendré, hijo. Bueno, tengo que cortar, hace rato que me están esperando. ¿Qué planes tienes tú para esta noche?*

—Trabajar en el bar; por lo general, los viernes en la noche se llena de gente. Un beso, mamá.

—*Te quiero, cielo.*

Cortó y fue al encuentro del subcomisario Solís, que lo llevó hasta su departamento. Cuando cerró la puerta volvió a sentirse completamente solo.

Capítulo 3

Desde que Humberto la había rechazado, Tamara estaba un poco deprimida. Su primo Ezequiel la llamó para ir a tomar algo; eran sus últimas noches allí, luego continuarían la gira de la obra. Le dijo a su primo que lo esperaba con una buena botella de vino y él aseguró que llevaría *pizza*.

Cuando Ezequiel llegó jamás pensó en encontrar a Tamara tan afectada; ese hombre había calado profundo en el corazón de su prima. Incluso, en un determinado momento, rompió en llanto.

—¡Tami! —dijo Ezequiel rodeando a su prima en un abrazo—. Estás hasta las manos con este pibe. ¡Te enamoraste, boluda!

—No lo pude evitar —dijo entre la risa y el llanto—. Y me parte en dos que no confíe en mí. Él es tan dulce. Sé que está metido en serios problemas y no quiere estar conmigo para no exponerme. Dice que es peligroso estar cerca de él.

—¿No se te ocurrió investigarlo, Tamara? —preguntó Ezequiel enarcando una ceja. Ella negó con la cabeza—. Boluda, sos periodista.

—No puedo investigarlo, no sería correcto.

—Dejate de joder... Te estás muriendo por saber qué le pasa.

—Sí, ya lo sé, pero no sé cómo buscarlo. Él dijo que Humberto no era su verdadero nombre.

—Recapitulemos —dijo Ezequiel extendiendo sus manos—. ¿Cuándo fue la primera vez que viste a Humberto?

—En el Bar de Roque. Él acababa de contratarlo.

—¿Te dijo algo?

—No, solo me saludó y nada más.

—¿La segunda vez que lo viste?

—Siempre lo vi en el bar, pero era «hola y chau». Yo, a veces, hacía algún comentario estúpido del clima para ver si él entablaba conversación conmigo, pero siempre fue muy reservado.

—¿Qué hablaron la noche de la fiesta?

—Cosas irrelevantes: de la casa, del vino, de mí, pero de él nada. Evadía casi todas mis preguntas.

—Cuando vinimos a tomar un café, se lo notó nervioso y hasta diría alterado cuando hablamos de Carola Larson. Salió prácticamente huyendo.

—¿Eso qué tiene que ver? Él comentó que te había visto en una obra con ella; eso no tiene nada sospechoso.

—Pero se puso blanco como un papel cuando dijimos el nombre de Jonathan Kelly. Y el día que almorcé con él, volvió a salir el nombre de Carola en nuestra conversación. ¿Por qué volvió a sacar el tema?, ¿por qué le interesa?

—Mmm..., no lo sé. Creo que estás imaginando demasiado, Eze.

—¡Bueno, che! Yo solo estoy basándome en la poca información que tenemos. Puede que divague un poco...

Pero una vez que Ezequiel se fue, pasadas las once de la noche, Tamara encendió la computadora e inició una ventana de búsqueda. Escribió el nombre de Carola Larson. Navegó por algunas páginas, leyó artículos, notas, pero no encontró nada relacionado con Humberto.

Halló una nota, en un diario del sur, que le llamó la atención. La noticia relataba el horrible asesinato del padre de la actriz y mencionaba que había un único testigo del crimen que podía identificar al asesino.

Buscó «Jonathan Kelly» y se sorprendió de las últimas noticias encontradas; eran recientes y el hombre estaba desaparecido y la policía lo estaba buscando. Se lo relacionaba con la muerte de Jerónimo Larson. Había varias fotografías de Kelly en el artículo, pero una le llamó sumamente la atención. Se lo apreciaba de perfil, al lado de Jonathan Kelly, entrando a un

coche patrulla. Su parecido con Humberto la sorprendió. Leyó el pie de foto y decía: «Jonathan Kelly y Lorenzo Capria».

Los viernes en la noche, el tránsito en el centro era insufrible. Muchos salían a divertirse, a comer y a tomar algo en los bares. Las calles estaban atestadas de gente, y Karen percibió la tensión en el rostro de su esposo mientras marchaba a paso de tortuga en medio de un congestionamiento. Apretaba el volante con fuerza y respiraba sonoramente disgustado. Karen sabía que a Javier no le gustaba llegar tarde y muchos menos a la cena con uno de sus clientes. Además, también lo notaba preocupado por Romina, desesperado por haber hecho una promesa que no podría cumplir.

Apoyó la mano en la rodilla de su esposo para tranquilizarlo, él se giró hacia ella y le regaló un intento de sonrisa calma. Su madre, en el asiento de atrás, no dejaba de hablar de Lorenzo.

—Mamá, ¿le dijiste a Lorenzo que esta noche vamos a cenar con Maribel Rehue?

—Sí, le dije. Se mostró sorprendido.

Quince minutos después llegaban al restaurante de Antonio. Maribel, junto a su esposo Sergio, esperaban sentados en una mesa del salón.

Karen estudió a Maribel Rehue mientras aceptaba una copa de malbec añejado. Su esposo estaba preocupado por haberla hecho esperar, pero no se mostró molesta por su demora. Los saludó con una sonrisa amable.

Después de quince minutos de conversación, Karen percibió que, detrás del aparente buen humor de Maribel Rehue, se encontraba tensa y su semblante reflejaba cansancio y una palidez enfermiza. «Tal vez solo está abatida por la muerte de su exesposo y la de su hija», pensó.

Mientras Javier presentaba a su madre a Maribel; Mónica comenzó a decirle que lamentaba la muerte de su hija y a hablarle de Lorenzo. Por suerte, Antonio sugirió con sutileza que esperaran hasta más tarde para tocar ese tema. Y Mónica se disculpó.

A Karen le resultó agradable Sergio Ferrer, el marido de Maribel. Lo

encontró joven y buen mozo. Se notaba la diferencia de edad entre ellos.

Karen se dio cuenta, en el transcurso de la cena, de que Sergio, Antonio y Javier intentaban de que la charla no recayera en la relación de Lorenzo con Jerónimo Larson. Entre los tres se arreglaron para relatar historias de anécdotas divertidas de los tiempos de su juventud.

Finalmente, en el momento del café, fue Maribel quien sacó el tema del asesinato de su exmarido.

—Mónica, conocí a su hijo. Lo vi solo una vez. Vino a mi oficina y trataba de cumplir la promesa que le había hecho a Jerónimo, y me entregó la copia del diario de mi hija.

—Estoy al tanto de eso, Maribel.

—No fui agradable con él. Me enojé por no haberme dado el original.

—Maribel, casi procesan a Lorenzo por llevarse esas pruebas de la escena para dárselas a usted.

—Ahora lo sé. Contraté a un detective privado y me contó que también habían atentado contra la vida de Lorenzo y que su nieto había recibido una bala. A mí la policía nunca me dijo la verdad. Si no hubiese sido por él, tampoco me hubiera enterado de que quien mató a Jerónimo era un matón a sueldo y muy peligroso; que no mató al padre de mi hija por un robo casual, sino porque él había encontrado algo.

Sergio vio a su esposa alterada; su rostro se enrojecía y comenzaba a respirar agitada. Le tomó la mano e intentó tranquilizarla.

—Mantén la calma, cariño.

Maribel ignoró completamente a su esposo y continuó:

—El investigador me dijo que su hijo entró al programa de protección.

—Así es —repuso Mónica.

—¿Cómo se pone en contacto con él?

—Él siempre llama. Lo hace una vez por semana.

—Mónica, ¿usted tiene alguna forma de comunicarse con él? —preguntó Maribel esperanzada.

—No, no sabría dónde encontrarlo.

—Tengo que hablar con él. ¿Puede decírselo la próxima vez que hable?

—No puedo, Maribel. Si quiere ponerse en contacto con mi hijo, deberá solicitárselo a la fiscal Elvira Colombo. Cuando entró al programa, nos recalcaron que solo los familiares directos podían hablar con él; si otra persona quiere comunicarse con Lorenzo, debe pedir autorización.

—Yo solo necesito hacerle una pregunta, pero tal vez usted pueda hacérsela por mí. —Mónica asintió—. Pregúntele si, al final de diario de Carola, había algunas hojas manchadas con sangre.

—¿Por qué eso es importante, cariño? —preguntó Sergio.

—Porque se robaron hojas de la copia de la comisaría, pero, como estaba un poco aturdida la noche que leí el diario, no logro acordarme de si había hojas manchadas o si solo fue imaginación mía.

—Se lo preguntaré —aseguró Mónica.

—Gracias. Después de lo mal que me porté con él, le debo una disculpa; él solo se mostró amable conmigo y sobre todo con Jerónimo. Espero que su hijo se encuentre bien.

—Sí, está intentando reconstruir su vida. No le resultó fácil los primeros meses, pero ahora, que consiguió trabajo en un bar, lo noto más animado.

—Me alegro por él —dijo levantándose de la mesa.

La cena había concluido.

Capítulo 4

En la mañana del sábado, Mario Rivera condujo desde el centro cuarenta y cinco kilómetros para asistir a una reunión con Benjamín Kelly. El cielo estaba nublado y el servicio meteorológico anunciaba lluvias.

Hacía días que se lo notaba alterado. La fiscal Colombo lo había tratado como un inepto por haber pedido esas hojas, que tal vez eran decisivas para el caso. Primero, el original y ahora, las últimas hojas de la copia. Lo que lo afectaba era que uno de sus compañeros fuera el «mal policía» que trabajaba para ambos bandos. Pero pobre de él cuando lo atrapara.

Había hecho circular, en la comisaría, el rumor de que tenía nuevas pruebas incriminatorias en el caso Larson; también había colocado una cámara oculta arriba del perchero, donde solía colgar su chaqueta con las llaves dentro.

Cuando el ladrón intentase dar con las pruebas falsas, quedaría grabado por la cámara. Y le exigiría el nombre del hombre para quien trabaja. Le demostraría a la fiscal que él era bueno en su trabajo.

La chacra de los Kelly era una imponente propiedad de ladrillos rústicos. Mario entró por la cerca abierta y condujo unos trescientos metros hasta estacionar a un lado del camino de la entrada principal. Mientras avanzaba hasta la casa por un sendero de piedras, sus ojos recorrieron las ventanas con la esperanza de ver a Jonathan Kelly asomado en alguna de ellas.

Lo recibió una mujer con uniforme negro y lo escoltó hasta el estudio donde lo estaba esperando el dueño de casa.

Mientras la seguía cruzando la amplia sala, repasó mentalmente la información del padre de Jonathan. Tenía fama de mujeriego y apostador,

había evadido impuestos y tenía una causa de una joven secretaria que lo acusaba por acoso.

Al entrar al despacho, lo encontró bebiendo un café detrás del escritorio.

—Tome asiento, detective Rivera. —Sonó más a una orden que a una petición.

Se acomodó en la acolchonada silla frente a Benjamín Kelly.

—¿A qué vino, detective? —preguntó con molestia.

—Vine a hablar de su hijo. Es sospechoso no de uno, sino de dos casos de asesinato. Jerónimo Larson creía que su hija no se había suicidado. Las pruebas apuntan a que el crimen del señor Larson fue premeditado y llevado a cabo por un profesional. Nosotros sabemos quién es ese criminal y para qué tipo de gente presta sus servicios: narcotraficantes. Su hijo mintió cuando yo le pregunté si conocía a Carola Larson, y fue él quien le entregó la tarjeta de ese hombre a Lorenzo Capria. Su hijo está en serios problemas, señor Kelly. Lo mejor será que se entregue.

Benjamín Kelly mantenía, a pesar de todo, una postura calmada.

—¿Algo más que agregar, detective?

—Usted sabe que su hijo es un adicto a la cocaína. Dejó de pagarle sus caprichos y congeló sus cuentas, pero así y todo su hijo se las arregla para conseguir droga. Debe decirnos dónde está.

—No sé dónde está mi hijo, detective.

—¡Usted miente, señor Kelly! —dijo Mario poniéndose de pie.

Hubo un silencio incómodo entre ellos que fue roto por el sonar de unos tacones. Las puertas del despacho se abrieron y una mujer alta y refinada entró afligida.

—Mi hijo no es ningún delincuente. Él está en una clínica de rehabilitación —dijo con voz firme la mujer—. Yo misma lo interné hace una semana. Mi marido no le mintió al decirle que no sabía dónde estaba. Jonathan me pidió que no se lo dijera.

El sábado por la mañana, Tamara se levantó temprano y fue al Bar de

Roque a primera hora. Esperaba encontrarse con Humberto, pero grande fue su decepción cuando el dueño le dijo que él aún no había llegado. Decidió esperarlo. Se pidió un desayuno y se acomodó en la barra. Roque le hizo un extenso interrogatorio sobre su relación con su empleado; ella terminó admitiéndole que ese hombre le había robado su corazón.

—Tranquila, Tami. Es medio lerdo el pibe, dale tiempo... —le había aconsejado con una sonrisa amigable dibujada en su arrugado rostro.

Se levantó unos segundos para ir al baño; el hablar del hombre que amaba la ponía sensible y sentía que, de un momento a otro, las lágrimas se escaparían de sus ojos.

No tenía duda: Ezequiel estaba en lo cierto. Se quedó prácticamente toda la noche investigando a Lorenzo Capria, y dio con el perfil de Facebook de la hermana, Karen Capria. Algunas de sus fotos eran públicas; en una de ellas se lo veía a Lorenzo junto a dos niños. Después su hermana había posteado una foto de ella con Lorenzo, y escribía: «Donde sea que estés, hermanito, nosotros siempre vamos a estar con vos».

Había decidido, después de haber dormido apenas tres horas, que hablaría con él. Tenía que contarle que ya sabía toda la verdad, y que no le importaba, que iba a ayudarlo a transitar toda esta horrible situación.

Al salir del baño y regresar a la barra, se encontró con un anciano que le mostraba una foto a Roque y él negaba con la cabeza. Al retomar su lugar, el hombre la miró y Roque comentó: —Este hombre está buscando a su hijo — dijo poniendo énfasis en sus palabras.

El anciano le tendió la fotografía. Ella la agarró y experimentó una sacudida; su cuerpo se estremeció. Intentó ocultar sus nervios; sonrió y negó con la cabeza. Le devolvió la foto al hombre, dejó un billete de cien sobre la barra, se despidió de Roque y salió del bar.

Caminó la primera cuadra a paso normal; cuando supo que estaba lo suficientemente lejos del bar, echó a correr.

Llegó sin aliento al complejo de departamentos y tocó con insistencia el

timbre de Lorenzo. Una enorme sensación de alivio la invadió al escuchar su voz por el interfono.

—Abrime, soy Tamara.

La reja se abrió y ella entró a toda velocidad; aún respiraba agitada. Cuando él abrió la puerta de su departamento, ella se abalanzó sobre él empujándolo hacia adentro, cerró la puerta y colocó el seguro y la llave. No podía dejar de temblar.

Lorenzo la miró extrañado.

—¿Qué pasa?

Ella se tomó unos segundos para recomponerse. Finalmente dijo: —Sé toda la verdad.

—¿A qué te referís?

Tamara acortó la distancia que los separaba y lo abrazó.

—Tu verdadero nombre es Lorenzo Capria. —Lo percibió temblar en el momento exacto en que ella pronunció su nombre.

—¿Cómo...?

Ella se apartó para verlo a la cara.

—Ayer a la noche hablé con Eze. Yo estaba muy mal y vino a casa. Le hablé de nosotros y él comenzó a imaginar cosas de que vos te habías puesto mal, la noche en que habíamos tomado el café en casa, cuando salió el nombre de Carola Larson. Al principio creí que estaba delirando, pero cuando se fue estuve buscando sobre ella en internet. Di con un artículo sobre la muerte del padre y con otro sobre Jonathan Kelly; ahí vi una foto tuya y de él subiendo a un auto de policía. Después encontré el perfil de tu hermana en Facebook y hay fotos tuyas con dos niños; ¿son tus sobrinos?

Lorenzo se alejó de ella y, nervioso, se pasó las manos por el pelo.

—Son mis sobrinos, Daniel y Romina —dijo con una sonrisa—. Tamara..., ¿quién más sabe esto?

—Nadie lo sabe. No se lo dije a nadie y tampoco pienso hacerlo, pero tienes que saber que hace un momento un hombre estuvo preguntando por

vos en el bar. Tenía una foto tuya y dijo que era tu papá.

Se dejó caer abatido en el sofá. Tamara corrió a su lado.

—Me encontró. El tipo que mató a Jerónimo Larson sabe que estoy acá.

—No, no lo sabe aún. Roque negó conocerte y yo también.

—Pero es solo cuestión de tiempo que me encuentre.

—¿Qué hacemos?

—¿Hacemos?

—No pienso dejarte solo en esto, Lorenzo. Me importás demasiado y estoy dispuesta a correr cualquier riesgo por vos.

—Si algo llega a pasarte...

—Será responsabilidad mía. Yo elijo estar a tu lado.

—Te amo, Tamara Linares.

—Yo también te amo, Lorenzo Capria.

Él sonrió y no pudo evitar unas lágrimas de emoción al escuchar de sus labios su nombre propio. Cortó la distancia entre ellos y la besó.

Después de unos minutos se separaron, aun disfrutando del sabor de sus labios, y Tamara preguntó: —¿Cuál es el siguiente paso?: ¿avisarle a la policía?

—No. Si les digo a ellos, volverán a trasladarme, me darán una nueva identidad y me aislarán otra vez. No creo que pueda soportarlo de nuevo, me volvería loco.

—¿Qué proponés?

—Primero debo llamar a mi madre; ella era la única que sabía dónde estaba. Se le tuvo que haber escapado.

—Ten, usa mi celular para la llamada.

Tomó el aparato electrónico y marcó el número de su casa. Su madre atendió al segundo tono. Lorenzo sabía que no debía demorarse mucho en hablar con ella.

—¡Mamá!, ¿a quién le dijiste que yo estaba en Mina Clavero?

—¿Lorenzo? ¿Qué?... *Yo no se lo dije a nadie. ¿Por qué?* —preguntó

alarmada.

—¿Quiénes estaban anoche en la cena?

—*Karen, Javier, Antonio, Maribel Rehue, su esposo Sergio y yo. ¿Qué pasa, Lorenzo?, me estás asustando.*

—¿Hablaron sobre mí?

—*Sí, pero no dije nada importante, te lo juro.*

—¿Qué les dijiste, mamá?

—*Que, desde que comenzaste a trabajar en el bar, te notaba mejor, pero eso no es ningún dato que revele tu paradero.*

—No debiste mencionar que trabajo en un bar.

—*Escuchame, Lorenzo, Maribel Rehue quiere hablar con vos. Ayer me comentó sobre las últimas páginas del diario de su hija. Ella quiere saber si estaban manchadas de sangre.*

—Yo le di una copia, que se fije y se saque la duda.

—*Lorenzo, el original fue robado de la comisaría. El detective Rivera le pidió la copia a Maribel y, al parecer, robaron de la copia las hojas manchadas de sangre. ¿Qué está pasando, hijo?*

—Nada, mamá. No le digas a nadie que hablaste conmigo.

Cortó y se volvió hacia Tamara.

—Tengo que volver a Bariloche.

—Yo te llevo.

—Son casi mil quinientos kilómetros, Tamara.

—Bueno, si manejamos los dos, llegaremos más rápido.

—Gracias.

Tamara salió en busca de su coche. Lorenzo aprovechó y guardó el diario de Carola y una muda de ropa en su mochila. Media hora más tarde, tomaban la ruta 148 con rumbo al sur.

Capítulo 5

Salvador había sonreído con satisfacción cuando una chica de unos veinte años, que trabajaba en el maxikiosco al lado del bar, le dijo que conocía a su «hijo». Ahora sabía que se hacía llamar Humberto Guzmán y que vivía en un complejo de departamentos a pocas cuadras de allí. Incluso la joven le había dado la dirección. Había resultado de una gran ayuda.

Estaba ansioso por llevar a cabo el trabajo. Ya tenía su maleta lista en el hotel; ni bien cazara a su presa, tomaría sus cosas y jamás regresaría a ese lugar. Se guardaría por un tiempo hasta que todo se enfriara.

Encontró sin dificultad la dirección del complejo; era bonito y había más de doce departamentos. Esperó impaciente hasta que vio a una mujer acercarse a la reja; iba cargada. Mientras ella abría la puerta, él la sostuvo y la ayudó con las cajas; ella le dio las gracias y él aprovechó para entrar.

Acarició su arma, que descansaba en su bolsillo derecho. Tocó el timbre, pero nadie salió. Forzó la cerradura con habilidad, siempre llevaba las herramientas necesarias para ese tipo de trabajos.

En menos de dos minutos, había entrado en el departamento. Lo esperaba. Grande iba a ser su impresión cuando lo sorprendiera allí.

Comenzó a registrar el lugar en busca de alguna otra copia del diario de Carola Larson. Su jefe había mencionado que tal vez el arquitecto se había hecho una copia para él, pero no halló nada.

Saltó al escuchar el sonido del teléfono. Se acercó al aparato y vio la luz de encendido del contestador. Enseguida una voz grave y masculina habló:

Lorenzo, soy el subcomisario Solís. Su madre llamó al número de emergencia, dijo que había hablado con usted y que lo había notado

alterado, y que siente que corre peligro. No salga de su casa, no le abra la puerta a nadie y espere que yo llegue. Estoy en camino.

Salvador se quedó estático por unos segundos hasta que terminó de procesar las palabras que acababa de oír. ¡La policía estaba en camino! Debía largarse de inmediato, o lo atraparían a él. Cruzó la sala a toda velocidad y salió del complejo de apartamentos; caminó hasta dar con un taxi y le indicó la dirección de su hotel.

Una vez en el auto, se percató de que se había salvado por poco. Intentó calmarse. «¿Dónde se metió Capria?», se preguntaba. Tal vez estaba escondido en la casa de un nuevo amigo. Pero de algo estaba seguro: el hombre estaba aterrado. Se había comunicado con la madre en vez de llamar a la policía. Por lo general, los que abandonaban el programa de protección siempre regresaban a casa.

Casi estuvo a punto de cazarlo, pero iba a encontrarlo; tarde o temprano atrapaba a su presa. La persecución lo divertía, pero lo que más disfrutaba era el momento de apretar el gatillo y ver cómo la luz se extinguía de los ojos de la víctima.

Mario Rivera esperaba en la sala de una hermosa residencia; era grande y confortable. Se trataba de una propiedad que funcionaba como centro de rehabilitación de diferentes adicciones.

La madre de Jonathan Kelly le había dado finalmente la información para dar con su hijo. Ella le había asegurado que él era, a pesar de todo, un buen muchacho, de buen corazón, que quería retomar las riendas de su vida y que, por culpa de su padre, había caído en desgracia. Benjamín Kelly lo había malcriado a lo largo de toda su vida. Siempre le había inculcado a pensar en sí mismo antes que en los demás y, cuando Jonathan comenzó con las drogas en la secundaria, en vez de ayudarlo, dejó que él continuara en ese ambiente.

La mujer le había rogado que no fuera muy rudo con él. Su hijo estaba frágil psicológicamente; la desintoxicación había hecho estragos en su semblante y humor.

Cuando Mario Rivera vio aparecer a Jonathan Kelly, el aspecto del hombre lo impresionó. Había perdido peso, estaba pálido y demacrado, con profundas ojeras. Dejar las drogas no era un proceso fácil.

Jonathan tomó asiento frente a él.

—Y bien, detective..., ¿qué es lo que quiere saber?

—¿Por qué le dio a Lorenzo Capria la tarjeta de Claudio Tejedo? Su padre niega haberlo conocido en el club de golf.

Antes de responder Jonathan se limpió el sudor de la frente.

—Claudio Tejedo sí estuvo en el club de golf; no habló con mi padre, sino conmigo. Se mostró interesado en comprar un departamento. Hacía poco que Lorenzo había comenzado a refaccionar el departamento de Larson, y yo quería que se deshiciera rápido del piso.

—¿Por qué quería que se deshiciera del departamento?

—Porque era de Carola y me traía malos recuerdos —dijo con pesar.

—¿Qué relación mantenía usted con Carola Larson?

—Tuvimos algunos encuentros amorosos, compartíamos los mismos gustos. La conocí en una fiesta, y me consiguió el contacto con un vendedor de cocaína. Nos hicimos amigos. Ya sabe; ambos sufríamos de la misma adicción.

—Lo vieron un fin de semana en que Carola había ido a esquiar con un grupo de amigos. Usted armó una escena y ella se disgustó y se fue muy alterada. ¿Puede decirnos que pasó?

—Carola era mi nexa con el vendedor; siempre le dejaba el dinero a ella y al otro día pasaba por su departamento a buscar la droga. Ese día ella me dejó plantado. Cuando me enteré de que se había ido a divertirse con unos amigos al Catedral, decidí ir. Le grité y le dije que quería lo mío. Yo le había dejado el dinero. Carola se alteró y me gritó que ella ya no iba a seguir metida en ese asunto. Yo le dije que quería de vuelta mi dinero o la droga y me fui.

—¿Qué pasó después?

—La noche en la que Carola se suicidó, yo estuve con ella; esa tarde me

llamó. Habían pasado dos o tres semanas desde nuestra discusión. Me dijo que tenía lo mío y que iba a ser la última vez. Me citó en su casa. Llegué cerca de las once de la noche, toqué el timbre y ella me abrió la puerta. El portero no estaba en el vestíbulo. Subí a su piso y, al entrar, ella me esperaba en la sala. No estaba sola, de la habitación de arriba se escuchaba la voz de un hombre y Carola estaba nerviosa. Tomé mi paquete y sin decir nada me fui. Al salir tampoco estaba el portero. Después ella cayó del balcón. Fui el último en verla esa noche, y sé que ella no se suicidó; ese hombre que estaba en su casa, él la tiró.

—¿Por qué cuenta todo esto ahora, Kelly?

—Porque sabía que iban a querer hacerme responsable a mí de la muerte de Carola. Tuve una recaída muy grande después de su muerte.

—Y prefirió ocultar todo esto a su mejor amigo, que ahora está corriendo peligro y, además, está alejado de sus seres queridos por su silencio.

—Yo no quería que nada de esto le sucediera a Lorenzo —expresó con angustia Jonathan.

«La tristeza detrás de los ojos de Jonathan Kelly es genuina», determinó Mario.

—Kelly, gracias por hablar ahora. Es mejor tarde que nunca. —Se levantó de su asiento—. Si necesito que declare algo más, lo vendré a ver.

—¿Qué pasará ahora, detective?

—Continuaremos con la búsqueda de este criminal.

Capítulo 6

Tamara manejó las primeras seis horas. Pararon a cargar combustible, ir al baño, beber un café, y retomaron la ruta. Lorenzo manejó en silencio mientras su acompañante dormitaba a su lado. Estaba agradecido a ella, admiraba la fuerza y determinación de esa mujer; aun sabiendo su verdad y todos los problemas que se cernían sobre él, ella decidió permanecer a su lado brindándole su ayuda desinteresadamente.

No podía usar las tarjetas; la fiscal podría rastrarlas y encontrarlo. En cuanto se enteraran de que él había escapado, lo buscarían y Elvira Colombo tenía el poder de ponerlo bajo custodia como testigo material que se daba a la fuga. Debía proceder con cuidado y planear con detenimiento sus siguientes pasos.

Repasó mentalmente los acontecimientos que lo habían llevado hasta ese punto crítico. O su madre había abierto la boca sin darse cuenta o alguien infiltraba información en la policía, tal vez quien había robado las pruebas.

¿Y su familia? Le había resultado muy extraño que la noche anterior cenara con Maribel Rehue en el restaurante del novio de su madre, Antonio. «Él se mostró amable la noche en que hirieron a Daniel», pensó. Pero ¿qué sabía de ese hombre? Que había sido compañero de la primaria de su madre, que había hecho negocios con Javier y que, la noche en la cual lo conoció, había comentado conocer a Carola Larson. Recordó la expresión y el nerviosismo de su cuñado y dedujo que era probable que él también la conociera. No quería pensar que el marido de su hermana estaba metido en medio; era un tipo extraño, pero amaba a Karen y era un excelente padre. Descartó enseguida a Javier de entre los sospechosos.

Otro interrogante que lo mantenía intranquilo era el siguiente: ¿por qué se robaron las pruebas, el original y las hojas manchadas de sangre? Significaba que en esas hojas incriminaban a alguien, pero ¿a quién? Debía repasarlas con detenimiento. Llevaba las hojas en la mochila; en cuanto tuviera oportunidad, las leería de nuevo.

Por otro lado, no dejaba de pensar en el asesino que lo acechaba. Si el hombre se había percatado de que había huido y lo seguía, ¿cuánto tiempo tardaría en dar con él otra vez? Era astuto. Y debía ir con mucho cuidado; nadie podía saber que iba camino a Bariloche.

Tamara se removió, intentando descontracturar su cuello por la incómoda postura, y apoyó la mano sobre la rodilla de Lorenzo; él se giró para observarla.

—¿Cuánto dormí?, ¿qué hora es?

—Son las cuatro de la mañana y dormiste como cinco horas.

—¿Por qué me dejaste dormir tanto?

—Estabas cansada y profundamente dormida. No iba a despertarte, me daba pena.

—¿Qué haremos al llegar? —preguntó Tamara.

—Necesito alojarme en un lugar donde nadie me encuentre. La casa de mi madre y me hermana quedan descartadas.

—¿Un hotel?

—Prefiero que sea un lugar menos concurrido. Nadie tiene que saber que regresé ni que puede verme.

Entonces lo recordó. Dentro de su mochila, junto a la copia del diario de Carola, estaban las llaves de su departamento; Jerónimo se las había dado y él, después de su muerte, no las había devuelto. Se había olvidado.

—Creo que tengo un lugar, pero es peligroso. Vos te vas a quedar en un hotel —dijo sin titubeos.

—Pero quiero ayudarte, no quiero dejarte solo.

—Y estás conmigo, Tamara, pero no quiero que vengas. Tengo pensado

quedarme unos días en el departamento de Carola Larson; su padre me dio la llave en una ocasión, cuando yo me estaba separando de Sandra y ella quería que me marchara del departamento que compartíamos. Tengo la llave, solo espero que no hayan cambiado la cerradura.

—Es peligroso que te quedes ahí, Lorenzo.

—Lo sé, pero es en el último lugar que me buscarían.

—¿Y si alguien del edificio te reconoce?

—Tendré que hablar con Teo; es el portero y encargado, es un hombre agradable.

—¿Confías en él?

—A estas alturas no me queda otra alternativa que confiar en él.

Tamara estacionó su Renault Clio en la puerta de un edificio verde musgo frente a la costanera. Eran las nueve de la mañana. Lorenzo, antes de bajar, le dio un beso; ella le aseguró que buscaría un hotel y aprovechó para darle su celular.

—Tenelo vos. Te llamaré cuando encuentre un hotel. —Él abrió la puerta del auto, ella le tomó la mano—. Lorenzo, por favor, cuidate.

Lorenzo asintió en silencio, cerró la puerta y caminó hacia la entrada del conocido edificio. Teo se encontraba detrás del mostrador del vestíbulo; al reconocerlo, abrió la puerta.

—¡Muchacho! Cuánto tiempo sin verte, ¿cómo estás?

—Teo, necesito un favor y usted es el único que me puede ayudar.

—Dime, muchacho, te escucho.

—Estoy en problemas, serios problemas. Necesito un lugar donde quedarme por unos días —dijo con un susurro—. El hombre que asesinó a Jerónimo Larson está buscándome para matarme. No puedo ir a la casa de mi hermana o a la de mi madre porque las pondría en peligro. Jerónimo me dio un juego de llaves del departamento y me dijo que, si alguna vez lo necesitaba, podía quedarme allí. Ahora lo necesito, Teo. Nadie va a buscarme aquí.

El portero se quedó por unos minutos estudiando al joven hombre; se lo notaba alterado y, sobre todo, desesperado. Asintió.

—¡Por supuesto!

—Gracias. Es muy importante que nadie sepa que regresé, mucho menos que habló conmigo.

—No te preocupes, muchacho. Seré una tumba.

Mario Rivera llegó a la comisaría a primera hora de la mañana. Se preparó un café y se sentó en su escritorio; su compañero Nicolás entró en su oficina y, sin siquiera darle los buenos días, dijo: —La fiscal Colombo te llamó cada cinco minutos. Quiere reunirse con vos con urgencia.

—¿Qué mierda quiere esa mujer ahora? —preguntó conteniendo la rabia.

—¿No te enteraste? Casi dan con Lorenzo Capria en Mina Clavero. Un hombre que se hacía pasar por su padre lo buscaba. Capria desapareció y la fiscal cree que tal vez haya vuelto a Bariloche y se pondrá en contacto con su familia. Quiere que pongamos oficiales en las calles y en la casa de la madre y en la de la hermana para encontrarlo antes que Rojas Godoy lo haga.

—Coordina vos las patrullas, yo llamaré a Elvira Colombo.

Media hora después se reunió con la fiscal en la sala de interrogatorios. La mujer estaba enfadada por la desaparición del testigo, pero tuvo la amabilidad de felicitar al detective Rivera por haber encontrado a Jonathan Kelly.

—¿Qué soltó Kelly? —preguntó mientras bebía un sorbo de café.

Mario Rivera le ofreció un informe detallado de lo hablado con Kelly.

—¿Usted le cree?

—La verdad, sí. Creo que está diciendo la verdad.

—¿Y él cree que Carola Larson no estaba sola la noche en que murió, cuando fue a buscar la droga a su departamento? —preguntó Elvira.

—Él asegura que escuchó una voz masculina en la habitación.

—Eso significa que no atraparemos al pez gordo a través de Jonathan Kelly —expresó con un dejo de decepción en la voz.

—Jonathan Kelly no es más que un niño mimado y adicto. Pero no es un criminal.

—Reabriremos el caso de Carola Larson, detective Rivera. Presentaremos la declaración de Kelly.

Mario tomó el paquete de cigarrillos de su bolsillo y estaba vacío. Se volvió hacia su compañero.

—Nico, ¿no me traes el paquete que compré? Está en mi chaqueta, en mi oficina.

—Claro, ahora te los traigo.

—Fumar es malo —repuso la fiscal.

—Lo sé —dijo restándole importancia—. ¿Qué novedades hay de Lorenzo Capria?

—Su madre, cuando llamó al número de emergencia, aseguró que sabía que su hijo estaba en Córdoba, pero jura que no se lo dijo a nadie.

—Tal vez la información se filtró por otra parte —sugirió Rivera y la fiscal se mostró enfadada.

—Le recuerdo, detective, que de su propio despacho desaparecieron las pruebas.

—Lo sé y me estoy encargando de eso.

—¿Qué recaudos tomó para dar con Lorenzo Capria, detective?

—Pinchamos las líneas de teléfono de la casa de la hermana, las del hogar la madre y las de la oficina de su cuñado. Hay una patrulla vigilando ambas casas y el local del cuñado; si intenta ponerse en contacto con ellos, daremos con él.

Capítulo 7

Se impresionó al ver el departamento remodelado. Había quedado increíble. Reparó en la puerta del armario del vestíbulo donde había escondido la mochila, con el diario de Carola dentro.

Cerró la puerta con llave y puso el cerrojo. Se acercó a las ventanas y corrió las cortinas; nadie debía notar que había gente en el departamento. Encendió la lámpara al lado del sofá. No quería encender todas las luces; si alguien vigilaba el departamento, se daría cuenta de que había alguien dentro. Tenía que ser muy cuidadoso.

Las fotos de Carola estaban en las repisas y los adornos, en el mismo lugar en que los había acomodado Jerónimo. Tembló. Se sintió como un intruso que invadía la privacidad de dos personas muertas. Quería darse un baño y cambiarse la ropa, pero no deseaba subir la escalera, aunque debía hacerlo, para sacarse esa horrible sensación de encontrar en la habitación el cuerpo sin vida de Jerónimo Larson.

Tomando coraje y dejando los fantasmas a un lado, tomó la barandilla y pisó el primer escalón. Subió la escalera y cruzó el pasillo hasta llegar al dormitorio. Encendió la luz y estudió el cuarto. Estaba tal cual lo recordaba, pero sin la mancha de sangre sobre la moqueta.

Con claridad escalofriante, Lorenzo recordó la fatiga y la respiración entrecortada de dolor del hombre agonizante antes de morir, sosteniendo su mano.

Lorenzo apagó la luz y regresó a la sala. Preparó su ropa, tomó un baño y se acomodó en el sillón con la copia del diario de Carola Larson sobre su regazo.

Se concentró en las últimas hojas, las manchadas de sangre. Una vez más comenzó a leerlas poniendo suma atención en cada palabra. Estaba seguro de que lo habían matado por el contenido de esas hojas, pero ¿qué ocultaban?

Carola ponía, en una de ellas, que estaba entre la espada y la pared y que no tenía idea de qué hacer.

En otra entrada se la notaba más optimista, decía que iba encontrarse con alguien para cenar y que estaba dispuesta a pelear por su amor; que aunque él era más grande, no le importaba la diferencia de edad.

¿A qué hombre se refería? No sabía cómo dar con él. Tal vez, Maribel Rehue lo conocía o sabía de quién hablaba Carola.

Capítulo 8

Maribel disfrutaba de la exitosa inauguración de la nueva sucursal de Mari-Mari en El Bolsón. Era un momento importante para ella; había trabajado mucho y Sergio también, estaba agradecida a su esposo. Él se encargaba de dirigir las cuestiones de rutina mientras que ella se ocupaba de las cosas generales. Pero en este último tiempo, desde que Lorenzo Capria le había entregado el diario de Carola, gracias a la ayuda de Sergio, lograron abrir según lo establecido.

Maribel no se encontraba bien; por mucho que lo intentara, no conseguía concentrarse en sus negocios. El detective Rivera le había dado la copia del diario el miércoles pasado, y se había obsesionado con esas hojas. No dejaba de leerlo, podía recitarlo palabra por palabra, pero no lograba encontrar nada sospechoso.

Algo que la intrigaba era el miedo que sentía su hija. ¿A quién le temía y por qué lo ocultaba? No podía sacarse la idea de que alguien le había hecho daño, y eso despertaba su ira. A pesar de que había pasado más de un año, iba a llegar al fondo del asunto.

También se atormentaba pensando en las hojas manchadas de sangre que habían desaparecido. Se había emborrachado y tenía la certeza de haberlas visto. El detective Rivera afirmó no haber recibido páginas manchadas, pero era su palabra contra la de él. Solo una persona podía confirmar sus sospechas: Lorenzo Capria. Tenía que hablar con él.

Decidió que llamaría nuevamente a Mónica, quería saber si su hijo le había dado una respuesta a su pregunta.

Lorenzo se despertó sobresaltado. Había dormido un par de horas. Se reincorporó en el sillón y las hojas del diario de Carola se cayeron al suelo. Se agachó para recogerlas y percibió una puntada en el cuello. Sentía una tensa contractura que le molestaba cada vez que movía la cabeza. Se masajeó intentando apaciguar el dolor.

Pensó en la fiscal Colombo; seguramente la mujer estaba furiosa con él al enterarse de que le había dicho a su madre dónde estaba y, para colmo, había escapado.

Se preparó un café y se dio una ducha; el agua caliente sobre la contractura había ayudado a calmar el dolor. A eso de las ocho de la noche, Teo lo llamó por el portero eléctrico.

—Lorenzo, hay una señorita que pregunta por usted —anunció—. Tamara Linares.

—Que pase, Teo. Ella es mi novia.

Abrió la puerta cuando Tamara dio dos suaves golpecitos. Ella, al verlo, le mostró una bolsa que despedía un increíble aroma a comida. Su estómago rugió.

—Creí que tendrías hambre.

Se hizo a un lado para dejarla pasar y nuevamente cerró la puerta con llave y el cerrojo. Se acercó a su novia, la abrazó por detrás y aspiró el perfume de su cabello.

—Qué lindo departamento.

—Es muy acogedor —dijo Lorenzo tomando la bolsa de comida.

Fue hacia la cocina y ella lo siguió. Preparó los cubiertos y los platos. Mientras comían en la mesa, Tamara le preguntó:

—Lorenzo, ¿qué puedo hacer para ayudar?

—Ya lo has hecho, Tami. Me trajiste hasta acá.

—Quiero hacer algo más, no quiero pasarme todo el tiempo recluida dentro de la habitación del hotel. Tampoco quiero que me vean merodeando por aquí y necesito sentirme útil, Lorenzo.

Lorenzo meditó sus palabras.

—Hay algo que puedes hacer por mí. Tienes que buscar a Maribel Rehue y decirle que yo quiero hablar con ella, pero nadie debe enterarse. Tenés que ser extremadamente cuidadosa.

—Entendido. ¿Algo más?

—Quiero que llames a mi mamá. Busca un locutorio alejado del centro. Seguramente tiene el teléfono pinchado. Tenés que ser breve y decirle: «Hola, llamo de parte de Lorenzo. Su hijo está bien...». Y colgás. No le digas tu nombre; ella intentará retenerte, no la escuches.

—Bien —acordó Tamara.

—¿Estás segura de que podés hacerlo?

—Sí. Cuando vea a Maribel Rehue, ¿la traigo al departamento?

—Sí. Después de hablar con ella, tendré que buscar otro lugar seguro. ¿Puedes encargarte de eso también? Alquila una cabaña alejada a más de sesenta kilómetros; si está en medio de la montaña, mejor.

—Haré todo lo que me pidas, Lorenzo.

—Gracias, Tamara. —Él la tomó de la mano y besó el dorso de esta.

Ella desvió su mirada hacia la mesa ratona.

—¿Esa es la copia del diario de Carola Larson? —Lorenzo asintió—. ¿Puedo echarle un vistazo?

—Claro.

Ella tomó asiento en el sofá y comenzó a leer. Al cabo de veinte minutos, momento que Lorenzo aprovechó para lavar los platos sucios y ordenar la cocina, para así borrar cualquier evidencia de que alguien había usado el departamento, Tamara se acercó a él sosteniendo el diario.

—Se nota que tenía varios pretendientes, pero... ¿notaste que ella menciona a ese hombre al que apoda el Mago? En la última hoja está subrayado; ella dice que es más grande y que su magia robó su corazón.

—No había notado que subrayó su nombre —dijo Lorenzo acercándose.

—Acá, justo en la última página, ella dice que cenará con un hombre y

luego escribe «el Mago» y lo subraya. ¿Ves? —Le mostró señalándole con el dedo.

Lorenzo observó con detenimiento; las manchas de sangre dificultaban la lectura, pero sí, Tamara tenía razón.

—Tamara, es realmente importante que busques a Maribel Rehue.

—Lo haré, mi amor. Mañana mismo la traeré aquí.

Tamara manejó veinte kilómetros hasta un locutorio lejos del centro. Tomó el habitáculo con el número dos y llamó al número de la madre de Lorenzo, Mónica Capria. Debía admitir que estaba un poco nerviosa. Repitió mentalmente las indicaciones de su novio y marcó el número.

Dio un respingo cuando escuchó la voz de la mujer, que había atendido al segundo tono.

—Señora Capria, llamo de parte de Lorenzo. Él no puede hablar por el momento, pero me pidió que le dijera que está bien y pronto se pondrá en contacto con usted.

—*¡Señorita!, ¿sabe dónde está?* —preguntó Mónica con desesperación —. *¿Por qué no me llamó él?*

Tamara sabía que debía cortar la llamada, pero la angustiada voz de la mujer le rompió el corazón.

—Él está bien. Confíe en mí, Lorenzo está a salvo.

Cortó. Sabía que había hablado demasiado tiempo, se arrepintió de inmediato. Pagó la cabina y caminó hacia el coche. Arrancó y dobló en la primera esquina a la derecha; por eso, no vio a la patrulla que entraba al locutorio y registraba la cabina que ella acababa de utilizar. Echaron polvos blancos sobre el aparato telefónico para recoger sus huellas dactilares.

Manejó de regreso al centro y detuvo el coche cerca de Mari-Mari. Lorenzo le había explicado que esa era la sucursal central y que, seguramente, encontraría a Maribel Rehue allí.

Grande fue su decepción cuando el encargado del local le dijo que la señora Rehue estaba en una inauguración en El Bolsón, pero que regresaría al

día siguiente a primera hora. Le dejó el número del hotel donde se alojaba y su nombre. Le dijo que necesitaba hablar con ella de manera urgente.

Volvió a su coche y pensó en Lorenzo, que estaba solo en ese departamento, donde habían asesinado a Jerónimo Larson y, tal vez, a Carola. Tenía la necesidad de hacerle compañía esa noche, pero era demasiado riesgoso. Puso el auto en marcha y regresó al hotel.

Capítulo 9

El jueves al mediodía, como todos los jueves, Lucrecia Herrera se reunía a almorzar con sus amigas del centro de jubilados. Ese día, iban a ir a comer al nuevo restaurante de Antonio García Calderón.

Lucrecia llegó tarde, pero, al entrar al local, no vio a sus amigas. Un hombre de unos sesenta años —supuso que era el dueño— se le acercó a recibirla y la invitó a tomar un lugar. Eligió una mesa para cuatro al lado de la ventana y esperó más de quince minutos, pero sus amigas no aparecían.

Se acercó a la barra, donde estaba el hombre que la había recibido, y vio, junto a él, a una mujer que lloraba; estaba muy afectada. No quiso interrumpirlos y regresó a su mesa, pero la mujer la había visto levantarse y caminar hacia la barra. Cruzó dos palabras con el hombre, recorrió el salón y tomó asiento frente a ella con una cálida sonrisa.

—Disculpe, señora —dijo sentándose—. Soy Mónica Capria.

—Lucrecia Herrera —se presentó y aceptó la mano que la mujer le ofrecía—. No quise importunarlos.

—¡Oh, no! No se preocupe, señora. No ha interrumpido nada.

—Señora Mónica, con todo respeto y no quiero que piense que soy una metiche, pero estaba llorando y se la nota bastante afectada.

—Sí, lo sé. Desde hace meses que lloro. Mi hijo está desaparecido, ¿sabe? —Mónica, en menos de cinco minutos, le relató sobre la tragedia de Lorenzo. Lucrecia la miró abriendo los ojos, parecía sorprendida.

—Comprendo el dolor que debe estar sintiendo, Mónica —dijo intentando consolar a la dolida mujer.

—Gracias. Mi hijo está bien, o eso me dijo la persona que llamó anoche.

Pero temo tanto por su vida. Desde que presencié el asesinato de Jerónimo Larson, toda su vida se desmoronó.

—¿Jerónimo Larson? —Lucrecia había escuchado con atención el relato de Mónica, pero esta no le había brindado ninguna identidad. Sintió un estremecimiento al escuchar ese nombre.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Mónica al ver el semblante pálido que presentaba la mujer.

—Perfectamente... Solo recordé algo —dijo restándole importancia.

Diez minutos después sus amigas ingresaban al restaurante. Mónica le agradeció por la cálida conversación y se regresó detrás de la barra con Antonio. Lucrecia, sin embargo, se mostró completamente abstraída en el almuerzo. El dolor de esa mujer por su hijo era demasiado palpable; le había afectado notablemente. «Esto se tiene que terminar», pensó. Y sabía muy bien cómo hacerlo.

El detective Mario Rivera llegó a la comisaría con renovadas energías, pero, cuando entró a su oficina, el sargento Núñez se asomó por la puerta.

—El jefe quiere verte —anunció.

Bufó, colgó su chaqueta en el perchero y se dirigió a la oficina de su superior. Al entrar, vio al capitán Francisco Delgado detrás de su escritorio; tenía las mejillas coloradas, un claro signo de que algo lo había hecho enojar. Sin embargo, los ojos de su jefe reflejaban preocupación y tristeza.

Mario intuía lo que significaba esa expresión. La trampa para descubrir al ladrón de las pruebas había funcionado.

—Me enviaron la grabación anoche —le dijo su jefe—. No te gustará.

Se mantuvo serio, aunque por dentro sentía una mezcla de incertidumbre y ansiedad por saber quién de sus colegas lo había traicionado. Se imaginó el rostro de todos sus compañeros.

Su jefe giró el monitor de su computadora hacia él. La grabación comenzó. Estaba viendo su propia oficina; la chaqueta estaba en el perchero, al lado del armario donde guardaba las pruebas bajo llave. Había dejado el

llavero asomado sobre el bolsillo para tentar al ladrón.

En la parte superior izquierda de la pantalla, vio la imagen de su propia cabeza y a él sentado en la sala de interrogatorios de espaldas a su oficina.

—Eso fue ayer, cuando vino la fiscal Colombo.

—Exactamente. Mira lo que pasa ahora.

Su compañero, Nicolás Martínez, salía de la sala de interrogatorios, miraba a ambos lados, cruzaba el pasillo y entraba a la oficina que tenía en frente. Sacaba las llaves y se volvía hacia el armario; metía la llave, giraba rápidamente, husmeaba entre los estantes y frustrado cerraba la puerta. Volvía a ponerle llave y las metía en la chaqueta, y del otro bolsillo tomaba un paquete de cigarrillos; después regresaba a la sala de interrogatorios.

—¡Pero qué hijo de re mil puta! —dijo Rivera furioso, golpeando con su puño el escritorio de su jefe.

—Su padre fue policía, su abuelo también lo fue. Y él aparentaba ser un buen policía —dijo apenado su jefe.

—Explícame una cosa...: ¿por qué se corrompe un policía?

—Dinero. Siempre es por dinero, Rivera. ¿Sabes que esta cinta sola no es suficiente para inculparlo?

—Lo sé.

—Es tu palabra contra la de él. Además, es tu compañero y está investigando el caso, así que puede decir que tomó las llaves para revisar que estuvieran todas las pruebas.

—Hay que ponerle otra trampa, hacerlo caer. Ahora sé que es él, no quiero sentarme en la misma mesa a resolver el caso de Lorenzo Capria.

—Hasta que lo agarremos, tendrás que disimular. Sobre todo ahora, que Capria se ha puesto en contacto con su madre.

—¿Cómo?

—Una mujer llamó de un locutorio a la madre de Capria. Estoy seguro de que el tipo volvió y esta mujer lo está escondiendo. Lo que más me gustaría, Rivera, es que resolviéramos el caso, así se lo restregamos en la cara a Elvira

Colombo. Por ahora, intenta que Martínez no destruya otra prueba y sé precavido.

—Está bien. —Se levantó de la silla. Antes de salir se volvió hacia su jefe —. Prométeme, una vez que lo hayamos desenmascarado, diez minutos a solas con ese hijo de puta.

—Los tendrás, eso te lo aseguro.

—Gracias, capitán.

Mientras, Nicolás preparaba la grabación de la conversación entre Mónica Capria y la desconocida; cuando la reprodujo, Mario Rivera levantó una ceja asombrado. Le resultaba conocida esa voz, alguna vez la había escuchado, ¿pero dónde? Entonces lo recordó. En las últimas vacaciones de verano, había ido a Córdoba con su familia, y una tarde lluviosa se habían quedado en el hotel mirando la televisión. Reconoció la voz femenina; era Tamara Linares, la conductora del programa.

Ella lo ayudó a escapar de Mina Clavero.

Miró a su compañero, y negó con la cabeza. Iba a rastrear las tarjetas de Tamara Linares. Sabía que pronto daría con ella y, por ende, con Lorenzo Capria, aunque no le dijo nada a su compañero, que estaba muy relajado sobre la silla bebiendo café.

«Pronto voy a desenmascararte», pensó Rivera.

Capítulo 10

A primera hora de la mañana, Tamara estacionó su coche frente la entrada de Mari-Mari. Entró, se buscó una mesa cerca de la puerta y pidió un desayuno. Desde ese lugar estratégico, tenía una perfecta vista de la puerta. En cuanto Maribel Rehue entrara, ella la interceptaría.

Media hora más tarde, la mujer hizo acto de presencia en el local, dejó un par de billetes sobre la mesa y se aproximó a ella. La tomó de brazo y acercó la boca a su oído. Maribel se asustó, pero, cuando escuchó las palabras susurrantes de esa chica, se paralizó.

—Lorenzo Capria quiere verla, venga conmigo, la llevaré con él. Guarde la calma y mantenga silencio, por favor. Nadie debe saberlo.

Maribel asintió y se dejó guiar por esa joven mujer.

Cuando el Clio rojo estacionó frente a la entrada del departamento de su hija, la miró extrañada.

—Está arriba —explicó.

No hizo ningún comentario y entró al edificio.

Tamara golpeó la puerta y Lorenzo abrió de inmediato. Le regaló una sonrisa a Maribel al verla y se hizo a un lado permitiéndoles el paso.

—Disculpe que haya usado el departamento de Carola. Jerónimo, en una oportunidad, me dio una copia de las llaves y me dijo que, en caso de que lo necesitara, lo usara.

—Está perfecto, señor Capria. Yo no diré nada.

—Descuide, hoy mismo me iré. Es peligroso estar aquí, me están buscando.

Se sentaron en los sillones. Maribel estaba un poco nerviosa de estar allí,

rodeada de todas las cosas de su hija.

—Siento mucho por todo lo que ha pasado, señor Capria.

—Por favor, llámeme Lorenzo.

—Lorenzo, le pedí a su mamá que...

—Sí, la respuesta a esa pregunta es sí: había hojas manchadas de sangre al final de la copia. En esas páginas, se la nota a Carola preocupada por no lastimarla a usted. Pone que se encuentra entre la espada y la pared. Tamara descubrió que su hija subraya, en la última hoja, un apodo. El Mago. Esperaba que usted supiese quién es.

—Lorenzo, ¿usted está seguro de que había hojas manchadas?

—Sí, lo sé porque me hice una copia para mí. Jerónimo me pidió que yo también lo leyera y eso hice. Mire. —Señaló las hojas que estaban sobre la mesita ratona. Maribel experimentó que un frío le recorría la espalda—. Estoy seguro de que a Jerónimo lo mataron porque había descubierto algo en esas hojas. ¿Tiene idea de quién puede ser el Mago?

—No, no tengo la menor idea.

—Ella lo menciona en tres ocasiones, pero solo resalta el nombre en la última hoja. No se nota a simple vista porque está manchada de sangre. Puede llevarse la copia si quiere —ofreció Lorenzo.

—Gracias —dijo ella tomando las hojas—. Lo mejor será que me vaya. Le agradezco de corazón todo esto que hace, Lorenzo. Sé que no le ha sido fácil.

Tamara se ofreció a llevarla, pero ella se negó. Tomaría un taxi.

Al entrar a su oficina, se sentó detrás de su escritorio y miró su cartera, donde estaban las hojas del diario de Carola. Estaba por sacarlas, pero en ese momento Sergio entró al despacho.

—¿Dónde estabas? —preguntó preocupado—. Vanesa me dijo que una clienta te había sacado a la calle y te habías ido con ella en un auto rojo.

—Vino a buscarme. Estuve con Lorenzo Capria —dijo ella.

—¿Está acá? Creí que estaba dentro del programa de protección.

—Lo estaba, pero el asesino dio con él y logró escapar.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Sergio, ¿alguna vez escuchaste a Carola comentar sobre alguien apodado el Mago?

Sergio reflexionó unos segundos y luego negó con la cabeza.

—No tengo idea, cariño.

—No te preocupes. —Maribel tomó el teléfono.

—¿A quién vas a llamar?

—Al investigador privado.

Johanna entró al despacho de Mario Rivera y se encontró con su compañero.

—¿Rivera?

—Fue al baño —respondió Nicolás—. ¿Necesitas algo? —preguntó con una sonrisa encantadora.

Johanna sonrió y sus mejillas se sonrojaron. Miró con ojos brillantes al hombre encantador que tenía frente a ella.

—¿Puedo ayudarte yo?, soy más agradable y no tengo el mal humor de Mario.

Johanna se mordió el labio inferior y le regaló una mirada de deseo.

—Tengo la información que me pidió.

—Decime a mí, que yo después le digo.

Ella entró en la oficina y cerró la puerta.

—Rastreé las tarjetas de Tamara Linares. Las usó para rentar una habitación simple en el hotel Aspen.

—¿Quién se supone que es Tamara Linares?

—Es la mujer de la grabación, la que llamó a la madre de Lorenzo Capria.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque me lo dijo Rivera. Además, llegó el informe de las huellas encontradas en el teléfono del locutorio; coinciden con las de Tamara Linares.

—Ya veo. —Nicolás se puso de pie y se acercó a ella, le acarició la mejilla—. Decime, Johanna: ¿hay algo más?

—Sí. Tamara Linares alquiló una casa a setenta kilómetros de acá, la pagó también con la tarjeta. —Le entregó un papel— Acá está la dirección.

—Gracias, Johanna. Sabes hacer muy bien tu trabajo.

Mario Rivera regresó del baño y se cruzó con Johanna en el pasillo. Ella le sonrió y le dijo ruborizada: —Le di la información a Nico.

Él se maldijo internamente por no haber sido más cuidadoso. Apuró el paso y, al entrar en su oficina, vio el instante en el que Nicolás guardaba su teléfono celular en el bolsillo de sus vaqueros. «Tarde», pensó.

Le preguntó por lo que Johanna había averiguado y se lo informó sin titubeos. Decidió ir a la casa que había alquilado Tamara Linares.

Compartir el mismo espacio con su compañero como si nada pasara lo ponía de un humor bastante irritable. Hacía quince minutos que Nicolás manejaba en silencio hacia la dirección que le había dado Johanna.

Mario sabía que debía tratarlo igual que siempre y no enviarle señales de hostilidad. Nicolás Martínez era astuto, así que le convenía ir con mucho cuidado. Pero se prometió que, cuando todo se resolviera, le cantarían las cuarenta sin guardarse nada. Ansiaba ese momento.

—¿Por qué crees que esta mujer lo está ayudando?

—Claramente Lorenzo Capria le contó quién es en realidad. Y tal vez, hasta tengan un romance. Tamara Linares es una belleza.

—¡Suertudo!

—Tengo la impresión de que Lorenzo Capria se hizo una copia del diario de Carola y de que él ya descubrió al responsable.

Los ojos de Nicolás lo miraron nervioso por el rabillo.

—Puede ser, es probable —dijo manteniendo la calma, pero Mario notó cómo sus manos se aferraban al volante con fuerza.

Una hora y media después, llegaron a la dirección. La cabaña era de dos plantas, estaba alejada, subiendo por una empinada pendiente. Nicolás

estacionó cerca, camuflando el auto detrás de una frondosa vegetación.

Las luces estaban apagadas y las cortinas, cerradas.

—No hay nadie —dijo Nicolás.

—Esperaremos. Llegarán.

Quince minutos después un Clio rojo estacionó en la entrada. Mario Rivera se acomodó en el asiento con la espalda recta. Tamara Linares y Lorenzo Capria descendieron del vehículo cargados con algunas bolsas de supermercado.

Rivera observó el semblante de Lorenzo; se lo notaba cansado, vulnerable y, sobre todo, asustado. Antes de entrar a la cabaña, se detuvo unos segundos para mirar a su alrededor, luego entró. Las luces se encendieron.

Era el momento de llamar al capitán y darle un informe. Lo llenaba de satisfacción ser él quien atrapara a Lorenzo Capria, aunque eso significara ponerlo bajo la custodia de la fiscal Colombo. Se imaginaba la cara de la mujer; iba a disfrutar de ese momento.

Lo que Mario Rivera no sabía era que Salvador Rojas Godoy se estaba saboreando con cazar a su presa mientras esperaba en el dormitorio del primer piso de la cabaña.

Capítulo 11

Mónica Capria tomaba una taza de té en la sala de la casa de su hija, junto a su nieta, que le contaba todos los preparativos para su cumpleaños. Había cancelado su almuerzo con Antonio porque no se sentía con ánimos para salir; estaba tan preocupada por su hijo que no tenía cabeza para nada más que para pensar en Lorenzo. Llamaría a Antonio y lo invitaría a cenar a su casa, no tenía ganas de salir a ningún lado.

—Falta muy poco para mi cumpleaños, abue. Papá me dijo que el tío Lorenzo va a venir.

—Sí, cariño. En dos semanas vas a cumplir seis. ¿Sabes que vos te parecés mucho a tu tío Lorenzo cuando tenía seis?

—Mamá me lo dice siempre. —En ese momento sonó el celular de Mónica—. ¿Quién es?

—Es Antonio —le explicó—. ¿Querés saludarlo?

—Sí, lo quiero mucho al tío Tony.

—Yo también, cariño. No sé qué hubiera hecho sin él todos en estos meses de angustia —le respondió a su nieta mientras atendía el celular.

Javier y Karen se miraron. Estaban en la cocina tomando unos mates, pero les llegaba la conversación de Mónica y Romina.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Javier tras el silencio de su esposa—. Tu mamá reconoció que fue Antonio quien le insistió en pedirle a Lorenzo que le dijera dónde estaba. Tal vez tu mamá no se lo dijo abiertamente, pero hay otras formas de decir las cosas. Como en la cena, cuando contó que tu hermano trabajaba en un bar. En menos de doce horas, el asesino dio con él. Me cuesta creer que solo fue coincidencia.

—¿Vos pensás que Antonio está involucrado en todo esto?
—Espero que no, por el bien de tu mamá; se nota que lo quiere mucho.
—¿Deberíamos decirle esto a la policía?
—No. Esperemos a ver qué pasa.
—Estoy tan preocupada por Lorenzo.
—Lo sé, cariño. Lo sé. —Se acercó a su esposa y la abrazó.

Tamara guardó las provisiones en la heladera y puso agua en la pava para tomar un té. La cabaña era pequeña, pero estaba exquisitamente decorada con troncos rústicos y grandes ventanales. Lorenzo se sentó abatido en el sofá.

Salvador Rojas Godoy enroscó el silenciador en su pistola. Entrar en la cabaña había sido fácil y pensaba salir de la misma manera: por la ventana trasera de la habitación. El árbol que estaba cerca era como una escalera y su acceso era viable. Había estacionado el auto alquilado a un kilómetro y había cruzado el bosque hacia la cabaña. Miró la hora. Los escuchó hablar en el piso inferior. Mataría primero a la mujer, y deseaba ver la expresión de terror en el rostro de Lorenzo Capria cuando le apuntara.

No le daría tiempo a gritar. Salió de la habitación hacia un pequeño pasillo, apoyó el pie derecho en el primer escalón y después, en extremo silencio, comenzó a bajar.

Nicolás Martínez, nervioso, repiqueteaba los dedos sobre el volante. Mario se percató de que su compañero estaba realmente asustado. Sus manos no dejaban de temblar y despedía olor a sudor y unas gotas brillantes perlaban su frente. Su sexto sentido no le fallaba jamás, y percibía que algo iba mal.

—Creo que llegó el momento de que vayamos a buscar a Lorenzo Capria —dijo en un susurro.
—Esperemos... Podemos agarrarlo cuando salga —sugirió.
Mario no lo escuchó. Abrió la puerta del auto y salió sacando su pistola.
—Vamos.

Tamara dejó dos tazas de café sobre la rústica mesa ratona de troncos y Lorenzo se puso en alerta. No estaba seguro, pero creyó oír un ruido en la escalera. Las cabañas como esa tenían ruidos propios, lo sabía; sin embargo, una descarga de adrenalina recorrió su cuerpo y agudizó sus sentidos. Escuchó otro crujido, pero esta vez Tamara también lo sintió.

Un frío invadió su ser, y el miedo lo paralizó; se dio cuenta de que era la presencia del mal insidioso que se arrastraba hacia él y lo envolvía de forma tangible. «Sentí el mismo frío cuando escuché el disparo en el departamento de Jerónimo», pensó.

Entonces volvió a oírlo, un ruido sutil pero espantosamente claro para sus oídos. No lo estaba imaginando, ¡estaba seguro! Sintió cómo se aceleraba su corazón. «Va a matarme —pensó. Entonces miró a la mujer que amaba—. Y a ella también». Al ver la expresión de terror en la mirada de Tamara, se llevó el índice a los labios para indicarle que no hablara.

El asesino bajaba muy despacio, jugando al gato y al ratón. Lorenzo miró a su alrededor. Había una puerta, pero daba a la escalera; no tenían escapatoria.

Clavó la mirada en el gran cenicero de bronce que había en el centro de la mesita. No podía alcanzarlo sin levantarse, y le daba pánico hacerlo. En cambio, le tocó la mano a Tamara y le señaló el cenicero.

Desde donde estaba podía ver los escalones inferiores de la escalera. Ahí estaba ese hombre. El asesino. A través de la baranda de madera, Lorenzo descubrió un zapato.

Tamara, sin dejar de temblar, tomó el cenicero y se lo dio a Lorenzo, que se puso de pie y, en el momento en que el asesino quedó completamente ante sus ojos, se lo arrojó con todas sus fuerzas.

El cenicero golpeó la boca de su estómago justo cuando se disponía a bajar los últimos tres escalones. El fuerte golpe recibido lo dejó sin aire; tropezó con sus propios pies y soltó la pistola.

Lorenzo se abalanzó contra él y pateó la pistola para alejarla, mientras

que Tamara cruzó la sala hasta la puerta principal y salió corriendo pidiendo ayuda.

Mario Rivera vio salir a la periodista tan asustada que corrió a toda velocidad hacia la cabaña. Entró a la sala y en aquel momento vio forcejeando a Lorenzo Capria con Salvador Rojas Godoy. El asesino golpeó su mandíbula y corrió hacia la pistola, pero Mario Rivera le dio una violenta patada en la mano. Nicolás Martínez, detrás de él, apuntó a la cabeza de Rojas Godoy.

—¡No! —gritó Lorenzo y se abalanzó sobre el otro policía justo cuando apretaba el gatillo. La bala dirigida a la cabeza de Rojas Godoy le dio en la rodilla. Se tiró al suelo aullando de dolor.

Lorenzo, aturdido, vio cómo el detective Rivera esposaba al asesino de Jerónimo Larson. Miró al hombre con detenimiento y se encontró con los ojos del criminal sobre él, y percibió el miedo en sus ojos claros. Se escucharon las sirenas de patrullas acercándose.

Minutos después, la fiscal Elvira Colombo entró en la casa rodeada de agentes.

Primero detuvo su mirada en Mario Rivera, después en Lorenzo Capria y, por último, en Salvador Rojas Godoy.

—Rivera, debo admitir que ha hecho un excelente trabajo —dijo a su pesar—. Lo atrapó antes que nosotros. Me ganó de mano, lo felicito. —Se agachó sobre Salvador Rojas Godoy—. Hola, Salvador, te estuve buscando. Tengo para ti una celda con tu nombre; es la más pequeña y oscura. Incomunicado, encerrado veintitrés horas por días, sin siquiera ver la luz del sol, aunque con el tiempo lograrás encontrarla acogedora. Un hombre como tú no durará mucho antes de enloquecer. —El delincuente se puso blanco como un papel. Se volvió hacia Lorenzo—. ¿Se encuentra bien, señor Capria?

—Sí, señora.

Mario Rivera miró a su compañero, que se encontraba abatido.

—Señora Colombo, mi compañero no se encuentra bien —comenzó. Se acercó a él, se inclinó y le sacó la pistola—. Robar pruebas es malo... — espetó. Nicolás hizo un intento por hablar, pero Mario se lo impidió—. No intentes explicarme. Quisiste silenciar a Rojas Godoy, ¿por qué? —Sacó sus esposas—. Ya sabes el procedimiento.

Nicolás puso las manos detrás de la espalda y se dio vuelta. Rivera le colocó las esposas y unos oficiales lo escoltaron a la patrulla.

Capítulo 12

A las seis de la tarde, el detective Rivera llamó al despacho de Maribel Rehue.

—Señora Rehue, estoy en la comisaría. Atrapamos al asesino de Jerónimo Larson. Lorenzo Capria lo identificó y está declarando en estos momentos.

—*¿Cómo se llama el hombre?* —preguntó con un hilo de voz.

—Salvador Rojas Godoy. Es un criminal, un asesino a sueldo. Dice que va a cooperar, no quiere ir a la cárcel de por vida.

—*¿Quién lo contrató para que mate a Jerónimo?*

—Todavía no lo sabemos, pero pronto lo confesará. Por cierto: también dimos con el sospechoso del robo del diario de su hija; es de mi despacho.

—*¿Sospechoso?*

—Sí, mi compañero Nicolás Martínez trabaja para el tipo que contrató a Rojas Godoy; alguno de los dos cantará. Por cierto: señora Rehue, él jura que robó solo el original, pero que jamás robó hojas de la copia que usted nos entregó.

—*Supongo que usted jamás tuvo esas hojas, detective.*

Cortó la comunicación y el teléfono volvió a sonar de inmediato.

—*Señora Maribel* —dijo la voz de su secretaria cuando atendió—. *Abajo hay una señora que desea hablar con usted. Su nombre es Lucrecia Herrera y dice que tiene que comentarle algo realmente importante.*

Maribel se sostuvo el puente de la nariz por unos segundos. Finalmente dijo:

—Que suba.

Lucrecia entró a la oficina y tomó asiento frente a Maribel; estaba un poco nerviosa. La conversación que había mantenido con Mónica Capria la había alterado; el dolor y la desesperación de sus ojos la había hecho recapacitar.

Carola Larson no se había suicidado; la habían matado y ella tenía una la foto de la revista que le había enseñado su esposo. Debía confesar lo que sabía, no iba a permitir que ese criminal matara de nuevo a alguien inocente.

Por eso estaba allí, para mostrarle a la madre de Carola el rostro del asesino de su hija.

El detective Rivera interceptó a Johanna y le preguntó por qué había tanto revuelo.

—Una mujer se apareció en la oficina de Maribel Rehue con la foto del asesino de su hija. Ella vive detrás del edificio de Carola Larson y, en la noche de su muerte, su esposo, al regresar a su casa, se chocó con él y lo reconoció. Se lo dijo a su esposa y le mostró la foto del asesino en una revista; tres días después su esposo murió de tres balazos. La fiscal Colombo está yendo, en estos momentos, a la oficina de Rehue.

Se volvió hacia Lorenzo Capria y Tamara Linares y les preguntó:

—Capria, ¿quiere conocer la mente maestra que está detrás de todo este caso? —le preguntó. Lorenzo asintió—. Acompañenme, iremos a ver a Maribel Rehue.

Entraron en la confitería, que estaba rebotante de gente, y la secretaria de Maribel los llevó arriba, donde los esperaban Maribel, una mujer mayor y la fiscal Colombo.

Maribel le regaló una sonrisa de eterna gratitud a Lorenzo cuando lo vio ingresar. El detective Rivera se volvió hacia Lucrecia.

—Señora Herrera, por favor, muéstreme al hombre que su esposo vio salir la noche de la muerte de Carola Larson.

La mujer estaba por abrir la revista, pero Maribel la interrumpió.

—Espere, Lucrecia. Me gustaría que mi esposo estuviera aquí.

Se comunicó con la cafetería y le pidió a Sergio que subiera unos momentos. Al cabo de unos minutos, entró con una flamante sonrisa en su rostro, pero, al ver la comitiva reunida, se fue transformando en una mueca de preocupación.

—No sabía que tenías compañía, cariño.

Lucrecia palideció. Miró a Sergio Ferrer y comenzó a temblar como una hoja.

—Él es el hombre que mi esposo vio salir aquella noche —repuso la mujer después de la impresión de tener al asesino frente a ella.

Sergio Ferrer comenzó a temblar. Su semblante se ensombreció y Lorenzo, de repente, supo que ese hombre amable y de apariencia amigable podía muy bien ser un asesino.

—Esta mujer está loca, no sabe lo que dice.

La fiscal intervino.

—Lo que está afirmando esta mujer es verdad, Ferrer. Usted asesinó a Carola Larson y mandó a matar al esposo de esta señora y a Jerónimo Larson. Salvador Rojas Godoy soltó la lengua y lo incriminó. Dijo que, en la noche de la muerte de Carola, usted fue a su casa a entregarle droga para un cliente. Por lo que me informaron, esa noche Jonathan Kelly vio a Carola en su departamento y aseguró que no estaba sola. Escuchó la voz de un hombre en el piso de arriba.

—¡Usted está diciendo mentiras! —dijo Sergio Ferrer. Su rostro había pasado del blanco al rojo furioso.

—¿También es mentira que desvía fondos para sus actividades ilegales relacionadas con el narcotráfico?

—No sé de qué me habla.

—Yo creo que sí lo sabe. Mago..., ¿por ese apodo lo conocen sus clientes pesados?

—¡Es mentira! —gritó Sergio volviéndose hacia su esposa—. Mari, no los escuches.

—Fuiste vos, Sergio. No intentes negarlo —dijo Maribel sin perder la compostura—. Mataste a Carola, al esposo de esta buena mujer y mandaste a matar a Jerónimo y a Lorenzo. ¿Por qué te metiste con ella? ¿Por qué con mi hija? —Los ojos de Maribel se cargaron de ira. Apretó los puños, se abalanzó por encima del escritorio y tomó a Sergio por el cuello—. ¡Maldito asesino, mataste a mi pequeña!

El detective Rivera intervino separando a la mujer, que lloraba desconsolada. La fiscal Colombo ordenó a uno de sus colaboradores que esposara a Sergio Ferrer y se lo llevara detenido.

El detective Rivera se ofreció a llevarlo a él y a Tamara hasta la casa de su madre. Lorenzo estaba ansioso por ver a su familia, tenía tantas cosas que decirles.

Mario Rivera le había asegurado que ahora, de a poco, una vez pasado el juicio de Sergio Ferrer, su vida retomaría su curso normal. Aunque le aconsejó que no se dejara ver demasiado.

Sintió los dedos de Tamara entrelazándose con los suyos y sonrió.

—Ya todo terminó, mi amor —le dijo ella dándole palmaditas sobre el dorso de la mano.

—Gracias a Dios.

—La pesadilla ya pasó.

—¿Sabes, Tamara? Una tarde fui a la iglesia y le pregunté a Dios por qué me hacía vivir y pasar por todo ese infierno, lejos de mi familia, solo. Y ahora lo entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Que pasé por toda esta horrible situación para conocerte. Si Jerónimo Larson nunca me hubiese contratado para remodelar el departamento de su hija, yo nunca hubiese entrado en el Programa de Protección a Testigos, tampoco hubiese viajado a Mina Clavero: jamás te hubiese conocido. Y te confieso algo...: pasaría ese calvario otra vez si sé que al final vos estarás a mi lado.

—Te amo, Lorenzo.

—Gracias por cambiar mi vida, Tamara Linares. Te amo.

FIN

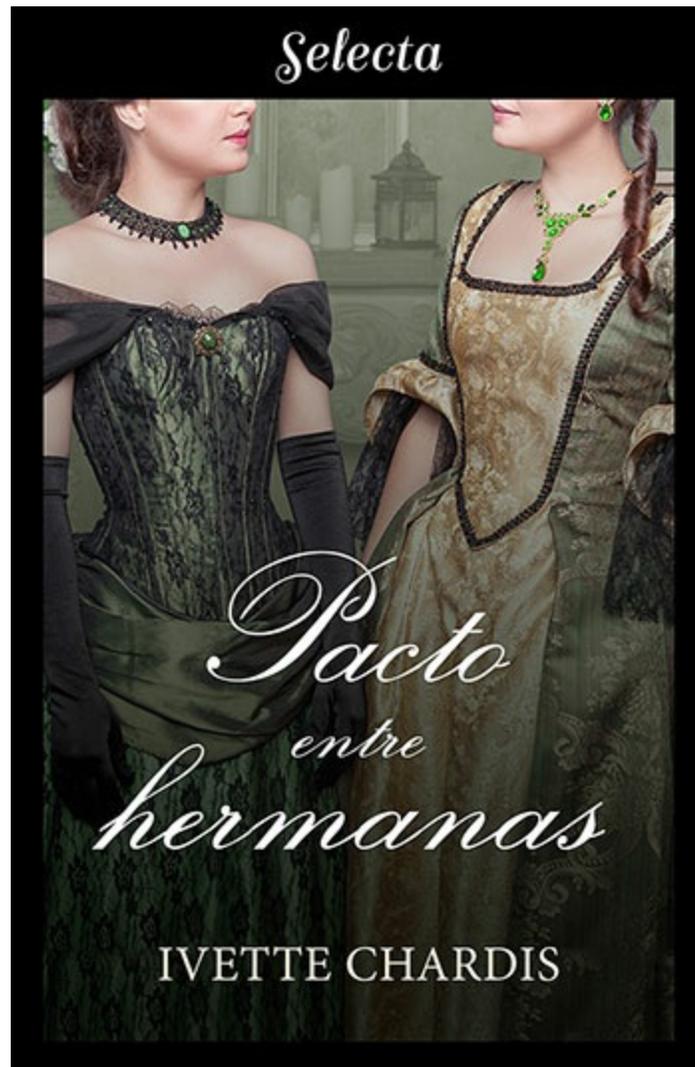
Si te ha gustado

Testigo por accidente

te recomendamos comenzar a leer

Pacto entre hermanas

de *Ivette Chardis*



Prólogo

«No se ha de jugar sin arriesgar nada, que es majadería y aun enfado, ni se ha de apostar tanto que te inquiete el juego y te sepa mal perder, porque así no sería juego, sino tormento» (Luis Vives, 1538, Las leyes del juego).

*B*arcelona, febrero de 1675

Beltrán Corbera de Prado, barón de Senan, no podía entender por qué todavía permanecía en aquella habitación oscura sentado ante dos mujeres que le hablaban de matrimonio. Cierto que estaban de buen ver, pero ya se les había pasado la edad de engendrar, por eso, aquella locura no cobraba ningún sentido por más que la repitieran una y otra vez.

Su hermano mayor había muerto hacía poco, y la baronía de Senan había caído en sus manos. Pese a que siempre menospreció lo que implicaba ese título, nunca pensó, al convertirse en barón, que debería contraer nupcias, y menos conseguir una esposa de treinta años, aunque esos fueran precisamente los que él había vivido hasta entonces.

Miró a la que parecía la hermana mayor, vestida de negro, con el pelo castaño recogido en un moño y un mechón blanco que recorría su frente hasta esconderse sujeto con una horquilla tras su oreja. Sus ojos semicerrados creaban desconfianza y su porte erguido lo mantenía en constante alerta. La otra acosadora, la que parecía un poco más joven, tenía el pelo brillante y del mismo color –pero sin esas canas que afeaban el rostro de la primera–, bien estirado, con una raya en medio y dos tirabuzones que caían hasta los pómulos marcados. Su sonrisa era entre inocente y pícara, algo que le llamó la atención.

Las conocía desde hacía años, pero nunca había tenido el placer de cruzar una palabra con ellas, pese a que eran la esposa y la cuñada del señor Cortés, el dueño de una de las casas de juego más famosas de Barcelona.

Esa noche lo habían cogido desprevenido, no tan borracho como otras; no obstante, nunca hubiera imaginado llamar la atención de la hermana menor,

Clara, a la que había intentado meter mano sin conseguirlo cuando se dejaba ver en la sala de juegos. Lo sedujo para que la acompañara hasta un oscuro y diminuto despacho. Al principio había creído que se dirigían hacia las habitaciones que utilizaban las meretrices. En Can Cortés solo arrendaban las alcobas, no ejercían de proxenetas, algo que estaba penalizado por ley, pero que todo el mundo se saltaba, excepto ellos. Una de las extravagantes decisiones de la señora Cortés, antes conocida como Matilde Vidal, que se había erigido dueña de esa casa. La veía tan seria y encorsetada, y aun así le era difícil tratarla como una señora. Conocía la historia de esa loca que había pasado de ser una huérfana que vivía en la calle a una de las mujeres con más poder en el barrio del Born. Había contraído matrimonio con Carlos Cortés después de hechizarlo; las malas lenguas decían que, además de bruja, era una asesina. Por eso su primer esposo la había repudiado, por matar a la hija de ambos. Que no estuviera recluida o ahorcada era un misterio, y Beltrán había decidido darle una oportunidad. Sabía por experiencia que todas las historias tenían dos versiones.

Volvió a escuchar la palabra «matrimonio».

—Perdóneme, señora, sé que su esposo está enfermo, pero ¿no es algo pronto para sustituirlo? —Beltrán torció los labios, acostumbrado a burlarse de todo y de todos, hasta en las peores circunstancias, un rasgo o una manía que había adquirido con los años para esconder sus verdaderos sentimientos. Y, a base de hacerlo, había olvidado lo que sentía.

—¡Qué bobo! ¿No es obvio que es conmigo con quien debe contraer nupcias? —Rio como una chiquilla la joven de las hermanas Vidal, muy conocida por sus triquiñuelas con los hombres.

—Pero, verán... aunque ostento un título estoy en quiebra.

—Somos conscientes de ello, barón —contestó la mayor, ofendida.

—Matilde, ¿verdad? —Se atrevió a pronunciar el nombre de pila para que el trato no fuera tan formal. Al fin y al cabo, estaba en una de las dependencias de una casa de juego, no en las de un notario.

—Para usted, señora Cortés, si no es molestia. Y como las noticias en esta ciudad corren más que la pólvora, no creo que sea buena idea hacerse el tonto. Mi marido no está enfermo, sino de viaje por negocios, y me ha dejado a cargo del *triquet*.

—¿Me lo cuentan por alguna razón? —Beltrán hizo otra vez ostentación de su humor al volver al punto inicial de la conversación.

Le había sorprendido atravesar la puerta de ese cuarto de la mano de Clara y toparse con la estirada Matilde, que juzgaba cada uno de sus movimientos y de sus palabras. Era consciente del control que ejercía en la sombra, siempre al acecho desde lo alto de las escaleras, mientras Carlos Cortés se codeaba con los clientes, bebía con ellos, jugaba y, junto con sus secuaces, los sacaba a patadas si pretendían aprovecharse de alguna ventaja a los naipes, a los dados o bien al billar.

Las cartas eran la pasión de Beltrán. Por culpa de ellas vivía en constantes altibajos de emociones: la sutileza del primer amor cuando uno se sabía poseedor de la tirada afortunada; el palpar de una erección a punto de estallar cuando el oro llenaba sus bolsillos gracias a una jugada maestra; la culpa y el remordimiento de un cuerpo sucio y demente al perder cuanto poseía.

Matilde abrió un libro lleno de anotaciones. Repasó con el dedo hasta dar con su nombre.

—Nos debe exactamente cuatrocientas cincuenta y cinco libras.

—¡No tengo tanto dinero!

—Negociemos. —El intento de sonrisa de la señora Cortés se volvió siniestro.

—¡Lo que me proponen es una locura!

—Lo hemos investigado y tenemos constancia de que es un mujeriego, egocéntrico, adicto al juego y, lo más importante para nosotras, un buen luchador; no olvidaremos nunca cómo dejó tuerto a uno de nuestros clientes más bravos. Y ahora la mayoría lo temen.

Beltrán alzó la barbilla, satisfecho ante ese acertado examen de su carácter.

—¡Tal vez sea demasiado impulsivo, hermana! —habló Clara, compungida.

—¿Te estás arrepintiendo? —Matilde bajó la voz, y eso hizo que Beltrán se interesara aún más por la esperpéntica situación en la que se encontraba—. Decidimos que era el adecuado después de recibir el informe de...

—¿De qué informes hablan? ¡No permitiré ninguna clase de chantaje!

El barón de Senan se levantó, airado. Esas féminas tenían un trato con las autoridades. No estaba dispuesto a que jugaran con él y lo amenazaran con denunciarlo. Ya tenía bastantes deudas.

Clara se tapó la boca mientras en sus ojos marrones chispeaban virutas de fuego. Sus bucles bailaron al compás de su ahogada risa.

—Se trata solo de las chicas. Ellas hablan bien de usted, y su médico asegura que su salud, tanto física como emocional, es estable.

Beltrán se paseó de un lado a otro de la claustrofóbica habitación. Estaba claro que habían sobornado a su galeno, qué fácil le había sido traicionar la confianza de su familia. Él había atendido los partos de su madre, la agonía de su hermana, la enfermedad de sus padres —la misma que los llevó a la muerte—, la bala en el estómago de su hermano durante el duelo que convirtió a Beltrán en heredero de un título que detestaba. Y ahora, por unas míseras libras que le debía, había cambiado de bando sin pestañear. Y las chicas, como ellas las llamaban, las meretrices con las que se distraía de vez en cuando, también le habían fallado. ¡Por Dios! No era un pecado para un soltero disfrutar un poco del amor de esas experimentadas mujeres.

—La charla me parece un divertido entretenimiento, pero no tengo más tiempo que perder. ¿A dónde están dispuestas a llegar con este disparate?

Clara contoneó sus caderas hasta él, su aliento rozó su oreja.

—Si esto le parece placentero, espere a que nos casemos.

—¡Compórtate, Clara! ¿Qué pensará el barón?

—Que eso de desposarme es una tontería, y más cuando la dama que me ha sido asignada no es virgen.

—¡Cómo se atreve! Mi hermana es pura, y lo que usted considera inmoral solo es fruto de su inocencia. ¿No le parece de lo más ingenuo pensar que después del matrimonio uno puede divertirse?

—¿Por qué no le cuentas toda la verdad y acabamos con esto, Matilde?
—La voz de Clara sonó caprichosa e infantil, y Beltrán notó que ese podría ser el punto débil de la señora Cortés, ya que su rostro se ablandó para recuperarse segundos después, como si hubiera incurrido en una falta.

—Está bien. —Bajó la cabeza y tomó aire—. Necesitamos a alguien que se ocupe de los altercados y que no tenga miedo a enfrentarse ni se amilane ante una disputa. Le ofrecemos el diez por cierto del negocio con la condición de que se case con mi hermana Clara. Lo que es de la familia debe quedarse en la familia, ¿no cree?

—Para qué tanto jaleo si el señor Cortés volverá tarde o temprano.

—¿Sabe lo lejos que está Asia? Se ha empeñado en exportar personalmente opio de allí, y no puedo esperarlo una eternidad mientras nosotras permanecemos indefensas y algunos quieren aprovecharlo para quitarnos el negocio.

—¿Por qué yo?

—Ya se lo he dicho... El informe...

—Hay muchos otros con deudas a los que poder manipular. ¿Por qué yo?
—volvió a preguntar Beltrán, esta vez sin un ápice de burla.

—Mi marido así lo quiso, y me dejó a cargo para que se hiciera su voluntad durante su ausencia —masculló Matilde entre dientes.

—Debe de confiar mucho en usted para haberla dejado el cuidado de sus posesiones. —Matilde palideció—. ¿Su actitud es una muestra de lo mucho que lo echa de menos? —Su tono era irónico, pretendía ofenderla, pero su rostro pétreo no le dio ninguna pista. La supuesta aflicción no engañaba al barón; era consciente de que era su segundo matrimonio, y, según decían,

cada vez los buscaba más viejos y más ricos. ¿Qué podía esperar de Clara? Aunque la explicación que le habían dado era convincente, no las tenía todas consigo.

—Pagaremos sus deudas y anularemos la que tiene con esta casa. —La furia de la señora Cortés sepultó los sentimientos melancólicos por su esposo, si alguna vez los había tenido.

Beltrán se miró en el espejo que había encima de la repisa de una chimenea apagada. Las pocas velas que iluminaban el despacho le devolvieron el reflejo de un joven de complexión atlética, de abundante pelo azabache, orgulloso de no tener que usar peluca, de ojos negros y encantadoramente perversos, un gran reclamo para las féminas. No creía que discutir sobre su carácter infiel fuera algo imprescindible, teniendo en cuenta que aquellas arpías lo tendrían en sus informes. Bebió de golpe el vaso de licor que le habían preparado. Le hubiera gustado ingerir dos tragos más antes de tomar una decisión. Bien pensado, una esposa no era tan dañina como acabar en la cárcel por impago. Y, si además le permitía vivir de su pasión, el juego, ¿qué mal podía suceder?

Tendió su mano para sellar el acuerdo y salió de la alcoba pletórico. En una noche se habían solucionado todos sus problemas monetarios. Y eso significaba que volvía a tener crédito para seguir jugando.

Saltó de dos en dos las escaleras que lo separaban de aquel antro que olía a orina, alcohol y tabaco, el aroma de la diversión. Un barón dueño de un *triquet*. Sus padres se revolverían en su tumba.

¿Qué harías si un asesino te acechara por estar en el lugar y hora equivocados? Aun cuando se cambia de identidad, no hay quien pueda contra la fuerza del amor.

Tan solo es trabajo y lo toma como tal. Sin embargo, presenciar el asesinato a sangre fría del padre de esta joven no estaba dentro de sus planes y debe alejarse, pues el asesino comenzará a acecharlo.

Así que no tiene otra opción más que entrar al programa de protección para testigos. Dejará a todos sus conocidos, cambiará de nombre y se trasladará a Mina Clavero, provincia de Córdoba.

Y su vida se complicará aún más cuando conozca a Tamara, una periodista de la que se enamora, pero con la que no quiere comenzar ninguna historia por miedo a ponerla en peligro.

Paulina Maggi es el seudónimo de Analía Amado. Nació el 29 de marzo de 1985, en Quilmes, provincia de Buenos Aires. Es la mayor de cuatro hermanos. Tiene pareja, es madre de dos hijos, amante de la música y los animales. Es técnica radióloga. Además, cria gatos de la raza persa y exóticos, participando en competencias de belleza.

Ha sido una lectora voraz desde pequeña, siendo la novela romántica su género literario preferido.

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Paulina Maggi

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-60-9

Composición digital: leerendigital.com www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Testigo por accidente

Prólogo

Primera parte. Siete meses después

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Segunda parte. Tres meses después

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Tercera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Paulina Maggi](#)

[Créditos](#)